

AGUAS TURBULENTAS

Gayle Wilson

e^{lit}

D.J.57

e^{lit}

AGUAS TURBULENTAS
GAYLE WILSON



 HARLEQUIN™

Índice

[AGUAS TURBULENTAS](#)

[Sinopsis](#)

[Acerca de la autora](#)

[Personajes](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

El duro agente Ethan Snow llevaba seis meses persiguiendo a una peligrosa organización secreta relacionada con el terrorismo y se encontraba en un callejón sin salida. Por eso decidió recurrir a Raine McAllister, una escultora que había trabajado para la CIA. Aunque desconfiaba del "don" de Raine, Ethan no podía negar la atracción inmediata que había surgido entre ellos.

Ninguno de los dos lo sabía, pero el misterio que trataban de resolver tenía su origen en un brutal asesinato que Raine había presenciado de niña, pero cuyo recuerdo había quedado arrinconado en su memoria. Y ahora, al remover aquellas aguas turbulentas, el peligro se abalanzó sobre ellos...

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Mona Gay Thomas
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Aguas turbulentas, n.º 186 - junio 2018
Título original: Sight Unseen
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-231-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Acerca de la autora

Gayle Wilson, cinco veces finalista del premio RITA y ganadora en una ocasión de este premio, ha escrito veintisiete novelas y dos novelas cortas para Harlequin. Ha ganado más de cuarenta premios y nominaciones por su trabajo.

Gayle sigue viviendo en Alabama, donde nació, con el hombre con el que se casó hace treinta y tres años.

Personajes

Ethan Snow: El agente de Phoenix Ethan Snow lleva seis meses intentando encontrar alguna conexión entre La Alianza y el terrorismo interno. Pese a su frustración, jamás habría acudido voluntariamente a la clarividente Raine McAllister, por mucho que se la hubieran recomendado. Pero dado que la gente de La Alianza la ha elegido como objetivo, no le ha quedado otro remedio que colaborar con ella.

Raine McAllister: De niña estuvo trabajando para la CIA en programas de clarividencia. Actualmente ayuda a las policías locales en casos de niños secuestrados. Cuando le piden que colabore en descubrir la relación existente entre aquellos antiguos proyectos y La Alianza, descubrirá que ella arriesga más que nadie en esa investigación.

Griff Cabot: El director de Phoenix será capaz de cualquier cosa con tal de proteger a su familia, y esa vez corren peligro todos.

Montgomery Gardner: El antiguo director de la CIA supervisaba los experimentos de la Agencia con fenómenos paranormales. ¿Qué parte de culpa le corresponde del enigmático Proyecto Cassandra?

Sabina Marguery: El suicidio de su marido fue consecuencia del fracaso del Proyecto Cassandra. ¿Qué secretos guarda respecto a aquel antiguo experimento? Y, lo que es más importante: ¿qué secretos oculta en relación con Raine McAllister?

Carl Steiner: ¿Está bloqueando el subdirector adjunto de la CIA la investigación de Phoenix sobre Cassandra? ¿Es posible que, al cabo de

un cuarto de siglo, la Agencia todavía tenga algo que esconder sobre ese proyecto?

Charles Ellington: Escribió un libro sobre la relación de la CIA con la parapsicología. ¿Por qué el Proyecto Cassandra no aparece por ninguna parte?

Prólogo

Washington DC

—Por supuesto que he oído hablar de La Alianza. La mayor parte de lo que sé tiene que ver con los programas patriótico-religiosos que patrocinan entre bastidores. Cualquiera que lleve cierto tiempo en Washington sabe algo de su participación en los mismos. Lo que no quiere decir, sin embargo, que yo tenga nada que añadir a lo que habéis destapado. O que daros algún nombre. Ningún conocido mío ha sido admitido jamás como miembro.

A pesar de su avanzada edad, la mente del antiguo director de la CIA Montgomery Gardner seguía conservando toda su lucidez. Si no sabía nada sobre La Alianza, entonces el agente de Phoenix Ethan Snow había llegado a un callejón sin salida. Y los seis últimos meses que había pasado investigando no habían servido para nada.

Si las apuestas no hubieran sido tan altas, habría renunciado mucho antes. Ese día se había presentado en el despacho de Griff Cabot dispuesto a admitir su derrota. Pero Griff había insistido en que fueran los dos a visitar al viejo, aun a sabiendas de que se trataba de un último y desesperado recurso. Al fin y al cabo, Gardner era el abuelo de su esposa y Griff confiaba en que no les mentiría. De ahí la decepción de Ethan, porque en aquel momento también eso le parecía tan vano y fútil como cualquier otra pista que hubiera estado persiguiendo hasta entonces.

—Lo que hemos destapado es poco más que el hecho mismo de la existencia de esa organización —reconoció Griff—. Y que alguno de

sus miembros, quizá un socio marginal, ha estado involucrado en una red de terrorismo nacional.

—Al margen de unas cuantas sospechas tan insustanciales como sugerentes... —añadió Ethan—lo cierto es que no tenemos la menor idea del alcance o de la escala de esa participación.

Había confiado en que el complot relacionado con Lockett Legacy que había frustrado John Edmonds pudiera ser una simple aberración, algo excepcional, irrepetible. Pero a esas alturas, después de haber pasado meses investigando cada dato interceptado de sus correos electrónicos y cuentas bancarias, Ethan había acabado por creer que La Alianza estaba fomentando el terrorismo en muchos otros frentes... todos ellos perjudiciales para el país.

El problema era que no podía demostrar lo que sabía intuitivamente. Y tampoco podía encontrar manera alguna de penetrar el velo de secretismo que envolvía a toda la organización.

—Estadounidenses cometiendo actos terroristas contra sus propios conciudadanos... —murmuró Gardner, sacudiendo la cabeza con expresión pesarosa.

Como antiguo director de la CIA, Gardner había estado expuesto a la cruda realidad de la traición. No era un hombre en absoluto ingenuo, pero parecía consternado por la posibilidad de que un grupo reputado por su espíritu altruista y patriótico fuera culpable de un crimen tan monstruoso.

—Y protegidos por un juramento de confidencialidad que les permite ampararse unos a otros —añadió Cabot.

—El ingreso es por rigurosa invitación —dijo Ethan—. Ninguna de las personas que he entrevistado ha admitido conocer a nadie que sea o haya podido ser un miembro. Por lo que hemos podido descubrir, no hay listas organizativas. Ni rastros fiscales, por la manera que tienen de hacer sus contribuciones. Ni siquiera descarto que los miembros no se conozcan entre sí.

—Si ese es el caso, sus encuentros deben de ser bastante

interesantes —repuso secamente el anciano—. ¿Irán enmascarados? ¿Harán aquelarres? ¿Orgías?

—Tal vez, sólo que dedicadas más a la destrucción que a la disipación —apuntó Ethan.

—Y todo oculto detrás de una imagen de santidad —añadió Griff—. El problema es que, descontada una intervención divina o un arrebató de clarividencia, no sabemos cómo rasgar ese velo de secretismo...

—En eso no puedo ayudaros —reconoció Monty Gardner—, aunque sospecho que mi relación con la divinidad es tan estrecha como la de algunos en esta ciudad que no hacen otra cosa que alardear de ella.

De repente frunció los labios y se quedó extrañamente pensativo. Griff y Ethan lo miraban expectantes.

El silencio se prolongó tanto que finalmente Griff se decidió a romperlo.

—¿Monty?

—Creo que sé de alguien que puede ayudarles. Tendréis que viajar un poco. Supongo que no tendréis inconveniente...

La pregunta estaba claramente dirigida a Ethan.

A pesar de su falta de progresos en la investigación, aquél seguía siendo su caso. Si el anciano tenía un contacto que podía serle útil, estaba dispuesto a ir a buscarlo donde estuviera.

—En absoluto. Iremos a donde haga falta

—Te tomo la palabra —repuso el anciano, sonriendo—. Pasad a mi despacho, para que os busque la dirección. La guardo en un lugar especial. Muy especial.

Después de soltar aquel enigmático comentario, el anciano empezó a levantarse de su cómodo butacón. Por encima de su cabeza, Ethan buscó la mirada de Griff, arqueando las cejas.

Cabot se encogió de hombros. Al parecer no tenía ni la menor idea del contacto al que Gardner pretendía enviar a su agente.

Capítulo 1

Dos días después

Costa del Golfo, Alabama

Al atardecer, Raine McAllister entró en su taller de la casa de la playa sin haberse podido sacudir el mal presentimiento que llevaba acosándola todo el día. Habitualmente, cuando entraba en aquella habitación diáfana, toda acristalada, se sentía embargada por una sensación de paz, de serenidad. Pero en esa ocasión aquella magia no parecía funcionar.

Se acercó a la pared de cristal desde la que se divisaban las aguas de color azul verdoso del Golfo de México. Las olas espumeaban en la playa de arena fina. El disco rojo del sol todavía teñía el horizonte, pero la costa estaba ya en sombras. No había ningún otro ser humano a la vista. Vivir en un lugar tan alejado de las zonas turísticas tenía sus desventajas, pero aquella sensación de soledad le resultaba tranquilizadora, reconfortante.

Excepto esa noche. Esa noche nada era reconfortante. Ni normal. Apoyó la frente en el frío cristal y cerró los ojos. Se concentró en respirar profundamente varias veces. Al cabo de un momento, algo la hizo abrir los ojos. Aguzó los oídos, pero aparentemente lo que la había sacado de su ensueño no había sido un sonido. No se oía ruido alguno, aparte del sordo rumor de las olas.

El problema no estaba fuera, sino dentro. Dentro de su cerebro. O de su alma, quizá. Y no tenía explicación alguna. Se apartó del ventanal mientras el sol se hundía en el mar, trocando al instante la luz que entraba en el taller. Una flecha plateada surgiendo del agua

anunció la salida de la luna.

Descubrió su última obra y retrocedió un paso para contemplar la escultura. Como todo a su alrededor, la figura del hombre corriendo le parecía levemente defectuosa, pero no podía identificar exactamente el fallo, el detalle fundamental que le faltaba... Cuando la noche anterior terminó de trabajar, se había sentido satisfecha del progreso realizado. En aquel momento, sin embargo...

Estudió cada detalle de la obra. El torso del corredor sugería una fortaleza mucho más sólida que las largas y musculosas piernas, desplegadas en el momento de dar la zancada. Extendió una mano para delinear con un dedo el perfil del músculo de la pantorrilla del que tan orgullosa se había sentido el día anterior.

Por alguna razón la mano se detuvo en el aire, como reacia a tocar la pieza. Decidida a combatir el malestar de la noche anterior abismándose en su trabajo, como tenía por costumbre, hizo un esfuerzo y las puntas de sus dedos tocaron por fin la arcilla fresca. Tan pronto como lo hizo, la figura del corredor desapareció para ser sustituida por la imagen de un estanque. Un estanque oscuro, en sombras. Un estanque cuya absoluta tranquilidad, en vez de serenarla y seducirla, la repugnaba y aterraba.

Expulsó aquella imagen de su mente, a falta de cualquier explicación para ella. Jadeaba levemente. Sus dedos se detuvieron una vez más a un par de centímetros de la pierna extendida de la escultura.

Cerró los ojos, esforzándose nuevamente por controlar su respiración. Por recordar la última vez que le había sucedido algo parecido.

Y, cuando lo hizo, también recordó por qué se había prometido a sí misma que aquella sería la última vez. Había existido una razón en aquel entonces, pero ahora... Abrió los ojos, obligándose a contemplar la estatua a la que sus manos habían dado forma. El día anterior había disfrutado de la sensación del barro bajo sus dedos. El milagro había

tenido lugar, como a veces sucedía: una fuerza viva respondiendo a sus órdenes, a su voluntad, pero también arrastrándola a un lugar desconocido.

Nunca antes, sin embargo, le había ocurrido nada parecido. Nunca antes había experimentado una sensación semejante ante su contacto. Esa precisamente había sido la causa del mal presentimiento que llevaba incomodándola durante todo aquel día. De alguna manera había percibido que algo en su mundo había cambiado, pero no lograba precisarlo. De todos los posibles escenarios que habrían podido explicar su inquietud, aquél habría debido ser el último.

Aquello había terminado. Se lo había jurado.

Dejó caer la mano y recogió la tela para volver a cubrir la figura a medio terminar. Esa vez la imagen explotó en su retina, deslumbrante como un relámpago. El mismo estanque. La misma percepción inmediata del mal que lo habitaba.

Atónita, vio que la superficie del agua empezaba a agitarse. Lentamente. Tan lentamente que tardó varios segundos en darse cuenta de que el estanque se había tornado de un color rojo cada vez más intenso... Sangre.

Abrió la boca para respirar. Le faltaba el aire. La superficie del agua continuaba agitándose, bullendo, dibujando extrañas imágenes que se movían con demasiada rapidez para que pudiera identificarlas. Como los fragmentos de cristal de un caleidoscopio, se fundían y separaban, cambiando constantemente.

Todo lo demás parecía haberse borrado. El cielo nocturno y el mar. Sus obras, dispersas en mesas y pedestales en el taller. La misma percepción del tiempo. O de su propia persona.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que empezó a darse cuenta de que las figuras se estaban repitiendo. Como si se reflejara cada una en la anterior a través de diferentes y sucesivas versiones. Y cada vez con mayor precisión, con una claridad aterradora.

Comenzó a luchar contra ellas. A forcejear con el remolino del

centro del estanque pero sin asomarse a su oscuro corazón, porque sabía que si lo hacía, vería algo que no quería ver. Algo que nadie querría ver.

Justo cuando había empezado a temer que no lograría liberarse nunca de aquella visión, sonó la campanilla de la puerta. El melodioso sonido consiguió ahuyentar la sensación de terror que la había mantenido cautiva. Parpadeó varias veces y la imagen desapareció para ser sustituida por la pieza inacabada del corredor.

La figura estaba totalmente tapada, pero no podía recordar haberla cubierto con la tela. No podía recordar nada después de que hubiera tocado la cabeza de la figura. Desvió la mirada hacia los ventanales, sorprendida de descubrir que la luna estaba alta en el cielo y que ya era noche cerrada. Volviéndose hacia la figura, sacudió la cabeza de un lado a otro como negando lo que acababa de ocurrir.

La campanilla resonó nuevamente en el silencio del taller. No esperaba a nadie. De vez en cuando aparecía algún visitante, pero nunca a aquellas horas.

Mientras se dirigía a abrir, pensó que tal vez la visión había sido un aviso. Una premonición de la noticia que estaría a punto de darle su anónimo visitante.

La simple posibilidad de que podía haber una explicación lógica para lo que acababa de ocurrir la hacía sentirse mejor. Porque nunca antes le había sucedido nada semejante sin que ella misma lo buscara conscientemente. Su don siempre había estado bajo su control. De ella había dependido siempre utilizarlo o no.

No podía imaginarse a sí misma viviendo de otra manera. Ni siquiera quería pensar en ello.

— ¿Puedo ayudarlo en algo?

Aunque Gardner no le había enseñado ninguna imagen de Raine McAllister, Ethan había podido ojear las dos fotos incorporadas al expediente que el anciano había sacado de su escritorio. Y mientras el antiguo director de la CIA le anotaba la dirección, él había

aprovechado para estudiarlas. En una aparecía una niña de nariz pecosa sonriendo de oreja a oreja ante la cámara. La otra era de una joven de aspecto seguro y confiado, con una toga y un birrete de graduación.

Los ojos verdes de la mujer que acababa de abrirle la puerta eran exactamente los mismos que había visto en las fotos, de mirada clara y directa. Tenía el pelo oscuro, casi negro, liso y largo hasta los hombros. Su tez bronceada estaba limpia de maquillaje. Las pecas de la infancia aún resultaban levemente visibles en el puente de su nariz recta, de perfil clásico.

—Me llamo Ethan Snow. Tenemos un amigo común que pensó que usted podría sernos de alguna utilidad...

—Quienquiera que le haya enviado se equivocó —replicó ella, ceñuda—. Yo ya no me dedico a eso —y se dispuso a cerrar la puerta.

Seis meses de investigaciones frustradas, más los sucesos de las últimas veinticuatro horas, habían inflamado la furia de Ethan. No pensaba renunciar a una oportunidad semejante sin que antes le explicaran el motivo, así que no dudó en sujetar la puerta.

—¿Qué diablos está haciendo?

—Lo único que tiene que hacer usted es escucharme —repuso Ethan—. Si después se sigue negando, tiene perfecto derecho a hacerlo. Pero antes no.

—Han debido de informarlo mal —dijo con tono algo más suave. Parecía más triste que furiosa. O resignada—. De verdad que no puedo ayudarlo...

—Pero si ni siquiera sabe lo que quiero.

—No importa. Sea lo que sea, no puedo hacerlo.

Y de nuevo se dispuso a empujar la puerta. Pero Ethan no se dio por vencido.

—Diez minutos.

Estaba cansado. Hambriento. Y dados los sucesos de los últimos días, no tenía la menor intención de regresar a Washington sin

enterarse al menos de por qué Monty Gardner le había dado el nombre de aquella mujer.

Raine McAllister no se parecía en nada a cualquier agente de inteligencia con el que se hubiera encontrado antes. Y tampoco parecía un miembro de Beltway. No con aquellos vaqueros cortos tan ajustados y aquella camiseta... Incluso antes de que Griff y él hubieran hablado con el viejo, Ethan había agotado ya todas sus fuentes de información. En aquel momento, después de lo que había sucedido la noche anterior, estaba más convencido que nunca de que La Alianza era demasiado peligrosa para que renunciara a sus investigaciones. Tenía que insistir.

—Sea lo que sea, y quienquiera que lo haya enviado... —dijo Raine McAllister— ... le aseguro que no puedo ayudarlo.

—Me ha enviado Montgomery Gardner.

Al escuchar aquel nombre, se le cambió la cara. Y, exactamente como le había ocurrido al anciano dos noches atrás, sus ojos parecieron concentrarse en una realidad muy lejana, remota. Segundos después frunció los labios y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

Capítulo 2

—¿Qué es exactamente lo que el señor Gardner espera que puedo hacer por usted?

Después de señalarle el sofá, Raine McAllister se había sentado en una de las dos sillas del jardín de invernadero donde lo había hecho pasar.

Era una sala tan elegante como cómoda. Durante el día se llenaba de luz gracias a los ventanales altos hasta el techo. En aquel momento tenía las persianas echadas, pero las molduras de madera blanca y los colores pastel le daban un aspecto espacioso, diáfano.

—Estoy intentando reunir información sobre La Alianza.

Se produjo un silencio. Ethan no supo si fue porque no reconocía el nombre o porque se sentía reacia a revelarle a un desconocido lo que sabía sobre aquella organización. Dado el manto de secretismo que siempre había envuelto las operaciones de La Alianza y lo peligroso que sospechaba que podía llegar a ser aquel grupo, ambas posibilidades resultaban igualmente plausibles.

—¿Es para eso para lo que lo ha enviado a usted? ¿Para descubrir si yo puedo facilitarle alguna información sobre...? Perdona, cómo era? ¿Una Alianza?

A pesar de lo que le había insinuado el antiguo director de la CIA, Raine McAllister parecía genuinamente sorprendida por la referencia. Ethan no pudo evitar una punzada de decepción.

—La Alianza —la corrigió Ethan—. Me dio su nombre y dirección y me comentó que tal vez podría usted ayudarme con una investigación que, de lo contrario y hablando francamente, no está

rindiendo ningún fruto.

—Así que... el señor Gardner le envió aquí para solicitar mi ayuda... ¿pero sin explicarle cómo o por qué podría ser capaz de proporcionársela? ¿Y usted tampoco se lo preguntó?

Ethan no supo cómo interpretar su tono. ¿Desconcertado, quizá? ¿O tal vez divertido? Porque había viajado desde Washington basado únicamente en el comentario de un anciano acerca de que ella podría ayudarlo... Aunque, al mismo tiempo, era consciente de que sólo lo había dejado entrar cuando lo oyó mencionar el nombre de Montgomery Gardner.

—Bueno, el señor Gardner es un antiguo director de la CIA. Yo supuse que usted había trabajado para la Agencia o poseía quizá algún tipo de conocimiento especializado que, en su opinión, podría sernos útil.

Hubo un momento de vacilación, como si estuviera reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Supongo que, en cierta forma, trabajé para él. Aunque a mí nunca me lo pareció.

—¿Quiere decir que lo que usted hacía para la Agencia... nunca le pareció un trabajo?

Ethan no pudo menos de preguntarse cómo podía aquella mujer haber trabajado para Monty Gardner, cuya labor en la CIA databa por lo menos de veinticinco años atrás. Suponía que debía de tener unos veintitantos años, treinta y pocos a lo sumo. En cualquier caso, en aquel entonces habría sido demasiado joven para desempeñar cualquier actividad para la Agencia...

—Mi recuerdo es diferente. Para mí era como un juego.

—¿Un juego?

—Ellos me señalaban un lugar en un mapa y yo se lo describía.

De repente Ethan lo comprendió todo. Las palabras de Griff en el despacho de Gardner asaltaron su mente: «el problema es que, descontada una intervención divina o un arrebató de clarividencia, no

sabemos cómo rasgar ese velo de secretismo». El anciano se había quedado pensativo para sugerirles a continuación el nombre de aquella mujer.

La palabra clave era «clarividencia». Raine McAllister era clarividente. Ethan sabía muy poco acerca de los experimentos de la CIA en parapsicología, aparte del dato de que empezaron durante la Guerra Fría, en respuesta a una investigación iniciada por la Unión Soviética en el campo psíquico. Lo que había ocurrido precisamente cuando Gardner había dirigido la Agencia. Aquello explicaba la foto infantil de Raine que había descubierto en su expediente. Resultaba obvio que había sido una niña cuando tomó parte en los experimentos.

Pese a su presunto valor para la defensa nacional, había algo en aquel descarado ejercicio de explotación infantil que lo sublevaba, lo indignaba. De la misma manera que debería haber indignado también a Gardner...

—Usted formó parte del programa de investigación psíquica de la CIA.

—En efecto. Algo que, a juzgar por su tono, parece merecer su desaprobación. ¿Me equivoco?

—Tal vez porque ese programa no demostró ser tan útil como se esperaba. Por lo demás, jamás imaginé que hubiera niños involucrados.

Su actitud de rechazo no podía ser más obvia. Raine se sonrió, como divertida por su ingenuidad.

—Supongo que el señor Gardner tampoco le mencionó que yo ya hacía eso antes de que me llevaran a Fort Langley.

Ethan detectó un leve gesto de desafío en la manera que tuvo de levantar la barbilla.

—En realidad no me dijo nada, excepto transmitirme su esperanza de que usted pudiera ayudarnos a la hora de conseguir esa información. Información sobre La Alianza.

—Quizá no quería avergonzarme...

—¿Avergonzarla? —se preguntó de qué estaba hablando.

—Yo leía las manos, interpretaba auras. Incluso echaba las cartas.

—¿Tarot?

Pese a su tono cortés, estaba empezando a impacientarse por la cantidad de tiempo que había perdido viajando hasta allí. Lo que ella le estaba diciendo en aquel momento era lo que había esperado escuchar cuando, hacía apenas unos minutos, descubrió finalmente su antigua relación con la Agencia. Las disparatadas habilidades de una bruja de feria. Majaderías sólo aptas para los más crédulos.

—De vez en cuando, en la persona que tenía que interpretar veía algo... trágico. La primera paliza me la llevé por decirle a alguien que iba a morir —soltó una amarga carcajada—. Era una ingenua. En aquel entonces no entendía el concepto de «entretener al cliente».

La palabra «paliza» le había hecho tensarse, y ello pese a que la había pronunciado sin ninguna inflexión en la voz. Quizá la había utilizado en broma. O había sido una exageración para referirse a un tipo de educación especialmente duro, rígido. Pero algo en sus ojos parecía desmentir un pensamiento tan consolador.

—Así que ya lo ve, me gustaban mucho más los juegos del señor Gardner. Eran cómodos. Y seguros.

—Entonces quizá esté usted dispuesta a seguir jugando.

Pese a su mezcla de irritación y escepticismo, Ethan se sorprendió a sí mismo conteniendo el aliento a la espera de su respuesta. Debía de estar más desesperado de lo que suponía.

—¿Para usted?

—Para su país.

Esbozó una sonrisa antes de bajar la mirada hasta sus manos, entrelazadas sobre el regazo.

—Como un juego de salón, ¿quiere decir? O quizá uno de cartas —parecía burlarse.

—¿Le resulta graciosa la idea de ayudar a su país?

—Lo siento, no quería pecar de frívola. Volveré a preguntárselo: ¿qué es exactamente lo que espera que yo pueda hacer por mi país? — pese a la disculpa, su tono seguía siendo claramente sarcástico.

—Tendrá que guardar una máxima discreción sobre lo que estoy a punto de decirle.

Raine hizo un gesto con la mano, señalando a su alrededor.

—¿A quién cree que podría decírselo en un lugar tan aislado como éste?

—Necesito su palabra.

De nuevo el amago de una sonrisa, medio reprimida. Se estaba burlando de él. Y dado que Ethan no estaba acostumbrado a ello, no pudo evitar sentirse incómodo. Siempre había asumido sus responsabilidades, tanto con la Agencia como después con Phoenix, con absoluta seriedad. Demasiada, quizá.

Se preguntó si no estaría reaccionando de esa forma precisamente porque se hallaba delante de una mujer. Una mujer que, en cualquier otra circunstancia, le habría atraído. Aquel reconocimiento lo dejó sorprendido, pero era absolutamente exacto. Físicamente, todo en ella lo atraía. Era todo lo otro lo que lo inquietaba...

—Tiene mi palabra, por supuesto —volvió a juntar las manos sobre el regazo y se inclinó hacia delante, como interesada por lo tenía que decirle.

Pero aquella pose no logró engañarlo. Ni aplacar su furia. No había ido allí a que se burlaran de él. Y menos por algo que formaba parte fundamental de su persona...

El descubrimiento fue repentino. E impresionante.

Tan pronto como había descubierto lo que había hecho en la CIA, Ethan había esperado acoger con cierta diversión cualquier afirmación que ella le hubiera hecho sobre sus habilidades. Pero, en lugar de ello, aquella mujer le había dado la vuelta a la tortilla. Era ella quien se estaba riendo de él. ¿Le habría aplicado deliberadamente una dosis de su propia medicina?

Había tenido buen cuidado en disimular su escepticismo acerca de la utilidad de su «don». Así como de darle a entender que se habría largado de inmediato si el viejo no hubiera confiado tanto en ella... y si dos noches atrás no hubiera ocurrido lo que había ocurrido. De modo que a no ser que fuera clarividente...

De nuevo la natural conclusión de aquel rumbo de pensamiento lo sorprendió. Alzó la mirada y descubrió, pese a su aparente compostura, un brillo de diversión en sus ojos verdes. Como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Era algo tan irritante como desconcertante. Ethan no estaba acostumbrado a sentirse manipulado, pero era exactamente así como se sentía. Como si fuera ella, y no él, quien estuviera conduciendo la entrevista. Como si ella lo estuviera evaluando a él.

—Iba a hablarme de lo que mi país necesita que haga, señor Snow.

Aspiró profundamente, intentando dominarse:

—Tenemos motivos para creer que miembros de La Alianza están financiando, cuando no dirigiendo abiertamente, operaciones de terrorismo nacional. Y que su intención es provocar una respuesta del gobierno no sólo contra los grupos terroristas conocidos, sino contra todo el mundo árabe. Desencadenar, en suma, una cruzada americana —esa era la expresión que Bertha Reynolds había utilizado durante su último careo con el agente de Phoenix John Edmonds—. Hace varios meses, la agencia para la que trabajo —continuó Ethan, escogiendo cuidadosamente las palabras— consiguió identificar a unas cuantas personas comprometidas con ese plan. En aquel entonces confiábamos en que fueran los únicos miembros de La Alianza involucrados en la conspiración. Y que sus acciones fueran una especie de aberración en una fundación perfectamente legítima e incluso filantrópica.

Cuando volvió a alzar la mirada, descubrió que esa vez lo estaba escuchando atentamente. Al menos ya no se estaba riendo de él.

—Pero hace poco se produjeron dos atentados con bomba que sospechamos pueden estar relacionados con la organización. El

problema es que no podemos demostrar nada. Se han tomado muchas molestias en asegurarse de que la lista de miembros permanezca secreta. No hemos conseguido identificar a sus líderes. Fue entonces cuando... el señor Gardner nos sugirió que usted podría ayudarnos.

—Y ahora que ya sabe por qué se lo sugirió... ¿cuál es su opinión al respecto?

Ethan tenía la sensación de que si intentaba mentirle o andarse con rodeos, ella se daría cuenta al instante.

—Mi primera impresión descartaría esa posibilidad. De todas formas, me temo que ya no estoy en condiciones de elegir.

—¿Por qué?

—Menos de veinticuatro horas después de que el señor Gardner me facilitara su nombre, fue atacado en su casa.

—¿Atacado?

Eso, al menos, no lo había adivinado. Experimentó una perversa satisfacción hasta que recordó la gravedad del estado del anciano.

—Vive en un barrio lujoso, en Virginia, con los índices de delincuencia más bajos de todo el país. Nadie se llevó nada de la casa. Todo apunta a un ataque de tipo personal.

—No está muerto.

No había sido una pregunta, pero Ethan contestó de todas formas:

—Su estado es crítico. Dada su avanzada edad.

Se produjo un largo silencio. Lo miraba fijamente. Todo rastro de diversión había desaparecido de sus ojos.

—Y usted cree que ese ataque está relacionado con la visita que usted le hizo.

—Tiene sentido.

—Y también porque los dos hablaron de mí.

—De usted o de la organización que estamos investigando. Soy consciente de que durante los últimos meses he estado haciendo suficientes preguntas como para despertar sus sospechas. Quizá me siguieran hasta allí. O quizá el señor Gardner fuera atacado

precisamente a causa de sus vínculos con la agencia para la que trabajo.

—¿La CIA? —inquirió, ceñuda.

—Una agencia de investigación privada.

—Pero...

—Dirigida por alguien que también estuvo relacionado estrechamente con la CIA —se apresuró a explicarle.

—¿Una agencia privada? Antes dijo que su investigación respondía al loable fin de ayudar al país.

—Uno no necesita estar a sueldo del gobierno para querer defender a este país del terrorismo.

—Pero usted lo estaba —señaló ella—. Quiero decir que usted fue agente del gobierno.

—Sí.

No dijo más, reacio a explicarle por qué había abandonado la CIA. Aquello no había tenido nada que ver con el desmantelamiento del grupo antiterrorista de Cabot. Ethan se había marchado por su cuenta casi un año antes de la promulgación del decreto contra el Equipo de Seguridad Exterior. Y sólo ante la insistencia de alguien como Griff Cabot había vuelto a involucrarse en operaciones secretas de esa clase.

—Gardner se pondrá bien, ¿verdad?

«Veo que es usted tan adivina como yo». Pensó la respuesta, pero no dijo nada. Pese al desagrado que sentía por casi todo lo que había averiguado hasta el momento de Raine McAllister, en cierta forma se sentía obligado a tratarla bien por deferencia a Gardner. Al menos con un mínimo de respeto.

—Bueno, todo el mundo dice que siempre tuvo el pellejo muy duro.

—¿Usted no lo conoce? —le preguntó ella.

—La verdad es que no. Sólo lo he visto unas pocas veces. La mayoría de ellas en las fiestas que Griff Cabot, el dueño de la agencia, y su mujer, la nieta de Gardner, suelen dar en su casa.

Raine se sonrió de pronto.

—De niña, yo siempre estaba tan celosa...

Ethan tardó unos segundos en adivinarlo:

—¿De su nieta Claire?

—Sí. Éramos casi de la misma edad. Ella tenía derecho a monopolizar todo su interés. Y su tiempo. Siempre me pregunté si ella me conocería. Y, si ése era el caso, qué era lo que sabría de mí...

—No entiendo.

No entendía nada. Ni su relación con el anciano ni sus comentarios sobre los celos de su nieta.

—Una vez que todo terminó... —continuó con expresión pensativa, soñadora—... me pagó los estudios. La educación. Primero, en un lujoso internado de Virginia, y después en la universidad, en Wellesley. Me temo que allí tampoco encajé muy bien. Al contrario que Claire, según yo solía imaginarme...

Ethan le dio la razón en silencio, pensando en la mujer hermosa, inteligente y segura de sí misma que se había casado con Cabot cuando éste salvó milagrosamente la vida. A pesar de las profundas diferencias ideológicas que los separaban, su matrimonio era uno de los más estables que había visto nunca.

—¿Cuándo quiere que nos marchemos?

La pregunta de Raine, descontextualizada de su conversación sobre Claire Cabot, lo tomó desprevenido.

—¿Perdón?

—Supongo que no querrá seguir perdiendo el tiempo aquí.

—Entonces... se viene a Washington conmigo —comentó para asegurarse.

—Creía que era eso lo que quería.

Había ido a verla con la esperanza de que le proporcionara información que le permitiera asomarse al círculo íntimo de La Alianza. Resultaba más que obvio que carecía de ella. Lo único que poseía era una supuesta habilidad psíquica en la que Monty Gardner,

al menos, había creído.

Y en aquel momento, porque se sentía en deuda con el anciano, o quizá porque lo tenía por una especie de figura paternal, aquella mujer le estaba ofreciendo su don para romper el velo de secretismo que envolvía a La Alianza. El problema era que Ethan se mostraba al respecto bastante más escéptico que el viejo.

—No creo... —empezó, pero se interrumpió de inmediato—. Bueno, la verdad es que no había esperado tanto de usted...

—Intentaré no avergonzarlo, señor Snow. Le prometo que he aprendido mucho desde los días en que leía las cartas del tarot en casetas de feria. Además, tengo muchas ganas de verlo —añadió con tono nostálgico, casi por primera vez en toda la conversación—. Tal vez sea ésta mi última oportunidad... de decirle cuánto ha significado siempre para mí.

—Como quiera.

No se le ocurrió ninguna objeción. Sobre todo teniendo en cuenta lo culpable que se sentía que el anciano hubiera sufrido aquel ataque.

Raine puso la cadena y echó el cerrojo de la puerta. Habitualmente, a pesar de lo aislada que estaba su casa, nunca tomaba tantas precauciones. Pero después de lo que había sucedido la noche anterior, lo hizo sin pensar.

Tan pronto como oyó el motor del coche, apagó las luces. Se quedó un momento a oscuras, escuchando mientras Ethan se alejaba por el sendero de entrada. Cuando el ruido del vehículo se perdió en la distancia, volvió a la parte trasera de la casa. El taller seguía exactamente igual que lo había dejado, con la escultura del corredor todavía cubierta.

Al principio evitó mirarla, en un intento por recuperar la paz y la serenidad que aquella sala siempre le había proporcionado. No lo consiguió, sin embargo. Decidida a descubrirla, se dirigió con paso decidido hacia la figura. Pero cuando se fue acercando, sus pasos se

hicieron más lentos, casi como si sus piernas tuvieran voluntad propia.

No se permitió ninguna vacilación. De un solo movimiento descubrió la escultura.

No se repitió lo que había ocurrido al atardecer. No sucedió nada insólito, nada fuera de lo normal. Las líneas de la pieza le agradaron tanto como la noche anterior. Bien proporcionadas, elegantes, expresaban toda la fuerza que había estado buscando.

Rodeó el pedestal, examinando la figura desde todos los ángulos. De repente se detuvo y, casi por primera vez desde que empezó a esculpirla, contempló su cabeza de frente, no de perfil.

El corazón le dio un vuelco en el pecho antes de ponerse a latir acelerado. Se acercó todavía más. No había duda del mensaje que le transmitían sus ojos.

El rostro tenso del corredor que había concebido dos días antes, de la figura que se había metamorfoseado en la visión de aquel estanque sombrío y sin fondo... era claramente el del hombre con quien había aceptado viajar a Washington al día siguiente.

Capítulo 3

Ethan casi no la reconoció. Y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que la había juzgado mal.

Iba vestida con un vestido de lana de dos piezas, azul turquesa. El color resaltaba su tez bronceada y su cabello oscuro. Calzaba sandalias de tacón bajo, a juego con la bolsa de piel que llevaba al hombro, y arrastraba una maleta negra con ruedas.

La vio acercarse sin que sus ojos, del color del mar, expresaran ninguna emoción.

—¿Lista? —le preguntó.

No sabía muy bien por qué Raine McAllister parecía capaz de reducirlo a un estado de ineptitud social en el que no había vuelto a caer desde que estudiaba en el instituto. Quizá tuviera algo que ver con la fijeza de su mirada. O con el hecho de que, la tarde anterior, mientras estuvo hablando con ella, había experimentado la constante sensación de que sabía lo que estaba pensando.

Y ése no era el único problema. No había tenido más remedio que reconocer lo muy atraído que se había sentido por ella cuando la vio descalza, con sus vaqueros cortos, sin rastro alguno de maquillaje. Su sencilla belleza ya lo había deslumbrado entonces. Ese día, sin embargo, parecía tan sofisticada como las mujeres que había conocido durante sus incursiones en la selecta sociedad de Washington.

Sólo podía esperar que su reacción física no fuera tan obvia. Y que realmente no pudiera leerle el pensamiento.

—¿Cuándo sale el vuelo? —preguntó Raine.

Ethan pensó que, obviamente, sus habilidades no se extendían a

algo tan prosaico como los horarios de vuelo. Seguía sintiéndose un tanto incómodo con la situación. Porque no podía librarse del presentimiento de que haber aceptado volver a Washington con aquella mujer... había sido un tremendo error.

Cuando llamó a Griff para explicarle por qué Gardner les había aconsejado que se pusieran en contacto con ella, así como para avisarlo de que aquel mismo día saldrían los dos para Washington, se había enterado de que el estado del anciano seguía siendo crítico. Tanto Griff como Claire apenas se movían del hospital. Así que si Raine estaba decidida a ver al viejo antes de que... Intentó ahuyentar aquel desagradable pensamiento.

— ¿Qué tal ahora mismo?

Abrió mucho los ojos, pero no le hizo ninguna pregunta. Ethan se colgó su bolsa de viaje al hombro y se ofreció a llevarle la maleta de ruedas. Sin pensar, le puso una mano en la cintura y la guió hacia una de las puertas de salida a la pista. Sintió que daba un respingo ante su contacto, como si hubiera saltado una chispa eléctrica.

— Por aquí —le dijo, teniendo buen cuidado esa vez de no tocarla.

Abrió el camino y bajó por una escalera a la pista de asfalto. El Lear, el último reactor adquirido por Phoenix, brillaba con deslumbrante blancura al sol de la mañana.

Deteniéndose al pie del avión, se volvió para mirarla. Raine seguía en lo alto de la escalera, con una mano en la barandilla, fija la mirada en el aparato.

— ¿Le pasa algo?

Debió haberla advertido de que viajarían en avión privado. No había tenido ninguna razón para no hacerlo. Dejando aparte, quizá, alguna perversa y secreta tentación de poner a prueba sus habilidades...

— ¿No vamos a volar en un avión comercial?

— Me he traído el avión de la agencia para no perder tanto tiempo.

Tanto Griff como él habían concluido que la agresión sufrida por el

anciano había tenido que ver con la investigación en marcha. Si Gardner creía que Raine podía ayudarlos, no había tiempo que perder.

—¿Usted es el piloto?

—¿Tiene algún problema?

Negó con la cabeza, apretando los labios. Aspiró profundamente y empezó a bajar la escalera.

—Estoy debidamente cualificado para ello —explicó Ethan—. Tengo tantas horas de vuelo como la mayoría de los pilotos comerciales. El avión es nuevo y...

Pero ella negó de nuevo con la cabeza.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? —le preguntó bruscamente.

Esperaba que no fuera algún tipo de absurda premonición....

—Nada. Estoy lista. Despegaremos cuando quiera, señor Snow.

Y se dirigió resueltamente hacia el reactor, como si nada hubiera ocurrido. Sólo que sí había ocurrido algo. Lo cual, por alguna ridícula razón, le molestaba.

Era consciente de que había tormentas en la zona. Su ruta de vuelo seguiría un curso paralelo, pero lo bastante lejos como para que no surgiera ninguna complicación. Como buen piloto, nunca corría riesgos con el tiempo. Y siempre se sentía más seguro pilotando aviones que conduciendo coches, sobre todo en la zona de Washington. En aquel momento, sin embargo...

Se la quedó mirando mientras subía al aparato por la escalerilla. Justo en el instante en que se disponía a entrar, se volvió hacia él. Fue una mirada rápida, que Ethan no supo cómo interpretar. ¿Qué había visto en sus ojos? ¿El mismo brillo de diversión que la noche anterior? Aquellos segundos de vacilación en lo alto de la escalera... ¿habían sido un intento por asustarlo porque sabía que él no compartía la misma fe en sus habilidades que Gardner?

Si se trataba de eso, se llevaría una buena sorpresa. Porque no

estaba en absoluto dispuesto a dejarse impresionar por una echadora de cartas de tarot...

En claro contraste con el sol subtropical que habían dejado atrás, el día en Washington era gris y lluvioso. Quizá el tiempo más apropiado para la visita que estaban a punto de hacer, pensó Ethan mientras guiaba a Raine por el pasillo del hospital.

Sólo había una sala de espera en la unidad de urgencias. A través del cristal de la puerta, vio a Griff y a Claire sentados juntos. No estaban hablando, pero se tomaban de las manos. La tensión de la vigilia podía leerse en sus rostros.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Raine. Mientras Griff se levantaba para saludarlos, Ethan se preguntó si el máximo responsable de Phoenix le habría hablado a su mujer de la antigua relación entre su abuelo y ella. Por supuesto, siempre era posible que ya entonces Claire hubiera sabido de la existencia de la niña que tan celosa se había mostrado de su parentesco con Monty Gardner.

—Ethan —lo saludó Griff, y se volvió hacia Raine con una sonrisa.

—Raine McAllister, éste es Griff Cabot, el director de la Agencia Phoenix. El señor Gardner es...

—Lo sé —se adelantó, y le tendió la mano—. Encantada de conocerlo, señor Cabot.

Antes de estrechársela, Griff intercambió una rápida mirada con Ethan.

—Llámame Griff, por favor. Y gracias por haber venido.

—¿Cómo se encuentra?

—Sigue aguantando. Lo que no se sabe es el tiempo que resistirá.

—Todo el que sea necesario —intervino la nieta de Monty Gardner, levantándose e incorporándose al grupo. A la primera que saludó fue a Raine—. Me llamo Claire Cabot. Tengo entendido que conoce usted a mi abuelo.

—Lo conocí —la corrigió mientras le estrechaba la mano—. Hace mucho tiempo.

—Entiendo —pronunció Claire al cabo de un instante.

A juzgar por su tono resultaba obvio que no era así.

—Raine trabajó con tu abuelo —intervino Ethan, sospechando que aquél no era el momento más adecuado para explicarle lo que había hecho para la CIA.

—¿Con el abuelo? Pero... —su expresión reflejaba la misma extrañeza que la de Ethan la tarde anterior, dada la diferencia de edad entre Raine y Gardner—. Me temo que no comprendo...

—Raine era una niña. La agencia...

Era imposible disimular con buenas palabras lo que la CIA había hecho con Raine, o el papel de Gardner en todo ello. Claire, por otro lado, nunca había sido precisamente una admiradora de la Agencia. La idea de que la CIA hubiera explotado vilmente a una niña la sublevaría tanto como le había sublevado a él.

—El señor Gardner se portó muy bien conmigo —se apresuró a dejar claro Raine, rompiendo aquel incómodo silencio—. Hizo por mí cosas que, en cierto sentido... nadie había hecho antes.

—Entiendo —pronunció de nuevo Claire, pero esa vez su tono fue más distante que antes.

Ethan pensó que probablemente estaría intentando imaginar la clase de relación que los habría unido. Recordó las palabras de Raine: «de niña siempre estaba tan celosa... Y ella tenía derecho a monopolizar todo su interés. Y su tiempo». ¿Sería por eso por lo que se había mostrado tan decidida a venir? ¿Porque aún sentía aquellos celos?

—Usted no sabía nada de mí, ¿verdad? —se atrevió a preguntarle Raine.

—¿Qué era lo que tenía que saber de usted?

Hubo un matiz de arrogancia en la pregunta de Claire, que bien podía ser el resultado del estrés, o del cansancio. Por supuesto, era

comprensible que la esposa de Griff no estuviera reaccionando con la amabilidad de costumbre, dadas las circunstancias.

—No importa —dijo Raine—. Sólo pensé que tal vez pudo haberle hablado de mí.

Claire parecía con ganas de seguir preguntando, pero antes de hacerlo miró a Griff. Y el leve movimiento que su marido hizo con la cabeza la disuadió de continuar por ese camino. Ethan se preguntó a cuál de las dos estaría intentando proteger su jefe y amigo: si a su esposa o a Raine, debido a la investigación que años atrás habían hecho con ella.

La primera posibilidad era la más probable. Porque no podía creer que el director de Phoenix, famoso por su pragmatismo y frialdad, pudiera demostrar algún tipo de sensibilidad hacia Raine como conejillo de indias de la CIA.

—Me gustaría verlo.

—¿Quieres ver a mi abuelo? —Claire no podía creer lo que acababa de oír—. ¿Tienes alguna idea de cómo...?

—Sólo permiten un visitante cada hora —intervino Griff—. A la hora en punto. Y sólo durante diez minutos.

—Para mí será tiempo suficiente —afirmó Raine—. Esperaré lo que haga falta.

—Solamente los familiares están autorizados a visitarlo —le espetó Claire, en esa ocasión sin matiz alguno de amabilidad en la voz.

Raine le sonrió, dispuesta a pasar por alto su brusquedad.

—Tú lo has tenido durante toda la vida, Claire. Seguro que podrás regalarme unos pocos minutos.

—¿Quién diablos te crees que eres? —explotó al fin, furiosa.

—Su hija.

El monótono zumbido de los monitores y la tenue luz del cubículo tuvieron el efecto de tranquilizarla después de la violenta escena de la sala de espera. Raine se recriminó por no haber manejado mejor la

situación. Pese a la cantidad de veces que se había imaginado un encuentro con la familia de su padre, nada había salido como había esperado.

Lamentaba sinceramente haberle dado aquel disgusto adicional a Claire, pero no le había quedado más remedio. Sobre todo cuando le había dejado medianamente claro que no estaba dispuesta a permitir que alguien como ella, a quien tenía por una simple empleada de su abuelo, quisiera verlo. Por eso había tenido que reclamar de una manera tan brusca sus derechos. A partir de entonces, todo había acabado por salir a la luz.

Supuestamente debería sentirse agradecida de que la madre de Claire no hubiera estado también presente. Si a Claire ya le había resultado suficientemente traumático descubrir que tenía una tía de la que no había sabido nada hasta ahora, ¿cómo habría sido descubrir la existencia de una hermanastra? Una hermanastra de la que nadie le había hablado. Ni siquiera su propio padre.

Se obligó a apartar la mirada de los monitores para posarla en el pecho de Montgomery Gardner. Respiraba con ventilación artificial. El rumor de su respiración resultaba casi hipnótico. Se acercó a la cama mientras la enfermera recorría la cortina. Por un instante, los rasgos del hombre que yacía en la cama se le antojaron los de un desconocido. Un extraño.

No sólo la cantidad de tubos y cables que tenía conectados contribuyó a distraerla: las señales de la agresión de la que había sido víctima resultaban brutalmente claras. La sangre se le había acumulado debajo de los ojos, oscureciéndoselos. La herida de la frente había sido cuidadosamente cosida, pero todavía la tenía hinchada, amoratada.

Resistió el impulso de acariciarle una mejilla y se limitó a tocarle una mano. La tenía muy fría. «Demasiado?», se preguntó con un sobresalto, pero el constante zumbido del monitor despejó sus temores.

Estaba aguantando, había dicho Cabot. Y resistiría todo el tiempo que fuera necesario, había añadido Claire. Pero a pesar de aquellas esperanzas, resultaba obvio que la fortaleza del anciano se estaba agotando. Raine había estado segura de ello antes incluso de llegar. Durante todo el viaje había percibido su cansancio, sus pocas ganas de seguir luchando. Estaba tan cansado de todo, pensó mientras le pasaba una mano por la frente, que apenas era ya piel y huesos.

Quizá por eso la había mandado a buscar después de todos esos años. Porque estaba cansado de ver que todo aquello por lo que había arriesgado la vida estaba ahora en peligro. No se lo había dicho a nadie, por supuesto. Nunca se le había dado bien expresar sus sentimientos.

En lugar de ello, había despachado a Ethan Snow con el encargo de recabar su ayuda. Y veinticuatro horas atrás eso todavía habría podido ser posible. Ahora, sin embargo...

—¿Por qué no me mandaste a buscar antes? —se inclinó hacia él para susurrarle al oído.

No hubo respuesta. Ni siquiera movió los párpados, en los que se transparentaban las venas azules. Durante todos aquellos años había esperado pacientemente, respetando sus deseos. Hasta ese día jamás había reclamado su atención, jamás se había acercado a ningún miembro de su familia, jamás se había atrevido a interferir en sus vidas.

Durante todo el año que siguió a la muerte de su esposa, de la que se había enterado por los periódicos, había estado esperando a que la llamara. Esperando a que al fin se dignara a reconocer su existencia. Pero, al parecer, debió de pensar que eso sería demasiado traumático para los restantes miembros de la familia. Y, a juzgar por la reacción de Claire, había tenido razón.

Lamentaba haberle soltado la noticia tan bruscamente, casi con crueldad. Pero es que había estado convencida de que su padre quería verla. Si ése no hubiera sido el caso, ¿para qué le habría dado su

nombre a Snow? De no haberles revelado su identidad, jamás le habrían franqueado el paso a esa habitación. Y quedaba tan poco tiempo...

Se inclinó aún más. Ya se disponía a hablarle de nuevo cuando de repente descubrió que no sabía cómo llamarlo. Nunca lo había llamado «padre». Al menos en voz alta.

—No sé cómo puedo ayudar a tus amigos Han sucedido tantas cosas...

Por un momento volvió a ver la expresión de Ethan Snow cuando, la tarde anterior, con voz conmovedoramente sincera, le habló de proteger a su país. Su padre compartía aquella misma devoción. Eso era todo lo que le estaba pidiendo ahora. Y lo haría lo mejor que pudiera, pese a lo que había ocurrido en el pasado.

—Te prometo que lo intentaré.

Esa vez sí que se atrevió a besarle la frente, en la zona sana. Tan pronto como sus labios hicieron contacto con su piel, la fuerza eléctrica que había posibilitado que la figura de su corredor se transformara en otra cosa, en una visión, se disparó de nuevo. La imagen era exactamente la misma. Aguas oscuras, frías, profundas. Mortales.

Consciente en esa ocasión de lo que podría suceder, empezó a luchar de inmediato contra aquella atracción. Abrió los ojos y retrocedió bruscamente, derribando un monitor. El aparato estaba conectado a uno de los numerosos cables. Cuando la conexión quedó interrumpida, el timbre de alarma cortó el silencio.

La cortina se descorrió al instante y entraron dos enfermeras. Una de ellas se puso a levantar el monitor, cortando la alarma, mientras la otra se apresuraba a examinar al paciente.

—Lo siento —murmuró Raine—. Tropecé contra una de esas máquinas y se cayó... Sólo ha sido un accidente.

La enfermera que se había inclinado sobre su abuelo la miró por encima del hombro.

—Tendrá que marcharse.

—Pero ya le he dicho que...

—Lo siento. Tendrá que aguardar afuera. Ya la llamará alguien.

La otra enfermera, que había acabado de ajustar el monitor, la tomó suavemente del codo.

—Vamos, querida. Será mejor que se marche para que podamos revisarlo todo otra vez.

Raine no se oponía a ello, desde luego, pero tenía la sensación de que si se iba, ya no le permitirían volver a entrar. La cortina se cerró a su espalda y de repente se encontró fuera del cubículo. Pensó en esperar allí, pero otra enfermera la vio y se dirigió hacia ella. Sabía lo que iba a decirle, así que se colgó el bolso al hombro y se volvió hacia la puerta de cristal de la sala.

Un hombre esperaba al otro lado, de brazos cruzados, apoyado contra la pared de azulejos. Llevaba un traje de tres piezas con camisa blanca y corbata azul cielo. Tenía el pelo rubio ceniza cortado a estilo militar e iba perfectamente afeitado. Aunque no lo había visto antes, reconoció inmediatamente su aspecto a pesar del tiempo transcurrido. Quizá el estilo del traje había cambiado, pero sin lugar a dudas era el uniforme oficioso, informal, de la gente de la Agencia.

¿Sería otro hombre de Cabot? ¿Alguien encargado de proteger a su padre? ¿O encargado de vigilarla a ella? Entraba dentro de lo posible. Cabot y Ethan Snow probablemente estarían en aquellos momentos en proceso de comprobar su identidad. Aunque dudaba que pudieran conseguirlo, aparte de preguntárselo al propio Gardner. Su padre era un especialista en guardar secretos. Después de todo, había dispuesto de más de cuarenta años de trabajo en la CIA para perfeccionar aquel arte.

—Haga el favor de esperar fuera —le pidió con tono firme la enfermera que acaba de acercársele.

No tuvo más elección que abandonar la unidad de cuidados intensivos. Nada más abrir la puerta, el desconocido la abordó:

—¿Señorita McAllister?

Pensó que quizá estuviera allí para transmitirle un mensaje de Ethan, o de los Cabot.

—¿Sí?

—Acompáñeme, por favor —dio un paso hacia el corredor, como dando por hecho su consentimiento.

—¿Que lo acompañe adónde?

Se volvió hacia ella, sonriendo. Era una sonrisa atractiva, pero que no llegó hasta sus ojos.

—Con los demás, por supuesto.

¿Con Ethan o con los Cabot?, se preguntó Raine. Lo último parecía bastante improbable, dada la reacción de Claire. Quizá Ethan había dispuesto que la acompañaran a un lugar distinto de la sala de espera, para que no pudiera volver a encontrarse con ella.

—¿Y necesito un escolta para eso? —inquirió extrañada.

La sonrisa del hombre se amplió. Pero aun así su rostro seguía sin reflejar simpatía alguna.

—Yo solamente obedezco órdenes, señora McAllister.

Eso también era algo que también recordaba de cuando era niña. Era lo que todos le decían. Todos aquellos hombres se habían limitado siempre a obedecer órdenes. «Excepto mi padre, que era quien las daba», añadió para sus adentros.

Su acompañante le señaló el corredor. Raine miró una vez más hacia el cubículo, pero la cortina seguía cerrada. Le habían dicho que mandarían a buscarla, pero probablemente habrían supuesto que volvería a la sala de espera. Si Ethan la estaba esperando en cualquier otra parte y ella se dejaba guiar por aquel hombre, entonces los demás no sabrían dónde encontrarla.

—Tendré que dejar aviso a la enfermera de dónde voy a estar.

Pero el hombre ya no estaba sonriendo. Su mirada era mucho más fría...

—Ya me encargaré yo de avisarla —repuso, tomándola de un

brazo.

Estaba harta de que la trataran de esa manera. Intentó liberarse, pero el hombre le clavó los dedos en el codo.

—¿Qué cree que está haciendo?

No había terminado la frase cuando el tipo la atrajo hacia sí, aplastándola contra su pecho. Fue entonces cuando sintió algo duro presionándole la base de la espalda. Era el cañón de una pistola.

—Andando —le dijo al oído—. No mire hacia atrás. No hable, sólo camine. Ya le diré yo adónde.

Raine tomó conciencia de que se había pegado a ella para mantener oculta la pistola con que la estaba apuntando.

—Ignoro cuánto sabe usted de armas, señora McAllister, pero la que tiene en la espalda es una nueve milímetros... capaz de hacerle un buen agujero.

No lo dudaba. Como tampoco dudaba que no tendría el menor remordimiento en apretar el gatillo. Ya era demasiado tarde. Desde el principio había intentado decirle a Ethan Snow que no podía ayudarlo, pero él no la había escuchado. Luego, cuando se enteró de que Monty Gardner estaba por medio, había ignorado sus dudas con tal de hacer aquel viaje.

Un viaje que había sido una pérdida de tiempo. Porque en aquel momento estaba convencida de que ni siquiera podría usar su propio don... para ayudarse a sí misma.

Capítulo 4

—Ella no me dijo que Gardner era su padre. Te lo juro —afirmó Ethan por segunda o tercera vez—. Sólo me comentó que había trabajado para él. Que le había pagado los estudios, una especie de internado o algo así, y luego la universidad. Si hubiera llegado a sospechar que le diría algo semejante a Claire, te juro que jamás la habría traído.

Hacía muchos años que conocía a Griff Cabot y jamás lo había visto tan alterado. Para Griff, la familia era lo principal. Aunque no había participado directamente, Ethan sabía que Phoenix había nacido de una peligrosa operación del antiguo Equipo de Seguridad Exterior, diseñado por el propio Cabot para rescatar a su hija de su secuestrador. El hecho de que Griff hubiera destruido la tapadera que la CIA le había preparado con tal de culminar con éxito su misión hablaba bien a las claras de cuáles eran sus prioridades.

—Creo que está mintiendo —le espetó Cabot—. Hace mucho tiempo que conozco a Monty Gardner, antes y después de conocer a Claire. Es el hombre más devoto a la familia con el que me he tropezado nunca.

—Quizá después de la muerte de su esposa...

—Estuvo viudo menos de siete años. No insistas, Ethan. No me creo ni una palabra de lo que nos ha dicho Raine McAllister.

A pesar de la compasión que sentía por Claire, Ethan sentía el irracional impulso de confiar en Raine.

—Ella no ha reclamado nada hasta ahora de la familia de Gardner. Hasta ahora, al menos. En mi opinión, sólo pretendía volver a ver al

viejo. Puede que cuando se enteró de que sólo estaban permitidas las visitas de familiares directos...

—¿Se inventó esa historia de que era su hija? —lo interrumpió Griff—. Eso resulta aún más imperdonable. Por fuerza tiene que saber que no se saldrá con la suya.

—Quizá sólo quería visitarlo esta noche...

—¿Quieres decir que tal vez quería acceder a su habitación... para hacerle algún daño?

Nada más terminar la frase, Griff se volvió hacia el corredor que llevaba a la unidad de cuidados intensivos. Teniendo en cuenta el inexplicable ataque del que había sido víctima Gardner, no era una sospecha tan descabellada. Pero Ethan se lo impidió, agarrándolo de un brazo:

—Yo no he sugerido nada parecido. Ella también tiene miedo de que el viejo no aguante. Sólo quería verlo antes de que fuera demasiado tarde. Y quizá su desesperación la llevó hasta el punto de inventarse esa historia...

Sin embargo, Raine había afirmado con demasiada convicción ser la hija de Gardner. Y había demostrado la misma resolución a la hora de exigir verlo. No se había echado atrás, ni siquiera ante la airada reacción de Claire. Cuando Griff se llevó a su esposa fuera de la sala de espera para tranquilizarla, Raine no había dudado en acudir al mostrador de recepción para presentarse como la hija del anciano, recién llegada a la ciudad.

Pese a todo, Ethan había esperado que le denegaran el permiso. No fue así. Cuando Griff volvió, ya la habían dejado pasar a la unidad de cuidados intensivos.

—No me importa lo desesperada que esté —declaró Griff—. No toleraré este sufrimiento añadido a la familia.

—Fue Gardner quien nos dio su nombre. Eso por fuerza tiene que significar algo...

—Nos dio su nombre como el de alguien que podía ayudarnos en

la investigación. No como el de su hija ilegítima.

—Quizá no, pero ambos tienen que compartir un vínculo importante. Al fin y al cabo, él le pagó los estudios. Por cierto, que esa es la única razón por la que ella consintió en hablar conmigo. Cambió totalmente de actitud cuando yo le dije que Gardner era un amigo común.

—Me gustaría creer que realmente le profesa algún aprecio. Pero en cuanto a lo otro...

—¿A lo de que es su hija?

—Es igual. Volvamos a la unidad de cuidados intensivos.

Una vez allí, la enfermera les explicó que Raine había entrado hacía diez minutos, pero que la habían hecho salir.

—Hubo un problema con uno de los monitores. Nos dijo que se quedaría aquí hasta que lo solucionáramos.

Automáticamente Ethan barrió con la mirada a los presentes. Raine no estaba entre ellos.

—Tal vez decidió esperar en el corredor.

—Pero... si acabamos de pasar por allí. Y no había nadie.

—Lo mismo se ha marchado —sugirió Griff con tono hosco.

Resultaba obvio que no le importaba en absoluto que hubiera sido así.

—Pues parecía muy ansiosa de visitar a su padre —dijo la enfermera—. No me explico adónde puede haberse ido.

Ethan sintió una punzada de inquietud. Si Raine no estaba ni en la sala de espera ni en el corredor...

—¿Hay algún servicio de señoras por aquí cerca?

—Claro, ¿por qué no se me habrá ocurrido antes?

La enfermera los acompañó de regreso a la sala de espera. Ethan confiaba en que Claire Y Raine no hubieran escogido el mismo momento para entrar. Pero el servicio más cercano a la unidad de cuidados intensivos estaba vacío.

—Tal vez se fue a buscar un café —comentó la mujer—. Si la ven,

díganle que su padre no ha empeorado. Y que se tranquilice, que ya hemos arreglado lo del monitor.

—Se lo diremos —le prometió Ethan.

La mujer volvió sobre sus pasos y pulsó el botón que le franqueaba la entrada a la unidad de cuidados intensivos. Para entonces Ethan ya se había quedado solo, ya que Griff había ido a reunirse con Claire. No podía sacudirse la sensación de que había sucedido algo muy extraño...

Raine se había mostrado firmemente decidida a ver al viejo. Si la enfermera había interrumpido su visita, lo lógico habría sido que se hubiera quedado esperando a que le permitiesen volver a entrar.

¿Dónde diablos se habría metido?

El tipo de la pistola no había dudado en ningún momento a la hora de guiarla. Evidentemente estaba familiarizado con el hospital, o tal vez había explorado aquella ruta antes de quedarse a esperarla a la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

Mientras se dejaba llevar por los estrechos y sombríos pasillos de aquella parte del edificio, Raine había confiado en encontrarse con algún empleado y poder así pedir ayuda. No había sido el caso, porque solamente se habían cruzado con un par de enfermeras caminando con rapidez en dirección contraria, con la mirada baja. Ambas llevaban sus bolsos de la calle. ¿Acabarían de entrar al hospital procedentes del aparcamiento? Probablemente era allí a donde la llevaba aquel hombre...

Si la llevaba al aparcamiento, seguro que estaría lleno de coches y de gente a esa hora del día. Y era dudoso que, delante de tanta gente, se decidiese a usar su arma. En todo caso, la obligaría a subir a un vehículo y la sacaría de allí. Por lo demás, no podía hacer otra cosa más que especular sobre las razones de aquel secuestro... que tal vez tuviera algo que ver con la investigación de Phoenix, que a su vez estaba relacionada con la agresión que había sufrido su padre.

Alguien debía de sospechar que los dos, padre e hija, sabían algo sobre la organización que Ethan Snow le había mencionado. Quizá su padre sí lo supiera, pero en ese caso... ¿por qué no les había facilitado la información a Ethan y a Cabot cuando aún había tenido oportunidad de hacerlo? En cuanto a ella, nada sabía de La Alianza. No recordaba haber oído aquel nombre antes.

—A la izquierda —le ordenó el hombre.

Seguía agarrándola con fuerza, sin retirarle el cañón de la espalda.

—Pulsa el botón de subida —añadió cuando se acercaron a los ascensores del aparcamiento.

Raine obedeció. Había varias plantas y cuatro estaban por encima del nivel donde se encontraban. Pensó que aquella podía ser su última oportunidad de escapar antes de que la subiera a su vehículo, sobre todo si lo había dejado aparcado en el último piso, el que lógicamente debería estar menos frecuentado. «Ojalá haya alguien dentro cuando se abran las puertas».

Llegaron dos ascensores al mismo tiempo. Todavía sin ningún plan preconcebido, se preparó para aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara. Se preguntó si sería capaz de dispararle con algún testigo delante. Tenía esa sospecha. Pero si conseguía llevarla a algún lugar apartado, la asesinaría sin miramientos.

Las puertas del ascensor que tenía delante empezaron a abrirse, así como las del contiguo. Frente a ella apareció una mujer mayor y un hombre en silla de ruedas. La mujer, alta y delgada, iba vestida de blanco. Parecía una celadora.

—Disculpen —pronunció la mujer mientras se disponía a maniobrar con la silla.

Raine y su secuestrador estaban demasiado cerca. A pesar de eso, el hombre no hizo el menor ademán de apartarse, quizá temiendo descubrir la pistola si lo hacía.

—Cuidado con los pies, querida —le advirtió la celadora al tiempo que empujaba la silla.

Aprovechándose de la situación, Raine dio un paso adelante con la aparente intención de apartarse de su camino. El movimiento tomó desprevenido a su secuestrador, con lo que aflojó la presión de sus dedos.

Cuando lo hizo, Raine dio un tirón y se liberó, para entrar corriendo en el ascensor. No pudo haber elegido un momento mejor, ya que las puertas se cerraron rápidamente. Al otro lado pudo escuchar un alboroto, como si el tipo hubiera tropezado con la silla de ruedas. La celadora gritó algo ininteligible y el secuestrador soltó una maldición.

Con el corazón acelerado, Raine intentó pensar en su siguiente movimiento. Pulsó el botón del piso inmediatamente superior. Tan pronto como volvieron a abrirse las puertas, echó a correr por el pasillo. Necesitaba encontrar otros ascensores o descubrir alguna manera de volver a bajar al corazón del edificio.

Una vez que lo consiguiera, ya decidiría lo que hacer a continuación. No estaba muy segura de querer regresar a la unidad de cuidados intensivos, dado que era allí donde aquel tipo la había estado esperando... y, casi con toda probabilidad, el primer lugar donde se decidiría a perseguirla. Por lo demás, también era allí donde estaba Ethan Snow. Pese a que todavía seguía siendo poco más que un desconocido para ella, su primer impulso era pedirle ayuda. Era un antiguo agente de la CIA. Y también quien la había metido en aquel enredo. A pesar de ello...

El sonido de una campanilla a su espalda la distrajo de aquellas reflexiones. Las posibilidades de que el ocupante de aquel ascensor fuera su perseguidor eran remotas, pero aun así... Intentó visualizar la sala de los ascensores. Era posible que encima de cada uno figuraran los pisos en los que se detenían. Si ese era el caso, quizá la hubiera localizado esperando con toda tranquilidad a que se encendiera la luz correspondiente...

Con la adrenalina circulando como un torrente por sus venas,

corrió aún más rápido, jadeando, dobló por fin una esquina del corredor para encontrarse con otra zona de ascensores. Pulsó repetidas veces el botón de llamada. Bajó el primero... y estaba vacío. Se apresuró a entrar y pulsó el botón de cierre de las puertas. Justo en aquel instante escuchó los pasos de alguien corriendo. Nada más cerrarse las puertas, apoyó la espalda contra la fría pared de metal, debilitada... antes de darse cuenta de que no había seleccionado el piso. Irguiéndose, se concentró en el panel de control. El único indicador encendido era el del primer piso. Si no hacía algo pronto...

Pero ya era demasiado tarde, porque el sonido de la campanilla le indicó que acababa de llegar a su destino. El primer piso. El principal del edificio. Tal vez eso fuera una ventaja. Habría más gente. Y más protección. Y guardas de seguridad.

Pero no vio nada de eso cuando se abrieron las puertas. Sólo otro pasillo tan desierto como los demás. De repente, sus peores temores se vieron confirmados. Aquellos pasos que había oído antes eran los de su perseguidor, ya que encima de las puertas de los ascensores el único piso iluminado era el primero. Estaba bajando a buscarla.

Corrió por el pasillo y giró a la derecha. Tenía que alejarse lo antes posible de los ascensores. Pese a que no debía de tratarse de uno de los corredores principales del hospital, se cruzó con varias personas. No las suficientes, sin embargo, para que pudiera pasar desapercibida entre ellas.

Algunas se volvieron para mirarla extrañadas cuando pasó a su lado. Vagamente se dio cuenta de que el hecho de llamar la atención de esa manera jugaba en su contra, ya que cualquiera de ellas podría describirla si su perseguidor se lo preguntaba, e indicarle la dirección que había tomado. Por esa misma razón aminoró el paso y se puso a caminar, esforzándose por conservar la calma.

De repente el corredor se terminó. Una flecha señalaba, a la izquierda, el vestíbulo principal. La otra llevaba a las zonas de oficinas y a la cafetería. Vaciló, sopesando las ventajas y desventajas de cada

opción. Era posible que la organización a la que pertenecía su perseguidor hubiera destacado a alguien en las salidas del edificio, previendo que hubiera conseguido escapar.

Si ése era el caso, lo mejor que podía hacer era internarse en la zona de oficinas. Allí también habría salidas, o al menos una de incendios. Miró hacia atrás. El hombre de la pistola no estaba a la vista. Por el momento.

Giró a la derecha. Había bastante gente: la mayoría se dirigirían a la cafetería. Pasó por delante de la cola de personas que se había formado. Al fondo distinguió la zona de oficinas. Lo único que tenía que hacer era encontrar una puerta lateral...

Ya se estaba felicitando por haber despistado a su perseguidor... cuando de repente alguien la agarró con fuerza de un brazo.

Capítulo 5

— ¿Dónde diablos te habías metido?

Ethan.

Pese al tono furioso de su pregunta, estuvo tentada de echarse a sus brazos.

— Había un hombre que...

De repente se dio cuenta de que su explicación, aunque necesaria, sobraba en un lugar tan expuesto. Se volvió, tirando de él hacia el pasillo.

— ¿Qué hombre?

— Tenemos que salir de aquí.

— ¿Qué pasa?

— Ven conmigo. Te lo diré tan pronto como...

Pero, lejos de soltarla, la detuvo de nuevo.

— Dímelo ahora.

Sus ojos grises eran tan fríos como su tono. Resultaba obvio que no estaba dispuesto a ceder.

— Un hombre me estaba esperando a la puerta de la unidad de cuidados intensivos —se apresuró a explicarle—. Me pidió que lo acompañara. Me dijo que iba a llevarme con el grupo. Yo pensé que se refería a ti y a los Cabot.

— Descríbemelo.

Evocó la primera impresión que había recibido de él:

— Creo que era un agente.

— ¿Un agente?

— De la CIA. Parecía de la CIA.

Durante un par de segundos Ethan no dijo nada.

—E intentó llevarte a alguna parte.

—Me dijo que estaba obediendo órdenes. Yo me negué porque pensé que las enfermeras no sabrían dónde encontrarme si me marchaba de allí, y fue entonces cuando... sacó una pistola. Me dijo que era una nueve milímetros, y me apuntó con ella —estaba hablando demasiado. Lo que tenía que hacer era convencerlo de la urgencia de escapar de allí—. Intentó llevarme al aparcamiento, pero me escapé. Me está siguiendo.

—¿Ahora?

—Sí, a no ser que haya conseguido despistarle. Por favor, vámonos —le rogó.

Ethan miró detrás de ella, hacia el pasillo. Raine siguió la dirección de su mirada, fijándose en todos los rostros.

—¿Lo has visto?

—No, pero eso no significa que no esté ahí detrás, oculto en alguna parte.

Esa vez fue él quien la obligó a avanzar, empujándola suavemente. Pero hacia la cafetería que acababa de atravesar...

—¿Qué estás haciendo?

—Intentar descubrir a tu perseguidor.

—¿Pero por qué...? —no terminó la frase.

Estaba desconcertada.

—Es la única manera que tenemos de descubrir quién es. O, lo que es aún más importante: quién lo envió.

—¿Crees que lo reconocerás?

Cuando se acercaron a la cola de los que esperaban, Raine volvió a fijarse en los rostros de la gente. El hombre de la mirada glacial no estaba entre ellos.

—Tal vez, si realmente es la de la CIA.

—Yo... no estoy segura. Sólo sé que tenía ese aspecto.

Ella miró rápidamente, y ella se dio cuenta de que lo que acababa de

decir debía de haberle resultado divertido. No sonreía abiertamente, pero la diversión se reflejaba en sus ojos.

—Y tú también —añadió, concentrándose nuevamente en localizar a su perseguidor.

—¿Yo también qué?

—Tú también tienes ese aspecto.

Lo tenía. Sombrío, peligroso.

—Permiso —pronunció Ethan en aquel instante, abriéndose paso con ella entre la multitud.

—¿Qué estás haciendo? —protestó Raine, sonriendo a modo de disculpa a la familia entre la cual acababan de pasar.

—No tiene sentido quedarnos aquí. Ni que nos pongamos a la cola.

Se resignó a seguirlo a través de la zona de las mesas y más allá de las cajas registradoras. Seguía barriando con la mirada a los presentes, sin localizar al hombre de la pistola.

—Aquí estaremos bien.

Ethan se había detenido frente a una mesa al pie de la pared de cristal que separaba la cafetería del pasillo donde se había formado la cola. Había sacado una silla y le sostenía la otra para que se sentara.

—¿Qué pasa?

—Vamos a quedarnos aquí a vigilar a ese tipo.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? Tenemos una vista perfecta.

Tenía razón. Si se sentaba donde le decía, podría ver a cualquiera acercarse a aquella zona procedente del corredor.

Pero su perseguidor también la vería a ella.

—No puedo hacerlo.

—Sólo tienes que identificarlo.

«Y yo me encargaré de todo lo demás». Esa parecía ser la insinuación de su tono.

Raine había empezado a sentir una creciente opresión en el pecho,

que le impedía respirar. Miró a la gente sentada en las mesas cercanas. La mayor parte eran familias, con niños pequeños.

—Tú no lo entiendes —dijo, recordando al hombre de la mirada glacial y la impresión que le había provocado: la de alguien nada acostumbrado a amenazar en vano.

Sabía que si se hubiera negado a acompañarlo fuera de la unidad de cuidados intensivos, habría apretado el gatillo y le habría disparado en la espalda. Si la veía sentada allí, a plena vista de todos...

Por un instante, los ruidos de la cafetería se evaporaron para ser sustituidos por un fragor de disparos, cristales rotos, gritos de histeria.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ethan, muy serio.

Raine se dio cuenta de que en su mirada no quedaba ni rastro de la diversión anterior.

—Dispararé. Incluso aquí —le reveló, estremecida—. Dispararé contra la multitud en cuanto me vea. No le importará matar a más gente.

Desvió la mirada hacia el bebé que estaba sentado en una trona, en la mesa contigua. Y volvió a estremecerse. Ethan no le preguntó por qué estaba tan segura. No hacía falta.

—Si ha conseguido seguirme —razonó ella, intentando pensar con claridad—, a estas alturas quizá me esté buscando en la unidad de cuidados intensivos. O tal vez se haya marchado...

—O me haya visto interceptarte en el pasillo.

—¿Te habría reconocido?

—Tal vez sabía que yo lo reconocería a él.

No podía desechar aquella posibilidad.

Afortunadamente Ethan no había dejado su vehículo en el aparcamiento del hospital. Porque Raine no habría soportado repetir el camino que había hecho hasta allí a punta de pistola...

Pese a que Ethan no se había separado de ella, sólo respiró tranquila cuando subió a su todoterreno y se alejaron de allí. Ethan

conducía el vehículo de color verde oscuro que había recogido en el aeropuerto la tarde anterior.

— ¿Adónde vamos?

— Griff quiere verte.

La tensión que había empezado a desvanecerse resurgió ante la perspectiva de enfrentarse con Cabot. Y con Claire.

— ¿En su casa?

— En la oficina de Phoenix.

Tenía sentido. El marido de Claire no querría por nada del mundo que pusiera los pies en su casa. No cuando probablemente volvería a cruzarse en el camino de su esposa.

— Lo siento, pero tenía que hacerlo — se disculpó de pronto Raine.

— ¿A qué te refieres?

— Cuando le dije eso a Claire... tan bruscamente. Se lo solté porque tenía miedo de que no me dejara verlo.

— ¿A tu padre? — su tono era escéptico.

Raine se recordó que no tenía por qué extrañarse. No se había creído casi nada de todo lo que le había dicho desde que se presentó en su casa la noche anterior. Su reacción en la cafetería había sido la única excepción.

— Es mi padre.

— Espero que tengas alguna prueba.

— ¿Es eso lo que quiere Cabot? ¿Pruebas?

— Para empezar.

— El siempre protegió a su familia todo lo que pudo.

— Eso ya se lo dijiste a ellos.

— Me mandó a buscar. Tuvo que tener una razón muy fuerte para hacerlo.

— Ya te expliqué por qué nos facilitó tu nombre. Pensó que podrías ayudarnos con La Alianza.

— Fue su manera de ponerse en contacto conmigo. Tu petición de ayuda le proporcionó la excusa necesaria para ello.

—Si realmente es eso lo que quería hacer... —repuso Ethan, desviando la vista por un segundo del tráfico para mirarla—... le habría resultado mucho más fácil descolgar el teléfono, ¿no te parece?

—Mira, no espero que comprendas...

—Bien, pues no lo comprendo. Lo que le soltaste a Claire en el hospital me pareció cruel. E innecesario.

Su acusación le dolió más de lo que le hubiera gustado admitir. Apretó los labios, tragándose el nudo que le subía por la garganta. El calificativo «cruel» lo habría aceptado, sobre todo cuando evocaba la expresión de Claire Cabot. Y lo lamentaba sinceramente. Pero el otro no.

—Es mi padre. Y tenía miedo de no volver a verlo más. Si no puedes comprender eso...

No pudo terminar la frase. La compasión de Ethan parecía empezar y terminar en Claire, que siempre lo había tenido todo... «Pareces una niña. Una niña celosa. Todavía deseando cosas que nunca podrás tener».

—Lo entiendo —dijo Ethan con un tono más suave, menos recriminator— . Pero supongo que podrías haber elegido un momento menos traumático para soltarle la noticia. O haber esperado un poco.

Había resultado obvio para todo el mundo que Claire se hallaba bajo una enorme presión, y que Raine la había agravado al espetarle tan brutalmente la noticia. No objetó nada, aunque podía haberle recordado un hecho igual de evidente: que tenía miedo de que su padre se estuviera muriendo.

—Tú me dijiste que te habían maltratado de niña. Me parece del todo inconcebible que el señor Gardner hubiera consentido algo parecido. ¿O fue una exageración tuya?

Raine advirtió que no se había referido a Gardner como su padre.

—No lo sabía.

—¿No sabía que te maltrataron?

—No sabía nada de mí.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera sabía que eras su hija?

—Mi madre no se lo dijo. Creo que no quería que lo supiera nunca, pero... murió cuando yo tenía cuatro años.

Le dolía tener tan pocos recuerdos de su madre. Ni siquiera recordaba su rostro, pero sí su perfume. Todavía después de tantos años, cuando volvía a oler aquella mezcla especial de jazmín y rosas, revivía de nuevo aquella maravillosa sensación de seguridad. El recuerdo de sentirse querida, mimada...

Y también recordaba su voz. Levemente ronca, tal vez a causa de los cigarrillos que fumaba de manera incesante.

Fue como si acabara de recordar que su madre fumaba, pensó extrañada. Como si se hubiera olvidado de algo sucedido hacía mucho tiempo y sólo ahora, al hablar de ella con un hombre que era casi un desconocido, se hubiera acordado de ello.

—¿Y luego? —Ethan la animó a que continuara.

—Mis tíos se hicieron cargo de mí. Mi tío sabía quién era mi padre, pero no le dijo nada. Ni siquiera le dijo que mi madre había muerto.

—Si no se lo dijo... ¿cómo es que el señor Gardner llegó a enterarse de que existías?

—La agencia estaba buscando a gente como yo. Cuando me vio, lo supo. Descubrió que yo era su hija. El resto fue cuestión de tiempo, supongo. Y también estaban las cartas que mi madre había escrito a mi tío. Las conservé durante mucho tiempo. Es prácticamente lo único que me quedó de ella.

—¿Todavía las tienes?

—Supongo que las tendrá mi padre. No sé dónde.

—¿Te das cuenta de...?

—¿De lo absurdo de todo lo que te estoy diciendo? —lo desafió—. Quizá me invente otra explicación más razonable... alguna que a Cabot y a ti os resulte más fácil de digerir...

—Pues entonces será mejor que empieces ya —replicó Ethan mientras aparcaba delante de un edificio de oficinas, todo de cristal

negro. Sobre la puerta central se veía el logotipo de un ave con las alas desplegadas, surgiendo de una llama—. Tengo que hacerte una advertencia. Griff Cabot no es un hombre fácil de engañar. Tiene demasiados recursos a su disposición.

Mientras que ella no tenía ninguno, pensó Raine con amargura. Ni siquiera aquel don con el que había nacido...

Capítulo 6

—Sé que no me cree, pero le recuerdo que fueron ustedes los que mandaron a buscarme. Yo nunca me había puesto en contacto con ningún miembro de la familia del señor Gardner.

Ethan advirtió que no se estaba refiriendo a él como su padre. No delante de Griff. Dado el humor de Cabot en aquellos momentos, pensó que era una sabia decisión.

—Y nunca tuvo la menor intención de hacerlo, por supuesto — sugirió Griff.

—Si Ethan no me hubiera hablado del estado actual del señor Gardner, ahora mismo no estaría en Washington. Yo le dije desde el principio que no podía ayudarlo en la investigación.

—Pero sí le dijo por qué Monty Gardner pensó que podría ayudarnos...

Griff la estaba sometiendo a un interrogatorio en regla. Ethan lo había visto acribillar a preguntas a hombres resistentes que acababan balbuceando. Raine, sin embargo, no parecía sentirse en absoluto intimidada.

—Recuerdo exactamente lo que le dije a Ethan y estaré encantada de repetírselo a usted ahora. Tomé parte en experimentos de la CIA en una etapa en que la agencia estaba explorando la posibilidad de utilizar personas con poderes paranormales en programas de inteligencia.

—Un plan llamado Grill Flame — dijo Griff.

Raine vaciló, frunciendo el ceño. Parecía estar recordando algo.

—Cassandra... — pronunció con tono suave, casi sin darse cuenta.

—¿Cassandra?

—Proyecto Cassandra —esa vez parecía más convencida—. No recuerdo nada llamado Grill Flame. Quizá los demás trabajaban en eso, pero yo... —sacudió la cabeza.

—Monty debía de tener una buena opinión profesional de usted para haberla recomendado a Phoenix.

Al parecer Cabot había decidido dejar el tema del Proyecto Cassandra. Ethan lo conocía lo bastante como para saber que se había quedado sorprendido y que a partir de ese momento se dedicaría a buscar nuevas referencias.

—Dado que no tengo ni la menor idea de la calidad profesional de los demás, no puedo confirmar eso. Pero como él debía de estar casi completamente seguro de que yo ya no hacía ese tipo de cosas que estuve haciendo para la CIA... supuse en buena lógica que su llamamiento era personal.

—¿Está sugiriendo que Gardner se sirvió de nuestra investigación para ponerse en contacto con usted?

—A veces los hombres, sobre todo los de su generación, tienen dificultades en expresar sus emociones. Yo pensé que estaba utilizando el trabajo que yo había hecho para la agencia como un medio de restablecer el contacto.

—¿Exactamente qué tipo de trabajo realizó usted para la agencia?

—Ellos lo llamaban «clarividencia». Para mí era casi como un juego. Me enseñaban una foto o me señalaban un punto en el mapa, y yo describía lo que veía.

—Tengo entendido que tiene otros talentos también. Talentos que no usó para la agencia.

—No sé qué quiere decir.

—¿Le sorprendería saber que su nombre figura en la lista de gente... bien conocida por las fuerzas de la ley? —le preguntó Griff mientras abría una carpeta que Raine había visto sobre su escritorio desde que empezó la entrevista.

Ethan se dio cuenta de que Cabot no había perdido el tiempo entre su salida del hospital y el encuentro de aquella noche. O quizá había ordenado a sus agentes que recopilaran información sobre Raine inmediatamente después de recibir su llamada. En cualquier caso, el expediente que tenía delante era impresionantemente grueso.

Por lo demás, Ethan también descubrió que realmente no quería saber lo que contenía. No después de escuchar aquel comentario suyo sobre la notoriedad de que disfrutaba Raine... Ignoraba por qué, pero la posibilidad de que hubiera recurrido a sus supuestas habilidades para perseguir algún fin ilícito lo ponía enfermo. Lo que demostraba hasta qué punto había vulnerado sus propias reglas de no implicarse jamás personalmente en una investigación.

—He hecho algún que otro trabajo en ese campo —confesó ella.

Su renuencia a hablar de ello resultaba casi palpable. Esa única frase bastó, sin embargo, para despejar los temores de Ethan. Porque sugería que si era bien conocida entre las fuerzas de la ley... era porque había trabajado con y no contra ellas.

—Más que algún que otro trabajo —la corrigió Griff—. En el transcurso de los diez últimos años, ha mantenido contactos sistemáticos con los departamentos de policía de las principales áreas metropolitanas del sur: Atlanta, Miami y Nueva Orleans —explicó mientras pasaba las páginas del informe—. Y ocasionales con Los Angeles y Nueva York. Por cierto que muchos de los agentes con los que trabajó tienen una opinión extremadamente alta de sus habilidades.

—Gracias.

—No las merezco, señorita McAllister. Me limito a repetir lo que me han dicho. Y más de una persona, debería añadir. Todos ellos parecían haber descubierto la gallina de los huevos de oro.

Raine no dijo nada, sosteniéndole la mirada con expresión inalterable.

—Sólo que nunca aceptó retribución alguna por lo que hizo,

¿verdad? Ni siquiera en aquellos casos en que se ofrecían recompensas.

—No necesitaba ese dinero.

—Todo el mundo necesita dinero. Y los escultores no son una excepción.

—Nunca he tenido problemas para sobrevivir.

—Al menos no desde que Monty Gardner la libró de las garras de su tío y se convirtió en su generoso benefactor, ¿no es cierto?

—El señor Gardner es mi padre. Las palabras que acaba de usar para describirlo poseen ciertas connotaciones que no son aplicables en este caso.

—Entonces me disculpo por ello. Monty Gardner la sacó de la situación en la que se encontraba —se corrigió Griff—y financió su educación. Una educación de alto nivel, debería añadir. Incluso le compró la casa en la que vive, ¿verdad?

Griff había pasado otra hoja del expediente, como si estuviera leyendo los datos. Ethan sabía que no era más que una pose. Cabot había preparado aquella entrevista a base de memorizar cada dato de su historial.

—No creo que el apoyo financiero que me prestó el señor Gardner supusiera una merma injusta de su patrimonio familiar. Mi impresión era que el dinero nunca constituyó un problema para él. A no ser que piense que su esposa se haya visto económicamente perjudicada a causa de mi relación con su abuelo, no entiendo ese repentino interés por saber en qué decidió el señor Gardner gastarse su dinero.

Se hizo un violento silencio. Cuando Griff volvió a hablar, ya había decidido abandonar un rumbo de la conversación que había rendido muy pocos frutos.

—Varias personas de las fuerzas de la ley con las que hablé me dijeron que ya no está usted capacitada para efectuar aquellos servicios tan útiles que prestó en el pasado.

—Exacto.

— ¿Existe alguna razón para ello?

— Por supuesto.

Griff esperó, pero Raine se negaba a llenar aquel incómodo silencio.

— ¿Le importaría decirme cuál es?

— Sigo haciendo escultura forense, pero no... lo otro.

— ¿Escultura forense?

Griff sabía tan bien como ella lo que quería decir. Pero quería escucharlo de sus labios.

— Cuando la policía encuentra un cadáver inidentificable a causa de su estado de descomposición, me traen el cráneo y yo intento reconstruir el rostro.

— ¿Es capaz de hacer algo así a partir simplemente de su estructura ósea?

Raine asintió con la cabeza.

— Y de lo que los propios huesos le revelan, por supuesto — añadió Griff con tono suave

— A veces.

— La gente que destaca en la actividad de la escultura forense suele apoyarse tanto en su intuición como en unos sólidos conocimientos de la anatomía y fisiología humana. Y usted ha destacado brillantemente en ese campo.

Nuevamente Griff esperó su respuesta, y en esa ocasión, al cabo de un corto silencio, Raine le dijo lo que obviamente deseaba escuchar.

— A veces es como si pudiera visualizar a la persona. Casi todo el mundo que se dedica a ese tipo de trabajo le dirá lo mismo. Eso no significa que...

— Le estaba diciendo que usted ha destacado brillantemente en ese campo... — la interrumpió de pronto, ignorando sus explicaciones— ... al igual que en el arte de encontrar personas desaparecidas. Niños, especialmente.

— Ya no hago eso.

—¿No es ése el mismo proceso de la clarividencia? Un juego de niños, para alguien como usted —comentó, en abierta referencia a lo que antes le había dicho de su trabajo para la CIA.

Raine cruzó los brazos sobre el pecho:

—Ya les he dicho que no puedo ayudarlos, señor Cabot. Yo no puedo identificar a los miembros de esa sociedad secreta. Ni siquiera pude adivinar las intenciones del hombre que intentó secuestrarme hoy.

—Pero sí supiste lo que era capaz de hacer —intervino Ethan, rompiendo su silencio.

Ella le había dicho que su perseguidor no habría dudado en ponerse a disparar en la cafetería llena de gente. Y sin traslucir la menor sombra de duda en su aseveración.

—No es lo mismo —replicó ella—. Todo el mundo puede percibir el bien o el mal inherente a una persona.

—Yo no.

—Unos lo llaman intuición. O química.

Como antes le había señalado a Griff, las palabras siempre poseían ciertas connotaciones. Para Ethan, el uso de la palabra «química» en aquella situación en particular parecía evocar el adjetivo «sexual». Lo cual le hizo preguntarse si podría adivinar la atracción que sentía hacia ella. Una atracción que había empezado desde el instante en que la vio por primera vez.

—¿Es eso lo que sentiste por el hombre que te abordó en el hospital? ¿Una intuición?

—Es difícil confiar en un hombre que te encañona con una pistola de nueve milímetros.

—Sobre todo si estás convencida de que la usará.

Se hizo otro largo silencio.

—Creí que lo haría, si acaso llegaba a sentir la necesidad. Y si se sentía amenazado.

—Bueno, pues eso es lo único que le pediremos que haga para

Phoenix.

La repentina petición de Griff la tomó desprevenida.

—¿Perdón?

—Nosotros nos encargaremos de todo. Lo único que tendrá que hacer será mezclarse con ciertas personas que le presentaremos aquí, en Washington. Habrá un amplio espectro de situaciones... algunas más íntimas que otras. Sólo tendrá que utilizar su «intuición» y transmitirle luego a Ethan sus percepciones sobre cada uno.

—Ya le he dicho...

—De lo contrario, Ethan la llevará de vuelta a casa por la mañana —la interrumpió Cabot, y se volvió hacia el aludido—. Porque tendrás tiempo de encargarte del vuelo, ¿verdad?

Tardó en darse cuenta de que la pregunta había sido dirigida a él. Dado que su única investigación en ciernes era la de La Alianza, disponía de tiempo suficiente para acompañarla a su casa, por mucho que le disgustara la idea...

—Por supuesto —respondió, reacio.

—Así que la decisión depende enteramente de usted, señorita McAllister. Por cierto, si Monty Gardner es realmente su padre, como usted insiste en afirmar, ¿se puede saber por qué se apellida usted McAllister?

—Es el apellido que figura en mi partida de nacimiento. Supuestamente era el de mi madre.

—¿Y Raine? Es un nombre bastante poco común.

—En realidad, me llamo Lorraine. Pensé que usted lo sabría.

—¿Por qué?

—Porque era el nombre de mi bisabuela. Me bautizaron así por ella.

El gesto involuntario de Cabot, cuando entrecerró levemente los ojos, traicionó su sorpresa. Era un dato que se le había escapado.

—¿La abuela de Monty?

—Efectivamente. Es mi padre, señor Cabot. Y pienso verlo de

nuevo. Con o sin su aprobación.

—Usted mantiene que la mandó llamar por razones personales. Por lo que a nosotros se refiere, sus argumentos para hacerlo fueron estrictamente profesionales. Sin embargo, si está dispuesta a colaborar con nosotros...

Se trataba de un chantaje descarado, los tres eran conscientes de ello. Ethan se dijo que, pese a su reputación de hombre pragmático, en aquella ocasión estaba yendo demasiado lejos.

—¿Qué pasa con el hombre que amenazó con matarme? Supongo que me tropezaré con él en alguna de sus «visitas organizadas».

—Una muy buena razón para que Ethan la acompañe mientras permanezca usted en Washington. Estoy seguro de que convendrá usted en ello.

—Por favor, deje de fingir que me cree capaz de hacer lo que me está pidiendo que haga, señor Cabot. Ninguno de los dos lo cree —se volvió por un instante hacia Ethan—. Sinceramente, no entiendo el sentido de su propuesta.

—Admito que soy un escéptico, señorita McAllister, pero tan pronto como Monty Gardner nos mandó que la buscásemos, alguien intentó matarlo. Y tan pronto como usted llegó a Washington, intentaron secuestrarla. Puede que yo no crea en su extraño talento, a pesar de sus brillantes informes —señaló el expediente—. Pero sí que creo en las causas y en los efectos. Alguien en esta ciudad tiene miedo de usted o de lo que nos pueda decir. Necesitamos saber quién es esa persona.

Raine sacudió la cabeza, poco o nada convencida.

—Voy a decirle exactamente lo que le dije a Ethan anoche. No sé nada de La Alianza. Aparte de lo que hice para la Agencia hace años, ignoro por qué mi padre pensó que podía serles de alguna utilidad en sus investigaciones.

—Yo también lo ignoro. Pero me basta con que lo hiciera y la mandara llamar. ¿Hacemos el trato? ¿O prefiere que Ethan la lleve de

regreso a casa por la mañana?

—No necesito su permiso para ver a mi padre. ¿Qué me impediría regresar ahora mismo al hospital para verlo?

—Tal vez el recuerdo de ese cañón de nueve milímetros en la espalda. Quizá me equivoque. Quizá no sea usted tan brillante como sus devotos admiradores parecen pensar. O quizá no sea tampoco tan inteligente como yo creo que es.

Se miraron durante unos segundos interminables, midiéndose con los ojos. Ethan se preguntó si Raine podría sentir el carácter íntegro y leal de Griff Cabot, pese al chantaje del que acababa de hacerla víctima.

—Se lo repito, señorita McAllister. La decisión es suya —y cerró su expediente.

Raine no se movió. Tardó un buen rato en responder y, cuando lo hizo, sorprendentemente fue para ceder a las exigencias de Cabot.

—Veré a esa gente que usted quiere que vea, pero se lo advierto desde este momento. Yo ya no leo auras. Ni siquiera preveo intentos de asesinato, a juzgar por lo que hoy me ha sucedido en el hospital.

—Pero, al contrario que nosotros, siempre confía en su bien afinada intuición, ¿verdad?

Raine forzó una leve sonrisa antes de levantarse de la silla.

—Usted también tiene una muy buena intuición, cuando se decide a usarla. Recuerde tan sólo una cosa, señor Cabot. Yo no soy el enemigo. Puede que no sea la solución que está buscando, pero yo no formo parte de su problema. Eso se lo aseguro.

Capítulo 7

Raine no podía imaginar quién había escogido la ropa que había llegado aquella tarde a la suite del hotel donde se había instalado con Ethan. No se imaginaba a Griff Cabot eligiendo el vestido de noche negro que lucía en ese momento. Y la idea de que le hubiera pedido consejo a Claire le resultaba tan absurda como escandalosa.

Tal vez había sido Ethan, pensó mientras se ajustaba el pronunciado escote que le dejaba los hombros al descubierto. Por un instante, la escultura del corredor asaltó su mente. El recuerdo era tan vívido que casi podía sentir el barro bajo sus dedos. Mientras visualizaba la figura, que tanto identificaba con Ethan, deslizó las palmas de las manos todo a lo largo de su corpiño, hasta la cintura, con inconsciente sensualidad. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se alarmó. Era una combinación singularmente peligrosa: la de aquel vestido y el hecho de pensar en Ethan Snow.

Ya le había costado bastante acostumbrarse a la idea, durante las últimas cuarenta y ocho horas, de que estuviera tranquilamente instalado en el otro dormitorio de la suite. Demasiado consciente había sido que dormía a unos pocos metros de su cama, donde se había pasado aquellas dos noches dando vueltas y más vueltas, insomne, preguntándose si se habría equivocado al ceder al chantaje de Cabot. E intentando discernir el papel que su atracción hacia Ethan había jugado en aquella decisión.

Había estado decidida a volver a ver a su padre, pero si tenía que ser sincera, al menos consigo misma, no había sido eso solamente lo único que se le había pasado por la cabeza. Al fin y al cabo podía

haber regresado sola al hospital, tal y como le había advertido a Cabot. Después del ataque sufrido el día anterior, nadie la habría tomado desprevenida con tanta facilidad.

En lugar de ello, sin embargo, había aceptado el consejo de Cabot de que necesitaba alguien que la protegiera. Para el caso, el mismo hombre que la había llevado a Washington. Y cuando finalmente la noche anterior consiguió dormir algo, sus sueños le confirmaron lo que había intuido desde el día que lo vio por primera vez, cuando apareció en la puerta de su casa de la playa. Que existía un extraño vínculo entre ellos del que, a juzgar por su parecido con la figura que había modelado, había sido consciente antes incluso de conocerlo.

Y aquella noche...

Desterró aquel pensamiento, sustituyéndolo por otro mucho menos tentador. Aquella noche asistiría al primero de los actos sociales que Cabot había organizado. Pasaría varias horas con Ethan mientras la presentaba a la gente de la que Phoenix pretendía informarse. Y luego los dos volverían solos a la suite...

Se estremeció involuntariamente y descubrió que había vuelto a pasarse las manos por el corpiño, descendiendo esa vez más abajo de su cintura... Alzó los ojos y se miró en el espejo. El vestido negro no podía ser más sensual, diseñado para dar la impresión de que no llevaba nada debajo. Se había recogido la melena rizada en lo alto de la cabeza. No llevaba medias. Y los zapatos que había recibido con el vestido, de tacón alto y con un par de discretas correas, casi sugerían que iba descalza.

Se miró por última vez y se apartó del espejo, levemente incómoda. Era como si estuviera fingiendo ser otra persona. Una niña jugando a maquillarse, a vestirse de mujer... perdida en un mundo de fantasía. Si las intenciones de Phoenix fueran tan serias, habría podido tomarse todo aquello como un juego. Una farsa inocente. Pero a tenor de lo que Ethan pensaba que podría suceder si fracasaban en desmantelar La Alianza, el aspecto lúdico no aparecía por ninguna

parte.

Ya se disponía a pasar al salón de la suite cuando se acordó de que había algo más en el paquete que Ethan le había entregado. Una pequeña caja de joyería. La había dejado en el tocador, sin abrir, porque las joyas nunca le habían interesado especialmente. Un instante antes de abrirla, casi temió que fuera algo demasiado ostentoso, incluso recargado...

No podía haber estado más equivocada. Había un par de pendientes en el lecho de terciopelo. Eran mucho más grandes de lo que solía llevar, con forma de rombo. Tenían algo especial, que la atraía de manera irresistible. Cuando sacó el primero de la caja, la luz de la lámpara arrancó a la piedra un reflejo deslumbrante. Eran brillantes. Antigüedades, además.

De pronto tuvo una visión: la de otra mujer. La mujer que había lucido aquellas mismas joyas. Por un instante la vio con absoluta claridad, bailando con un vestido a la moda de un siglo atrás. La visión se evaporó con la misma rapidez con que había surgido. Bajó la mirada a su mano, cerrada sobre el pendiente. La abrió: lo había apretado con tanta fuerza que se había hecho unas pequeñas marcas en la palma.

Recuperándose, se los puso. Una última mirada al espejo le confirmó que era el complemento ideal de su atuendo.

—Gracias, señor Cabot —susurró antes de dirigirse hacia la puerta que comunicaba con la otra sección de la suite... para reunirse con Ethan Snow.

Ethan tenía que admitir que las últimas cuarenta y ocho horas habían sido un ejercicio de autocontrol. En cualquier caso, nada lo había preparado para ver a Raine a la puerta de su dormitorio vestida para asistir a uno de los más prestigiosos actos sociales de la temporada de Washington.

La había visto una media docena de veces desde que se registraron

en el hotel, dos noches atrás. Se había tratado de encuentros estrictamente necesarios, toda vez que había sido él quien había pedido la comida y recibido al servicio de habitaciones, contestado al teléfono y examinado los paquetes que habían llegado aquella tarde. Y cada uno de aquellos encuentros lo habían dejado esperando ansiosamente la siguiente oportunidad de verla.

El último había tenido lugar hacía menos de tres horas. Cabot había cumplido su promesa de mantener a Raine constantemente informada del estado de Montgomery Gardner. Afortunadamente, las noticias de aquel día habían sido mucho mejores. El anciano aún no había recuperado la consciencia, pero había empezado a reaccionar a los estímulos exteriores.

Cuando Ethan llamó a su puerta para decírselo, Raine llevaba unos vaqueros y una camiseta y estaba sin maquillar. Y descalza, tal y como la había visto en la casa de la playa. De ahí que su transformación, a la luz de lo que estaba viendo en aquellos momentos, fuera tan absoluta. La reacción de su propio cuerpo, por lo demás, fue instantánea. Como si tuviera dieciséis años y no treinta y seis.

El pronunciado escote de su vestido negro destacaba su bronceado. Se había recogido la melena en lo alto de la cabeza, quizá para resaltar la única joya que llevaba: unos pendientes de brillantes. Unas sandalias a juego de tacón alto y un pequeño bolso de noche completaban el conjunto.

—Estoy lista. Cuando quieras.

Ethan reconoció en la mirada que le lanzó un reflejo de la suya. Se preguntó si habría sido tan obvio. O tan descarado. Como no había querido volver a su apartamento para no dejar desprotegida a Raine, Ethan le había pedido a su compañero John Edmonds que le recogiera las cosas que pudiera necesitar durante los días siguientes. Dado el carácter de la salida de aquella noche, el esmoquin había resultado imprescindible.

—Estás... —empezó y se interrumpió de pronto, vacilando. En

realidad no había razón alguna para no constatar lo evidente—. Increíble.

—Gracias —sonrió al ver el brillo de admiración de su mirada—. ¿Crees que conseguiremos no avergonzar al señor Cabot?

Griff había adquirido las entradas para la cena de aquella noche, el único acto benéfico abiertamente patrocinado por La Alianza, convocado varias semanas atrás. Desde entonces Phoenix ya había planeado introducir a alguien allí. Ahora que Raine había entrado a trabajar para ellos, aquella cena era la oportunidad perfecta para empezar a investigar. La mayor parte de las personas que figuraban en la lista de posibles miembros de La Alianza estarían presentes.

Después de haber leído el informe que había elaborado Phoenix sobre ella, Ethan era mucho menos escéptico sobre sus habilidades. Los elogiosos comentarios de policías de todo el país le habían causado una fuerte impresión. Sin embargo, sospechaba que Griff no había sido del todo sincero cuando le explicó a Raine las razones por las que deseaba recabar su ayuda, y principalmente enviarla a la cena de aquella noche. Esas razones tenían sobre todo que ver con la esperanza de que su presencia allí provocara la misma respuesta que había provocado en el hospital.

Por supuesto, a Ethan le repugnaba el pensamiento de que Griff la estuviera usando como cebo, pero también estaba decidido a protegerla a toda costa. Con la amenaza nada imaginaria de una suerte de terrorismo nacional planeando sobre sus cabezas, quizá fuera aquél el único caso en el que los medios justificaran el fin.

—¿Estará él allí? —le preguntó ella.

—¿Quién? ¿Griff?

—Y Claire.

—No lo sé —le confesó Ethan.

Si Griff pensaba asistir a la cena, no le había dejado saber sus intenciones. En cualquier caso, Ethan dudaba que su esposa lo hubiera acompañado, con su abuelo en el hospital debatiéndose entre la vida y

la muerte. Los padres de Claire, impenitentes viajeros, acababan de regresar aquella misma tarde de Rusia cuando se enteraron de la noticia. Por supuesto, Griff no se sentía autorizado a compartir aquella información con nadie más que no fuera de la familia.

Por lo demás, Griff no había descubierto nada que indicara que Montgomery Gardner había reconocido a Raine como hija suya. Y a pesar de los contactos que poseía con la Agencia, había sido incapaz de encontrar rastro alguno de Raine en los archivos. Ni siquiera después de recabar la ayuda del subdirector Carl Steiner había podido conseguir información sobre el Proyecto Cassandra, el experimento en el que ella había afirmado haber trabajado.

—Entonces supongo que estaremos solos —dijo Raine.

Ethan creyó percibir un matiz de alivio en aquel comentario. Le sorprendió que estuviera tan tranquila ante la perspectiva que se le avecinaba. Quizá fuera una buena señal.

—¿Vamos? —la invitó a salir, abriendo la puerta.

Raine atravesó la habitación y lo miró rápidamente antes de salir al pasillo. Fue una mirada fugaz, pero bastó para quitarle el aliento. Con mano levemente temblorosa, cerró la puerta y la siguió al ascensor.

Griff esperaba que la aparición de Raine en la cena provocara una reacción en los dirigentes de La Alianza. Pero fuera cual fuera esa reacción, pensó Ethan, probablemente no sería la misma que la que despertaría en la mayoría de los hombres con los que se encontrara...

Capítulo 8

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había puesto a prueba su hipersensibilidad que casi pensó que la había perdido. Al principio no sintió casi nada. Pero después, y a pesar de su propio escepticismo, había empezado a percibir los sentimientos y las emociones de la gente que la rodeaba.

Quizá el resentimiento provocado por la actitud burlona de Cabot había jugado cierto papel en aquel éxito. O el deseo de demostrarle a Ethan que se equivocaba al dudar de ella. O su creciente convencimiento de que el don que tanto se había esforzado en negar no estaba enteramente perdido.

Poco a poco una confusa mezcla de emociones empezó a asaltarla, la mayoría poco significativas. Y ninguna singularmente amenazadora.

No sabía muy bien hasta qué punto era consciente Ethan de lo que estaba experimentando, pero mientras atravesaban el vestíbulo hacia el ascensor y subían al famoso salón atestado de invitados, podía sentir claramente su apoyo, como un aura envolviéndola. Después de la soledad que había padecido, había algo maravilloso en el hecho de que alguien se preocupara y velara de esa manera por ella.

La hora del cóctel, previa a la cena, había transcurrido sin que se produjera ningún acontecimiento relevante, al menos desde la perspectiva de lo que le habían pedido que hiciera. Ninguna de las personas que le habían presentado le había suscitado inquietud o alarma alguna. El grupo de diez con el que compartían mesa se había mostrado amable con ellos y los había incluido en su conversación.

Una de las parejas parecía conocer a Ethan. Raine percibió una soterrada corriente de interés por su persona, como pareja de Ethan en la velada, y por la relación que ambos mantenían. Pero nadie demostró demasiado abiertamente su curiosidad ni pecó de excesiva indiscreción.

Ethan les contó con toda naturalidad que había estudiado en la universidad con la hermana de Raine. La explicación parecía perfectamente factible y todos parecieron aceptarla. De hecho, mentía muy bien, pensó ella mientras escuchaba su relato. No tenía ninguna necesidad de mostrarse convincente. Simplemente soltaba la información justa, sin levantar sospechas. Quizá fuera un efecto de su entrenamiento como agente de la CIA. O tal vez el responsable había sido Cabot.

Las luces del salón se atenuaron mientras el locutor, una celebridad del mundo de la televisión, ocupaba su lugar en el estrado. Ayudándose con un programa de PowerPoint, comenzó su intervención desgranando los éxitos conseguidos a lo largo del año, con lo que Raine dispuso de tiempo suficiente para desarrollar la tarea encomendada. Primero se concentró en los invitados que se hallaban sentados más cerca, procurando relajarse para percibir sus impresiones. Hacía mucho que tiempo que había aprendido que no ganaba nada con forzar ese proceso.

No tardó en darse cuenta de que no necesitaba ser clarividente para darse cuenta de que la mayoría de los invitados se estaban aburriendo. Mientras examinaba los rostros de los presentes en la penumbra, en ocasiones veía surgir algún destello de impaciencia o incluso de irritación, pero nada más. En ningún momento percibió una significativa descarga de odio o de resentimiento.

Estaba concentrada en la tercera mesa cuando experimentó una sensación semejante a la de un dedo helado recorriéndole la espalda. La premonición se vio seguida por una auténtica marca de maldad, de malevolencia. Se apresuró a recorrer los rostros de la gente de su

mesa, buscando algún indicio sobre su origen. La sensación era tan intensa que estaba convencida de que por fuerza tenía que proceder de alguien muy cercano.

La mayor parte de sus compañeros de mesa, sin embargo, estaban concentrados en el orador. No percibió en ellos rastro alguno de hostilidad. Y la sensación que tanto la había sorprendido desapareció de pronto. Ya no estaba.

—¿Qué pasa?

Ethan se había inclinado hacia ella para susurrarle la pregunta al oído.

—No lo sé —murmuró—. Algo... algo muy extraño acaba de suceder. No sé, como una sensación increíblemente intensa de maldad...

Fue consciente de que la mujer de la pareja conocida de Ethan los estaba observando. Raine le sonrió, recibiendo a cambio una sonrisa de una burlona condescendencia. Cuando la mujer volvió a concentrarse en el orador, Ethan le preguntó bajando todo lo posible la voz:

—¿De ella?

Raine negó con la cabeza. Todavía no sabía cuál había sido la fuente de aquella sensación, pero estaba segura de que no procedía de su mesa. Aparte de eso, su intensidad era lo único de lo que podía estar segura. Y de que había estado dirigida directamente contra ella. ¿Un intento de asustarla? Si había sido eso, su autor probablemente se sentiría encantado con el resultado.

Antes de llegar a Washington, habían pasado más de tres años sin que hubiera percibido ninguna clase de amenaza. Y la sensación no le gustaba nada. Justo en aquel momento, Ethan le tomó una mano y se la cubrió con la suya. Sólo entonces se dio cuenta de que se había quedado helada. Y de que estaba temblando.

—¿Entonces quién? —volvió a susurrarle Ethan.

De nuevo la mujer sentada frente a ellos miró en su dirección.

Cuando se encontró con los ojos de Raine fijos en ella, se apresuró a desviar la vista hacia el orador.

—No lo sé. No podría decirlo. Es alguien cercano. ¿De detrás de nosotros, quizá?

Ethan se inclinó aún más para rozarle la frente con los labios mientras barría con la mirada las mesas en la dirección que le había indicado. Raine se preguntó si estaría buscando a alguien de la lista de presuntos sospechosos de La Alianza. Fuera lo que fuese, estaba tan cerca que podía oler el aroma del jabón que había usado aquella tarde. O quizá fuera su loción. Algo absolutamente masculino, en cualquier caso. Como a sándalo con un punto de almizcle.

En un tiempo aquella fragancia se había considerado un verdadero afrodisíaco. Con su pecho rozándole el hombro desnudo mientras seguía escrutando las mesas, en aquel momento Raine comprendió exactamente por qué.

—¿Estás bien?

Quiso decirle que no. Quiso decirle que saliera de allí. No sólo físicamente del salón, sino de la clase de situación que podía generar una maldad tan descomunal como la que acababa de percibir. Pero en lugar de ello asintió con la cabeza, intentando controlar tanto su miedo como su propia reacción ante su cercanía.

Ethan le frotó entonces los nudillos con el pulgar, varias veces, en un gesto que pretendía ser reconfortante. Pero no fue sólo eso. También fue terriblemente provocativo. Sobre todo teniendo en cuenta lo vulnerable que se sentía en aquellos momentos. Se preguntó si sería consciente de lo que le estaba haciendo... hasta que se respondió ella misma: «un hombre no alcanza la madurez sin ser perfectamente consciente del efecto que suscita entre las mujeres».

Además, mientras le agarraba la mano, le rozó el pulso de la muñeca. Por fuerza tendría que notar su ritmo acelerado. Que lo atribuyera a la sensación que acababa de describirle o a su cercanía era otra cuestión.

—Estoy bien. Sólo estaba un poco... nerviosa.

Era cierto. Y aquel reconocimiento servía asimismo para disimular el hecho de que su contacto le suscitaba esa reacción.

—¿Una amenaza?

—Eso parecía.

—¿Y seguro que no sabes de dónde...?

Negó de nuevo con la cabeza, sin dejarle terminar la frase. Él debió elegir ese preciso instante para cambiar de posición, porque de pronto sintió su cálida mejilla contra la suya. Un contacto tan exquisitamente sensual como la caricia de su pulgar en los nudillos.

—¿Hay alguien de tu lista ahí detrás? —se las arregló para preguntarle, pese a su tensión interior.

Ethan se irguió, separándose. Sólo entonces se dio cuenta Raine de que el orador estaba terminando su alocución. Suspiró de alivio, agradecida de poder contar con una oportunidad de serenarse antes de que las luces volvieran a subir de intensidad.

—Varios —murmuró él—. Espera un poco y mira disimuladamente detrás de ti, a ver si vuelves a sentir algo.

El hecho de que aparentemente le hubiera hecho caso constituía una pequeña victoria, pero fue la única que saboreó. Las luces volvieron a encenderse mientras el público aplaudía la intervención. Raine se removió en su asiento y dejó caer su bolso al suelo.

Su intención era aprovechar la excusa de agacharse a recogerlo para estudiar la mesa que tenía justo detrás. Pero antes de que pudiera hacerlo, el hombre sentado a su derecha ya lo había hecho por ella, y se lo devolvió con una sonrisa.

—Gracias —apenas tuvo tiempo para echar un rápido vistazo a su espalda, pero nadie en aquella mesa parecía prestarle la menor atención.

El orador retomó su discurso, con los agradecimientos de rigor, y terminó anunciando que las cartas de donativos se recogerían en cada mesa. La velada había terminado. Raine no estaba más cerca de

identificar a la gente de Phoenix que apenas unas horas antes.

—Disculpe, pero... ¿no nos hemos visto en alguna parte antes?

La pregunta que le lanzó el hombre que acababa de recogerle el bolso la hizo olvidarse de la mesa que tenía detrás. Era rubio, con el pelo decolorado por el sol, algo largo. Con su tez bronceada y sus vivaces ojos azules, parecía el clásico playboy de California.

Intentó acordarse de su nombre cuando los presentaron. Brian... o Brett. Algo parecido.

—No lo creo —repuso ella.

—Podía haber suavizado esa respuesta añadiendo que no se habría olvidado si ése hubiera sido el caso —bromeó, sonriente.

Estaba flirteando con ella. Y de manera descarada, teniendo en cuenta que su pareja estaba sentada al otro lado. Por supuesto, en aquel instante Ethan se hallaba ocupado hablando con la mujer del otro matrimonio, que aparentemente se había mostrado tan interesada por su conversación.

—Tiene usted razón. No, no nos habíamos visto.

Era consciente de que Ethan estaba a punto de levantarse, aunque todavía seguía hablando con la otra pareja. Se preparó a su vez para hacerlo, pero el joven rubio se lo impidió al apoyar una mano en el respaldo de la silla, con intención de retirársela galantemente.

—¿Puedo?

Como no podía negarse sin pecar de grosera, se lo permitió.

—Gracias.

—Me llamo Brandy. Se lo digo en caso de que se haya olvidado también de mi nombre.

—Gracias, señor Davis.

—Brad, por favor. Fuera de broma, estoy seguro de que nos hemos visto antes. En la fiesta del museo, ¿quizás?

—No, lo dudo —respondió, y esa vez le dio la espalda deliberadamente.

Le puso una mano a Ethan en el brazo, haciendo que se volviera

para mirarla rápidamente con expresión inquisitiva. Acto seguido concentró de nuevo su atención en la mujer del otro matrimonio y se libró diplomáticamente de los dos. Raine no pudo evitar asombrarse de la fácil elegancia con que lo hizo.

— ¿Lista? —le preguntó al fin.

—Creía que había alguien que querías que conociera.

La insinuación estaba clara: Ethan se volvió hacia la mesa de atrás. Raine se agarró a su brazo sintiendo cómo su aprensión crecía por momentos, pese a que había sido idea suya.

— ¡Ethan!

El hombre que acababa de llamarlo debía de rondar los cincuenta años y era algo más alto que Ethan. Llevaba un esmoquin que le quedaba bastante mal y parecía estar solo. Por un instante clavó sus ojos oscuros en Raine.

—Hola, Carl —lo saludó Ethan.

—Usted debe de ser la señorita McAllister.

—Raine, te presento a Carl Steiner.

—He oído hablar mucho de usted

Steiner le tendió la mano.

— ¿De veras? —repuso ella, suavizando su pregunta con una sonrisa.

—Tenemos amigos comunes.

Era lo mismo que le había dicho Ethan cuando fue a visitarla a su casa de la playa: recordaba que lo primero que hizo fue hablarle de su padre. Se preguntó si Steiner también conocería a Monty Gardner. Había algo en aquel hombre que la inquietaba, aunque no era la misma sensación de amenaza que había experimentado hacía unos minutos. Era más bien la forma que tenía de mirarla, como si supiese algo desagradable sobre ella, algún secreto inconfesable que esperaba que nadie conociera...

— ¿Quién, por ejemplo? —inquirió Raine, apresurándose a retirar la mano.

Esbozó una sonrisa que no llegó hasta sus ojos, al igual que la del hombre que había intentado secuestrarla en el hospital. Ignoró la pregunta y, en vez de responder, se volvió hacia Ethan. Aunque hablaba en susurros, Raine alcanzó a reconocer un nombre: Griff.

Se tranquilizó un tanto al escuchar aquel nombre. Evidentemente Steiner mantenía algún tipo de conexión con la CIA. Eso podía confirmar su sospecha de que conocía a Gardner.

— ¿Ya os han presentado al diputado Crosston?

Puso una mano sobre el brazo de Ethan, guiándolo precisamente hacia la mesa que se hallaba a su espalda. Raine estaba por supuesto incluida en la invitación, pero no tenía ninguna gana de pasar ni un minuto más en la compañía de aquel hombre. Se sentía como manchada por el breve contacto físico que había tenido con él.

Mientras Ethan estrechaba la mano del diputado, Raine se concentró en los demás comensales. En ninguno de los rostros encontró eco alguno de lo que había sentido antes. No había nadie allí que pudiera constituir un motivo de alarma: sólo gente deseosa de marcharse.

Se había equivocado al pensar que alguien de aquella mesa podía ser la fuente de la energía negativa, de la maldad que había percibido. Su don no era precisamente una ciencia exacta, y después de lo sucedido tres años atrás, menos todavía. Pero justo en aquel instante, mientras hacía aquella reflexión, la sensación volvió, casi con la misma intensidad que antes. Sólo que no tan cerca. No estaba precisamente allí, pero...

Alzó los ojos hacia la galería que se levantaba en voladizo sobre el salón, justo encima de donde se hallaban las mesas de los invitados más ilustres. De repente no tuvo ya ninguna duda: allí estaba el origen de aquella sensación. Alguien estaba emboscado en las sombras de la parte alta de la escalera que llevaba a la galería. Observándola desde su escondite.

Una sensación de amenaza, tan directa como el haz de luz de una

linterna, se proyectaba desde aquel lugar atravesando su consciencia. Se volvió rápidamente, buscando a Ethan. Steiner, con una mano en su hombro, lo estaba presentando a otro grupo de gente.

— ¿Ethan?

Su voz pareció resonar dentro de su cerebro, así que no supo si había pronunciado el nombre en voz alta. Tal vez no lo había hecho, ya que Ethan no llegó a responder. Steiner seguía hablándole, dándole palmaditas en la espalda. Registró el movimiento como a cámara lenta, al mismo tiempo que los sonidos empezaban a desvanecerse. Volvió a fijar la mirada en las sombras de la galería: la intensidad de la sensación no había menguado. Incluso parecía haber aumentado, atrayéndola de manera insoportable. Sacudió la cabeza en un intento por despejar su mente. Fue en vano.

De pronto, de manera inconsciente, dio un paso adelante. Y otro, y otro más... con la mirada cautivada por el pozo de negrura visible de lo alto de la escalera.

Capítulo 9

De repente Raine había desaparecido. La insistencia de Steiner en presentarle a otro invitado lo había distraído momentáneamente. Pero Ethan habría jurado que su distracción no había durado más de un minuto. «Tiempo suficiente», pensó con amargura.

No la distinguía en el mar de gente que lo rodeaba. No podía haber ido muy lejos, se dijo en un intento por ahogar una punzada de pánico.

—¿Qué pasa? —inquirió Steiner.

Como era habitual en él, sus ojos no reflejaban expresión alguna, pese a que su tono parecía sinceramente preocupado.

—La señorita McAllister. Estaba aquí hace un momento y ahora ha desaparecido...

Mientras Ethan continuaba barriendo la multitud con la mirada, su ansiedad crecía por momentos. No había sentido la necesidad de andarse con rodeos con Steiner. No le habría extrañado que el subdirector de la CIA hubiera estado pendiente de ella mientras él saludaba a sus conocidos. Al fin y al cabo, no le había pasado desapercibida su mirada de interés cuando se la presentó.

—Quizá haya ido al lavabo —sugirió Steiner.

Era una posibilidad. Teniendo en cuenta lo que había sucedido en el hospital, Raine tenía que haber sido bien consciente de la importancia de no separarse de él en toda la noche. Griff había sido muy explícito sobre la clase de peligros a los que se enfrentaba.

Miró de pasada la escalera que se levantaba al otro extremo del salón, con su balaustrada de hierro forjado que terminaba en la galería

superior. Por un instante creyó distinguir una figura en lo alto. Cuando volvió a fijarse mejor, la figura había desaparecido entre las sombras.

¿Raine? Intentó recordar lo que había visto. Había sido una mujer, y con un vestido oscuro. ¿Negro? Tal vez, pero había sido una impresión fugaz... Ya se disponía a dirigirse hacia allí cuando Steiner lo agarró del brazo:

—Creo que los lavabos están por allí —el subdirector de la CIA le señalaba precisamente la dirección opuesta.

Ethan se dijo que era absurdo que Raine hubiese subido sola por aquella escalera. Y a nadie se le habría ocurrido secuestrarla en medio de aquella multitud, ni siquiera empleando las mismas tácticas que el desconocido del hospital. Lo único que tenía que hacer era gritar su nombre y llamarlo... Por otra parte, una explicación más lógica de su desaparición era la que le había sugerido el propio Steiner. Quizá Raine había decidido dirigirse al tocador aprovechando que él estaba ocupado saludando al congresista.

Pero su intuición era otra. Confiaba en su instinto. Y eso era justamente lo que pensaba hacer en esa ocasión. Así que, haciendo caso omiso a Steiner, se dirigió hacia la escalera.

Cuando Raine llegó a lo alto de la escalera, la zona de sombra que había visto desde abajo se hallaba vacía. De hecho, la galería entera parecía desierta. Algo bastante extraño, teniendo en cuenta la gran cantidad de invitados.

Tuvo que admitir que subir sola hasta allí había sido una locura por su parte. Además, la extraña fuerza que había tirado de ella se había evaporado. ¿Por qué no había podido esperarse a que Ethan la acompañara? Se acercó a la barandilla en un intento por localizarlo entre la multitud. No podía encontrarlo en aquel mar de gente, aunque sí que vio a Steiner. Seguía conversando con la gente que con tanta insistencia había presentado a Ethan.

Quizá Ethan la estuviera buscando a su vez. Al fin y al cabo, la misión que Cabot le había encomendado no era otra que vigilarla y protegerla. Una misión que ella precisamente había obstaculizado al aprovechar su distracción para subir hasta allí sola. No entendía por qué lo había hecho, sobre todo cuando ese impulso había partido precisamente de la inequívoca sensación de amenaza y hostilidad que había percibido.

Decidió bajar. Pero no había dado ni dos pasos cuando la sensación retornó con redoblada fuerza.

A pesar del inexplicable impulso de descubrir a toda costa su origen, que nuevamente volvió a percibir, se obligó a seguir bajando la escalera sin apartar la mirada de la multitud. Esa vez, inmensamente aliviada, descubrió a Ethan.

Se estaba abriendo paso entre los invitados con gesto decidido. Y, afortunadamente, se dirigía directamente hacia la escalera. En aquel preciso instante alzó la mirada. Raine se preguntó si podría verla, ya que se encontraba en la zona de sombra de la galería. De hecho, se hallaba casi en el mismo lugar donde había creído identificar la fuente de aquella inquietante hostilidad...

Mientras miraba a Ethan, algo le rozó de pronto el brazo. Se giró en redondo, reaccionando ante aquel inesperado contacto. Detrás de ella, emboscado en las sombras, se dibujaba una figura de pesadilla, vestida de negro. Escrutando desesperada la penumbra, descubrió que llevaba una especie de manto largo. Un manto y una máscara que le cubría todo el rostro.

Todo el rostro menos los ojos, que resultaban visibles a través de las rendijas de la máscara. Cuando sus miradas se encontraron, ocurrió el mismo fenómeno que la había asaltado en su estudio de la casa de la playa. La imagen del estanque oscuro, de aguas frías y tenebrosas, se superpuso sobre la de aquellos ojos.

La figura que Ethan había creído distinguir en lo alto de la escalera

ya no estaba cuando llegó. La galería entera parecía desierta. La recorrió dos veces, en vano. Nada. No había rastro alguno de Raine, y desde allí arriba podía ver que los invitados estaban empezando a retirarse. ¿Dónde diablos se habría metido? No podía creer que se hubiera distraído de esa manera.

Regresó hacia la escalera, decidido a seguir el consejo de Steiner y mirar en el lavabo de señoras. Con tanta gente, debía de haberse llenado. Quizá Raine estuviera aguardando en la cola, preocupada por no haberlo avisado antes. Pero justo cuando se disponía a bajar descubrió un objeto brillante en la moqueta granate. Era uno de los pendientes que Raine había llevado aquella noche.

Cerró la mano con fuerza sobre la joya, examinando la zona donde lo había descubierto. Al menos ahora tenía una prueba de que su intuición había sido acertada. Raine había estado allí, hacía muy poco. Como estaba seguro de que no había bajado las escaleras mientras él estuvo recorriendo la galería, por fuerza tenía que haber otra salida. Sin perder un segundo, deshizo el camino andado.

Esa vez encontró lo que antes le había pasado desapercibido. Detrás de una cortina bordada con hilos de oro, se escondía una doble puerta. Accionó el picaporte, pero no se abrió. Cerrada. Lo que no significaba que lo hubiera estado unos pocos minutos atrás.

Se inclinó para inspeccionar la cerradura. Teniendo en cuenta la edad de aquel hotel, lo que descubrió fue justamente lo que había esperado. Sacando la cartera del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo una tarjeta de crédito y la insertó entre las dos hojas de la puerta. No tardó en levantar el pestillo. Afortunadamente, el propietario del hotel no se había molestado en cambiar las antiguas cerraduras por otras más modernas.

Hasta el momento todo había ido bien, pero el único problema era que no iba armado. Aspiró profundamente y abrió la puerta. Comunicaba con una galería interior casi idéntica a la exterior, sólo que en lugar de una barandilla había una fila de ventanas que daban a

la calle. Parecía haber servido de almacén, porque vio sillas blancas y doradas como las del salón, apiladas en columnas. También había mesas y lo que parecía un surtido completo de focos, reservados probablemente para iluminar el salón una vez instalados en la balaustrada de la galería exterior. Y barras de las que colgaban trajes, quizá para ser utilizados por los camareros en las ocasiones especiales.

El suelo no estaba alfombrado, con lo que cada uno de sus pasos resultaría perfectamente audible. Cerró la puerta a su espalda y se quedó inmóvil por un instante, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. No se oía nada más que el rumor de su propia respiración. Resistió el impulso de llamar a Raine.

Las altas ventanas carecían de cortinas y proyectaban algo de iluminación, lo bastante como para permitirle avanzar sorteando los obstáculos. Continuó avanzando, incapaz de ahogar el sonido de sus pasos en el suelo de cemento. En esas condiciones no podía contar con el elemento sorpresa, así que prefirió la velocidad a la cautela y aceleró el ritmo. Decidió recorrer sólo una vez la galería: si al final no había logrado encontrar a Raine, bajaría para dar el aviso a Griff. No retrasaría la llamada por más tiempo.

Ya había recorrido la mitad cuando creyó escuchar otro ruido aparte del de sus propios pasos. Uno de los ventanales, el más alejado, estaba abierto. El sonido que entraba de la calle era el del tráfico, apagado por la distancia. Se fue acercando. De repente se estremeció: aquella ventana abierta le escamaba...

En su apresuramiento, tropezó con algo y se apoyó en la pared para no caer. A la luz de la luna distinguió algo negro en el suelo. Por un instante temió que fuera sangre lo que destacaba contra la claridad del cemento. Pero no, era algo sólido: una tela. Una tela negra.

Era suave, demasiado... Cuando se aseguró de que no era seda, respiró aliviado. No era el vestido que había lucido Raine aquella noche, y tampoco olía a su perfume, en absoluto. Más bien despedía un tenue olor a moho. Lo alzó a la luz tenue que entraba por el

ventanal, para examinarlo mejor. Era una especie de larga capa negra, con capucha y un broche para el cuello. ¿Sería uno de los atuendos que había visto antes? Fuera lo que fuese, nada tenía que ver con Raine.

Dejó la capa en el alféizar mientras se asomaba a la ventana. Se veía el río Potomac surcado de luces. Pese a lo tardío de la hora, el tráfico era denso. Los sonidos familiares reverberaban en el aire de la noche.

Ya se disponía a apartarse cuando creyó vislumbrar algo extraño por el rabillo del ojo. Cada uno de los ventanales contaba con un pequeño balcón con barandilla de cemento, un espacio demasiado exiguo para que alguien pudiera apoyarse con un mínimo de comodidad. Evidentemente su intención debía de ser puramente decorativa.

Entre el balcón de la ventana a la que estaba asomado y el siguiente había una cornisa curva. Y en la cornisa del de la derecha distinguió una silueta oscura. Intentó decirse que lo que estaba viendo era una forma arquitectónica, un adorno. Quizá incluso una pequeña estatua. Se volvió hacia la izquierda: hacia ese lado sólo estaba la cornisa desnuda, vacía. Y de nuevo se volvió lentamente hacia la derecha.

Con un estremecimiento de horror, se dio cuenta de que aquella figura no era la de una estatua, sino la de la mujer que había estado buscando. Y se hallaba de pie en una cornisa mínima... a más de veinte metros de altura.

Capítulo 10

Primero fue consciente del húmedo aire de la noche que le azotaba el rostro. Y luego del sonido del tráfico. Temerosa, no se había atrevido a mirar abajo. En lugar de ello, se había apretado todo lo posible a la pared, sabiendo instintivamente que constituía su salvación.

Casi al instante se había dado cuenta de dónde estaba. No del lugar, lógicamente, pero sí de su situación. Y que no tenía ni la menor idea de cómo había llegado hasta allí. Tenía una laguna en su memoria. Lo último que recordaba era haber estado en el salón, mirando las escaleras que llevaban a la galería. Cerró los ojos, pero de alguna manera su oscuridad interior era aún más temible que la exterior. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con el paisaje nocturno desplegándose ante ella. ¿Había tenido otra visión? ¿O existía una explicación distinta para aquel lapso de tiempo perdido? Fuera cual fuera la causa, alguien o algo debía de haberla forzado a salir a aquel lugar...

Sin despegarse de la pared, se atrevió por fin a mirar abajo. Las luces de los coches se veían tan pequeñas... No se había fijado en el número de la planta que albergaba el salón, pero sabía que debía de estar a diez pisos de altura por lo menos. Miró hacia la derecha sin girar la cabeza. Por el rabillo del ojo pudo ver que la pared de piedra se curvaba. La cornisa se perdía al otro lado, tras la curva, apenas un poco más ancha que la longitud de su pie.

Aterrorizada, alzó la barbilla demasiado rápidamente, con lo que se golpeó en la cabeza con la pared. El golpe tuvo como consecuencia

una ligera basculación de su cuerpo hacia adelante, que le hizo perder levemente el equilibrio. Sus dedos se aferraron a la pared como garras. Cerró los ojos de nuevo, intentando tranquilizarse y respirar profundo varias veces.

Pero la sensación de pánico no desapareció. Intentó concentrarse en cualquier cosa menos en su situación actual. ¿Quién la habría obligado a salir y por qué? ¿Habría pretendido arrojarla al vacío? ¿Lo habría preparado todo para que su muerte pareciera un suicidio o un accidente? Si ése era el caso, el proceso resultaba absurdamente retorcido. ¿Qué podía significar aquella sofisticada farsa?

De repente oyó un ruido a su izquierda. Contuvo el impulso de girar la cabeza con demasiada rapidez. En lugar de ello contuvo el aliento, aguzando los oídos a la espera de que se repitiera. ¿Sería la persona que la había dejado allí, en la cornisa? ¿Pretendería asustarla en un intento por hacerla caer al vacío? ¿Podía una mente ser tan diabólica?

Por supuesto que podía. Aquello no era ningún juego. Había sentido la fuerza de su odio. Y había sido un sentimiento muy personal. Demasiado. ¿Alguien a quien conocía? ¿Alguien que la conocía a ella? ¿De la primera vez que había estado en Washington, años atrás? ¿O se trataría del enemigo de su padre, deseoso de hacerle aún más daño a través de su persona? Después de todo, alguien ya lo había atacado y mandado al hospital...

Otro ruido, en esa ocasión más leve. ¿Se estaría acercando por la cornisa hacia ella? Si era así, nada podría hacer para resistirse. Al menos si no quería precipitarse al vacío...

—Raine.

Reconoció al instante aquella voz. Y casi reaccionó en consecuencia, de modo reflejo: a punto estuvo de volverse hacia él. Por poco resistió el impulso, pegando la espalda a la pared con las rodillas debilitadas de alivio.

—¿Ethan? —susurró su nombre sin apenas mover los labios.

—Estoy aquí. Tranquila. Lo único que tienes que hacer es...

—No puedo. No sé lo que me vas a decir que haga, pero no puedo. Tengo pánico a las alturas. Vértigo. Siempre lo he tenido.

Ethan tardó tanto en volver a hablar que Raine llegó a temer que la hubiera abandonado.

—Escúchame bien, voy a acercarme a ti. Te hablaré antes de tocarte. Luego te agarraré de la mano y te llevaré de vuelta a la ventana.

Parecía que le estaba hablando a una niña. Y, en su situación actual, era como si lo fuera. Había retornado a los irracionales miedos de la infancia, a los fantasmas más íntimos y familiares del terror. De hecho, acababa de decirle que prefería quedarse allí antes que dar unos pocos pasos hacia la ventana.

—Lo único que tendrás que hacer será agarrarme fuerte la mano y seguirme. ¿Podrás hacerlo?

Raine se dijo que si él iba a ir por ella, a buscarla, podría hacerlo. No tenía más que esperarlo. Y no cometer ninguna estupidez.

—Sí —respondió—. Pero date prisa, Ethan. Por favor, date prisa...

No había terminado la frase cuando ya lo oía avanzar por la cornisa, con la espalda rozando la pared. La promesa de la seguridad de su cálido abrazo, del instante en que se dejara envolver por su calor, la animaba a resistir.

Desde un principio había sabido que, de alguna manera, acabaría en sus brazos antes de que terminara la velada. Pero se había imaginado que ocurriría en la suite, cuando regresaran de la gala: un escenario bien diferente y mucho más íntimo...

—¿Raine?

Estaba tan cerca que casi podía sentir su aliento en la mejilla.

—Voy a ponerte la mano sobre el brazo —su voz era increíblemente tranquila, reconfortante, mientras le rodeaba la muñeca con los dedos—. ¿Bien?

—Sí.

Se concentró en la calidez de sus dedos: estaba aterida de frío.

—Ya te tengo. Ahora vamos a volver a la ventana. Tendrás que hacerlo exactamente como lo has hecho antes.

El problema era que no lo sabía. No podía recordar haber hecho una cosa así.

—No voy a dejarte caer —continuó—. Eso ni se te ocurra. Sólo piensa en el paso que tendrás que dar cada vez.

Casi antes de que tuviera tiempo de asimilar sus instrucciones, sintió la presión de su mano. En respuesta, desplazó el pie izquierdo por la cornisa hasta que rozó el derecho de Ethan. Por alguna razón, pese a su cercanía, era algo que no había esperado. Dio un ligero respingo y él le apretó el brazo.

—Tranquila. Desplaza el pie izquierdo y después el otro. No hay prisa.

Así lo hizo. Y Ethan empezó a moverse al mismo tiempo, a su ritmo. Al cabo de lo que a Raine le pareció una eternidad, le dijo:

—Ya estamos en la barandilla del balcón. Ya casi hemos llegado.

¿Barandilla? Raine no tenía ni idea de lo que quería decir. No recordaba haber visto ninguna barandilla.

—No entiendo...

Por unos instantes, Ethan no dijo nada. Y cuando lo hizo, a Raine se le encogió el corazón.

—Voy a soltarte un momento mientras subo la barandilla. Lo único que tendrás que hacer es quedarte dónde estás y no moverte.

—No.

Detestaba el desesperado tono de súplica de su propia voz, pero no podía evitarlo. El pensamiento de perder su contacto le resultaba insoportable.

—Sólo serán diez segundos, quizá menos. Subiré la barandilla y en seguida te agarraré y te ayudaré a subir. Sólo tendrás que quedarte completamente quieta. No respires, no hagas nada.

Mordiéndose el labio, cerró de nuevo los ojos para no mirar abajo.

Escuchó el roce de su ropa contra la pared de piedra y luego el ruido que hizo al saltar al otro lado de la barandilla.

—¿Lista?

—Sí... —susurró.

Esa vez le agarró el brazo, guiádoselo hacia su cuello. Sus dedos hicieron contacto con la tela del esmoquin. Ethan se inclinó hacia delante, acercando la mejilla a su pelo, su pecho presionado contra el suyo, mientras la tomaba de la cintura.

—Cuando yo te lo diga, levantas el otro brazo y te agarras con él también a mi cuello. Luego, cuando estés bien sujeta, te vuelves hacia mí y apoyas el pie derecho en el borde del balcón: entonces te izaré.

Sin atreverse todavía a mirar hacia abajo, intentó visualizar el balcón y el borde que le había mencionado. Era increíble, pero no recordaba absolutamente nada.

—Muy bien. Gírate y pásame el brazo derecho por el cuello.

No habría podido hacerlo sin la seguridad de su mano fuerte sobre la cintura. Podía sentir la tensión de sus músculos, preparado para sujetarla si llegaba a caerse. Estiró el brazo derecho y se aferró a su hombro con todas sus fuerzas. Sólo le faltaba terminar de girarse del todo y dar el último paso con el pie derecho. Intentó pivotar sobre su pie izquierdo, pero de repente se dio cuenta de que el tacón de la sandalia se le había enganchado en un reborde de la cornisa.

Era demasiado tarde. La correa de la sandalia cedió al tirón, rompiéndose, y su pie descalzo resbaló en la cornisa. Consiguió agarrarse al cuello de Ethan mientras su cuerpo basculaba peligrosamente apartado de la pared. Desesperada, intentó encontrar con el otro pie el punto de apoyo del que le había hablado.

La punta de su pie derecho encontró algo, pero resbaló al momento. Se sintió caer. En realidad no fueron más que unos centímetros, porque Ethan la agarró cuando ya estaba suspendida en el vacío. Ignoraba durante cuánto tiempo podría soportar su peso con un solo brazo.

Con un pie ya directamente debajo del borde del balcón, poco podía hacer para sostenerse sola. Pese al terror que sentía, fue consciente de que si balanceaba demasiado las piernas, podría desequilibrarlo. Lentamente, tensos los músculos como cables de acero, Ethan empezó a izarla.

—La barandilla —pronunció.

A pesar de la incomodidad de la falda, alzó la rodilla lo suficiente para apoyarla sobre la barandilla. Cuando lo hizo, Ethan no tuvo mayor problema en pasarla al otro lado. Ya estaba a salvo, pero seguía abrazándose a él, colgada de su cuello, el rostro enterrado en su hombro. Los dos estaban temblando.

Podía sentir contra su pecho el latido de su corazón, acelerado de terror. La mantenía agarrada a pulso, en vilo. Poco a poco la fue bajando hasta que sus pies hicieron contacto con el suelo del balcón.

Sólo entonces pareció ser consciente de la intimidad de la postura. En unos pocos segundos, los que tardó su cuerpo en resbalar a lo largo del suyo hasta tocar el suelo, su relación había traspasado una línea invisible. Desconcertada por aquel descubrimiento, tomó conciencia de que el alivio provocado por su rescate no era la única reacción que estaba experimentando Ethan. Se apartó levemente para poder mirarlo a los ojos. Su rostro, envuelto en sombras, parecía tenso, crispado.

—Salgamos de aquí —le ordenó con voz ronca.

Raine sabía que no era furia lo que había detectado en su tono, pero reaccionó como si lo fuera. Retiró los brazos de su cuello y retrocedió un paso. Luego, sin pronunciar una palabra, salió del balcón.

Una vez dentro de la galería, se volvió para mirar al hombre cuya silueta se recortaba a la luz de la luna. Inmóvil, se había quedado mirando la cornisa donde la había descubierto hacía apenas unos minutos.

Mientras lo observaba, él se volvió y sus miradas se encontraron.

Apretando los labios, salió también del balcón.

Capítulo 11

—Dice que no recuerda absolutamente nada de cómo llegó hasta allí —dijo Ethan—. Todo lo que me ha dicho es que ése sería el último lugar al que habría salido voluntariamente... La única explicación razonable es que estuviera bajo los efectos de alguna sugestión hipnótica.

—¿Control mental, quieres decir? —a través del móvil, el tono incrédulo de la voz de Cabot no le pasó desapercibido.

—Sé que suena extraño, pero no se me ocurre ninguna otra razón por la que una mujer con vértigo habría de saltar la barandilla de un balcón y caminar por una cornisa a decenas de metros de altura.

—A mí se me ocurren varias. Drogas. Trastorno mental. Voces que la instaron a hacer algo...

—No habría podido saltar ese balcón si hubiera estado drogada. Y no está trastornada. A no ser que las voces fueran una especie de señal hipnótica...

—Estaba justo a tu lado cuando de repente desapareció. ¿Pudo haber oído algo que actuara de desencadenante?

Griff seguía mostrándose tan escéptico como durante el primer interrogatorio al que sometió a Raine el primer día.

—Si la sugestión ya estaba implantada, cualquier tipo de señal habría podido precipitar la reacción —explicó Ethan—. Música, cualquier otro sonido, un gesto, un color...

—Estás diciendo que oyó o vio algo allá abajo que la hizo subir a aquella galería sola, saltar el balcón y caminar por la cornisa.

—Yo no sé lo que pudo moverla a hacer eso. Sólo estoy intentando

encontrar una explicación razonable para lo que ocurrió. Raine no recuerda por qué abandonó el salón para acabar encaramada en aquella cornisa. No tiene ningún recuerdo después de que Steiner nos abordara para presentarnos a unos conocidos suyos.

—¿Carl Steiner? ¿Estaba allí? ¿En una gala benéfica?

—Pues sí. Con varias personas más que insistió en presentarnos. No reconocí a ninguna, por cierto. Pareces sorprendido. ¿Te parece extraño que Steiner haya estado en un acto como el de esta noche?

—Digamos que Carl jamás se ha caracterizado por sus motivaciones altruistas. De ningún tipo. ¿Y fue precisamente en ese momento cuando desapareció Raine? ¿Cuándo Carl se acercó a vosotros?

—Estaba agarrada a mi brazo cuando de pronto, al minuto siguiente, desapareció.

—¿Se enteró Steiner?

—No vi razón alguna para ocultárselo. Intentó ayudarme a buscarla —rememoró la reacción del subdirector de la CIA durante aquellos segundos cruciales—. Aunque, ahora que lo pienso, no pareció excesivamente preocupado: pensó que habría ido al lavabo. Por cierto, que reconoció su nombre cuando se la presenté. La miró con aquella expresión tan característica suya cuando está pensando en cómo sacar provecho de una situación, o de un dato...

La CIA estaba bien informada de lo que pasaba en Washington. Por fuerza tenía que haberse enterado de la agresión sufrida por Montgomery Gardner.

—Yo le estuve hablando de ella al mediodía —dijo Griff—. El historial que le pedí sobre Raine debió de estimular su interés.

—¿Conseguiste los datos de la Agencia? —le preguntó Ethan.

Sabía que Griff había intentado rastrear en los archivos de la CIA alguna pista sobre los antiguos experimentos realizados con parapsicología, concretamente aquellos en los que había intervenido Raine.

—Si alguna vez llegó a abrirse un expediente sobre un proyecto llamado Cassandra... no existe ya.

—¿Pero hubo un expediente?

—La mayor parte del material de archivo sobre experimentos de clarividencia fue hecho público hace algunos años, por la Ley de Libertad de Información. No había mención alguna de la señorita McAllister. Ni del proyecto Cassandra.

—¿Estás insinuando que ella se equivocó con el nombre? ¿O simplemente que no ha sobrevivido ninguna referencia en un programa tan denso?

Ethan sabía que la investigación sobre los poderes paranormales llevada a cabo por la CIA había sido muy ambiciosa. La parte en la que Raine había participado, la clarividencia, sólo había constituido una fracción de los múltiples experimentos realizados.

—Cuando la Guerra Fría perdió intensidad, también lo hizo el miedo a que los soviéticos triunfaran en el campo de la actividad psíquica y utilizaran sus conocimientos para amenazarnos. Algunos de los archivos pudieron ser destruidos una vez terminados los proyectos. Eso significaría que, al menos por lo que se refiere a la Agencia, no debían de poseer ningún valor.

—¿El propio Steiner te dijo eso? —le parecía demasiada casualidad que Griff hubiera hablado con el subdirector ese mismo y que Steiner se hubiera presentado por la noche a un tipo de acto al que no solía acudir. Y además que lo hubiera distraído el tiempo suficiente para que Raine desapareciera.

—Carl es el único a quien llamo cuando necesito información. Por algún motivo, cree que yo tuve algo que ver cuando ocupó mi puesto a raíz de mi jubilación. Como resultado de esa falsa suposición, nos ha sido de gran ayuda durante todos estos años.

No todos los agentes de Phoenix tenían tan alta opinión de Steiner como Griff. Lucas Hawkins lo despreciaba abiertamente, al igual que Joshua Stone. Aunque nadie podía negar que a Griff le había facilitado

acceso a los recursos de la CIA en más de una ocasión.

—Y cuando estuviste hablando con él... ¿no te avisó de que pensaba asistir a la gala de esta noche? —le preguntó Ethan.

—No, pero tampoco tenía razón alguna para hacerlo. Yo no le informé de que irías tú. Ni Raine. No surgió en la conversación. Pero, francamente, jamás me imaginé que Carl asistiría a una gala benéfica con La Alianza como principal donante. Me parece algo tan absurdo en él...

—¿Crees que pudo tener algo que ver con lo sucedido?

Griff se quedó durante un rato en silencio, reflexionando sobre esa posibilidad.

—Creo que tú estás en mejor posición que yo para responder a esa pregunta. Parece del todo evidente que existe una relación entre La Alianza y lo que les pasó tanto a Monty como a Raine McAllister. Dado que el vínculo original eran aquellos experimentos, lo lógico es que exista también otra conexión entre esos antiguos proyectos de la CIA y La Alianza.

—Pero sin que haya quedado rastro alguno del proyecto Cassandra en los archivos...

—Aun así, sin papeles también se puede reconstruir cualquier hecho del pasado. Los documentos no son tan importantes. Haré algunas averiguaciones. Mientras tanto...

—¿Sí?

—Parece que alguien piensa que Raine McAllister posee información valiosa para nosotros. Tendrás que protegerla hasta que hayamos averiguado qué es lo que puede saber al respecto sin que ella misma sea consciente de ello...

Ethan llamó muy suavemente a la puerta del dormitorio de Raine y se quedó escuchando, preguntándose si se habría acostado ya.

Ya se disponía a retirarse cuando la puerta se abrió. Vestida con un grueso albornoz azul, descalza, Raine apareció en el umbral. La luz

del fondo dibujaba un halo en torno a su melena oscura, que le caía sobre los hombros.

—¿Qué pasa?

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Después de haber saltado por un balcón para encararme a una cornisa a veinte metros de altura?

Había tanto autodesprecio en sus palabras que Ethan respondió con la verdad. Le debía un dato fundamental:

—Esos balcones estaban cerrados con llave. Lo estuve comprobando. No pudiste haber salido sola.

Raine esbozó una leve sonrisa.

—Supongo que debería darte las gracias. Ah, por cierto, no soy sonámbula.

—Es bueno saberlo.

Se produjo un corto, incómodo silencio.

—Casi me olvidaba —dijo Ethan llevándose una mano al bolsillo, y sacó el pendiente que había encontrado en lo alto de la escalera.

La luz de la habitación arrancó un deslumbrante reflejo al diamante.

—Es el pendiente de mi bisabuela —explicó Raine—. Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo tenía hasta que empecé a desvestirme. ¿Dónde lo encontraste?

—En lo alto de la escalera. Por eso supe que habías subido a la galería.

—Así que si no se me hubiera llegado a caer...

Si ese hubiera sido el caso, Ethan jamás habría entrado en la galería interior. Ni la hubiera descubierto cuando se asomó al balcón. Con lo que ella...

—Gracias —sus dedos se cerraron sobre la joya, que recogió de la palma de su mano—. Gracias por todo lo que has hecho por mí esta noche.

Ya se lo había agradecido con creces nada más rescatarla. Y Ethan

se había sentido algo molesto por su gratitud, ya que jamás habría debido perderla de vista. Para no hablar del instante en que a punto estuvo de dejarla caer al vacío, un pensamiento que lo torturaba continuamente. Era en parte por eso por lo que había tocado a su puerta. Para verla de nuevo. Para asegurarse, tal y como le había dicho antes, de que se encontraba bien. Él mismo estaba sorprendido de la importancia que eso había alcanzado para su tranquilidad de espíritu.

—No. Yo lo estropeé todo, y por eso acabaste tú en esa situación. Además, no tienes por qué darme las gracias porque haya hecho simplemente mi trabajo.

—Yo sólo me he limitado a hacer mi trabajo, señora —se burló, sonriente.

—Así es.

Había esperado que Griff le recriminara la distracción de aquella noche. Quizá por eso le había hecho aquella advertencia al final de la conversación, al recordarle lo que todos ellos podían llegar a perder si algo le sucedía a Raine McAllister.

Era un recordatorio que no necesitaba. Al menos a esas alturas. Y no tenía nada que ver con su investigación de La Alianza.

—¿Has recordado algo más sobre...? —se interrumpió al ver que se ponía repentinamente seria.

—No puedo decirte nada más que lo que va te he dicho. No sé cómo llegué hasta allí. Ni por qué —sacudió la cabeza.

—Tuvo que haberte sucedido algo antes de que subieras esas escaleras —insistió, terco. Prefería con mucho su propia versión a la de Cabot—. Algo que te impulsó a abandonar el salón. Quizá algo que oíste, o viste. O quizá alguien.

—No. Créeme, si supiera por qué subí aquellas escaleras, te lo diría. Dudo que hubiera algo allá arriba que necesitara ver, pero... ni siquiera estoy segura de eso. Puede que si me siento así sea por las ganas que tengo de recordarlo, y por eso esté bloqueada...

—No te fuerces demasiado.

Ethan se dijo que esa era la frase típica que solían decir en las películas o en las novelas. Ignoraba si el consejo era útil o no. «Estás jugando a psiquiatra», se recriminó. Quizá fuera eso precisamente lo que necesitara Raine: un psiquiatra de verdad. Tal vez Griff tuviera razón. Tal vez no estuviera completamente en sus cabales.

«Si lee las cartas del tarot, por el amor de Dios», pensó, como refuerzo de aquella hipótesis. Y sin embargo, había demostrado su utilidad al ayudar a la policía de varios estados del país en los casos de niños desaparecidos. Y su trabajo para la agencia, años atrás, había sido lo bastante bueno como para que Monty Gardner les recomendase su ayuda. Todo lo cual parecía indicar...

—No estoy loca.

Se dio cuenta de que se la había quedado mirando fijamente mientras pensaba todas aquellas cosas. Quizá su expresión había sido demasiado reveladora. «O quizá sea realmente capaz de leer el pensamiento. Se supone que esa es su especialidad», se dijo. O lo había sido, al menos.

—¿Por qué dejaste de trabajar para la policía?

—¿Sabes? Me extrañaba que ni tú ni Cabot me lo hubieseis preguntado. Es lo primero que me pregunta la gente cuando les digo que no puedo ayudarlos. Sobre todo cuando acuden a mí conociendo las referencias que tengo.

—Bueno, pues te lo pregunto ahora.

—Yo te lo diré... si tú me dices por qué dejaste la CIA.

Su petición le resultó desconcertante.

—Eso nada tiene que ver con el asunto que tenemos entre manos.

Raine esbozó una mueca burlona, pero no insistió. En vez de ello, respondió a su pregunta:

—Ya no podía hacerlo más.

—¿Y decidiste parar? ¿Es que puedes desconectar esa capacidad tuya a voluntad?

—No es tan sencillo, pero... hasta cierto punto, puedo buscar información o puedo escoger no buscarla. Yo me decidí por lo último.

—¿Incluso aunque...? —no llegó a acabar la pregunta, consciente de lo injusta que era.

—¿Incluso aunque estuviera de por medio la vida de un niño, quieres decir? —la terminó Raine por él.

—Lo siento. No tenía derecho a preguntarte eso.

—No, desde luego.

Se quedó en silencio, sin hacer intento alguno por justificar la decisión que había tomado. Y Ethan descubrió que deseaba que lo hiciera. Necesitaba que lo hiciera.

—Raine...

—No puedo cambiar lo que la gente piensa sobre mí. Ni siquiera lo que piensas tú. Lo único que puedo hacer es vivir mi vida de la mejor manera que sé.

—¿Y crees que negar tu ayuda en esos casos encaja con esa «mejor manera» de vida?

Le salió un tono mucho más acusador de lo que había pretendido. Lo lamentaba, pero lo que no podía lamentar era lo que le había preguntado. No cuando necesitaba tanto saberlo.

Tardó bastante, pero al menos no hizo lo que aquella primera noche. No se cerró en banda.

—Me sorprendió que los policías con los que trabajaba me comprendieran. Y casi llegué a esperar que el resto del mundo pudiera llegar a comprenderme también...

Esa vez fue ella quien se interrumpió a mitad de la frase. Una frase que habría podido infligir un daño irreparable a su relación. «¿Su relación?», se preguntó, extrañada. Eso suponía que tenían una. En cualquier caso...

—Necesito saberlo.

Sabía que su respuesta, fuera la que fuese, aunque no pudiera aceptarla como razón suficiente que justificara su decisión, exigiría

una transmisión recíproca de información, un intercambio en pie de igualdad. Porque quizá tampoco ella sería capaz de aceptar lo que había hecho él...

—Después de trabajar durante años en ese tipo de casos, llegué a pensar que había un umbral, un límite impuesto a mi voluntad, referido a lo que una mente humana pueda aceptar de... lo que está ahí fuera, de lo que no se puede entender, ni racionalizar. Y empecé a tener miedo de... de estar alcanzando ese límite.

—¿Y qué es lo que está ahí fuera?

—El mal del mundo.

—El mal que secuestra niños.

—Y que les hace cosas inconcebiblemente horribles —su voz apenas era un murmullo.

—Tuviste la sensación de que habías visto demasiado.

—El verbo ver no es el adecuado. Más bien, lo sentía.

—¿El mal?

—El mal. Su locura. Y lo demás. Todo lo demás que les hacían.

Ethan nunca había sospechado nada semejante. Eso lo ponía todo bajo una luz nueva, completamente diferente.

—¿Sentías... lo que les hacían a los niños?

Asintió con la cabeza. Por primera vez desde que la conocía, un brillo de lágrimas asomó a sus ojos. Vio que parpadeaba varias veces, como avergonzada por mostrar aquella debilidad.

—Si es que aún seguían vivos —añadió.

—Dios mío —susurró Ethan.

Esa vez su sonrisa fue amarga, inmensamente triste.

—En efecto. Y si Dios podía permitir cosas como esas...

—Raine.

—Lo sé. Me lo he dicho a mí misma mil veces. Son los seres humanos los que escogen el bien o el mal. Todos escogemos. Yo escogí el bien todo el tiempo que pude, pero al hacerlo, descubrí demasiadas cosas sobre el mal. Tuve que abandonar y dejar que otros continuaran

la batalla. O eso o...

—Entiendo —la entendía perfectamente.

Quizá mejor de lo que se imaginaba.

Le acarició tiernamente una mejilla, en un intento por expresarle lo mucho que se arrepentía de haberla obligado a hablar de ello. Segundos después se inclinó para darle un beso en la frente. Cuando se apartó, vio que tenía cerrados los ojos.

Los abrió lentamente para encontrarse con su mirada. Ethan luchó contra el impulso de besarla. Ya llegaría ese momento. Lo sabía con tanta certeza como si también él poseyera el don de la clarividencia.

—Y eso es lo que sentí anoche.

Tardó un momento en asimilar sus palabras.

—¿El mal?

—El mal que ignora por completo el sufrimiento ajeno, y que incluso lo busca. Fue una sensación tan intensa que me dejó aterrada.

—¿En la gala?

Raine asintió con la cabeza.

—¿Eso fue lo que sentiste en la mesa de detrás de nosotros?

De nuevo asintió con la cabeza, mirándolo a los ojos.

—El hombre que me abordó...

—Carl Steiner. Es... un hombre... —dudó como escogiendo cuidadosamente las palabras— ... despiadado. Y sabe mucho sobre mí. Más de lo que quería que tú supieras, pero... —sacudió la cabeza—. No, lo que yo sentí anoche no procedía de él. Su interés por mí era como el de un entomólogo dedicado a estudiar a una mariposa. Pero lo otro...

—Continúa —la animó al ver que vacilaba.

—Lo otro era aquella misma locura, el mal... En este caso, se trataba de una locura fría, cerebral, deliberada. Y mucho más implacable y despiadada que la actitud de Steiner.

—¿Pudo haber sido alguien que estaba con él?

Ethan se dijo que no sería complicado revisar los antecedentes de

los compañeros de mesa de Carl Steiner. Recordaba algunos nombres, y con la ayuda de Griff...

—No lo creo, pero tampoco puedo estar segura. No pude tocar a ninguno. No los miré de cerca a los ojos. Además...

—¿Además qué?

—Si esa sensación me fue sugerida por alguien cercano a nosotros... ¿por qué entonces acabé subiendo esas escaleras hacia la galería?

Capítulo 12

No sabía muy bien por qué Ethan había ido a verla. Quizá simplemente para volver a hacerle las preguntas para las cuales seguía sin tener respuesta. Para empezar, por qué había subido aquellas escaleras. Y, lo que era aún más importante: por qué había acabado en aquella cornisa, a decenas de metros del suelo. Sin aquellas dos piezas del puzzle...

—Tal vez por la mañana veas las cosas mucho más claras —le había dicho antes de marcharse—. Y, durante el sueño, tu subconsciente recuerde algo que pueda explicar lo que te pasó esta noche.

—Tal vez —había repuesto Raine, escéptica.

—Hasta mañana entonces. Que duermas bien.

Sabía que no podría. Estaba segura de que aquella noche no tenía ya nada que temer. Y tampoco había sentido ningún miedo mientras se preparaba para asistir a la gala. Expectación, sí. Pero no de lo que podría suceder durante la velada, sino de lo que sabía que sucedería cuando regresaran juntos al hotel. A aquella suite.

Y se había equivocado.

Nunca había fallado de una manera tan clamorosa con un presentimiento. Aquello la confundía, la hacía dudar de un don que desde niña le había resultado tan natural como respirar. De niña había creído que todo el mundo sentía y percibía lo que ella. Que todo el mundo podía saber cuándo iba a llover, que todo el mundo podía saber lo que los demás estaban pensando en un determinado momento... Los días que su madre no iba a despertarse por la mañana,

dejándola que se las arreglara sola... Aunque tampoco eso le había importado demasiado.

Había sido como un mundo entero que explorar. Un mundo que no sólo se componía de las visiones y sonidos que todo el mundo veía y oía, sino de un universo lleno de pensamiento y emociones con colores y texturas. Algunos de esos colores y texturas eran oscuros, algo inquietantes para la niña que había sido. Sin embargo, había tardado su tiempo en llegar a tropezarse con el verdadero mal, que no era en absoluto tan ubicuo y frecuente como la gente solía pensar. Cuando finalmente descubrió su sabor, su olor, su esencia... tuvo que protegerse de la única manera que sabía. Por eso escogió negar y renunciar al don con el que había nacido.

Y ahora, cuando por primera vez en su vida necesitaba ese don precisamente para protegerse a sí misma, ya no estaba a su disposición para utilizarlo libremente. ¿Sería un castigo por haberlo negado? Fuera cual fuese la causa, el efecto parecía real. Lo que podía prever o anticipar, demasiado vagamente para su gusto, ya no era un indicio seguro de lo que acababa ocurriendo. Y podía encontrarse con gente, como el hombre que intentó secuestrarla en el hospital, y no ser consciente del peligro que representaba hasta que ya era demasiado tarde.

Lo cual ponía a su vez en cuestión su capacidad para percibir las ocultas motivaciones de la gente. Le había dicho a Ethan que el mal que había percibido aquella noche no había procedido de Carl Steiner. ¿Y si se había equivocado en eso? Al igual que se había equivocado al imaginar lo que sucedería entre Ethan y ella...

Si se había equivocado con Steiner... ¿cuáles serían las consecuencias? Consecuencias que no sólo la afectarían a ella, sino al hombre que acababa de salir de su dormitorio. Alzó la mirada y se dio cuenta de que se había acercado a la ventana sin darse cuenta. El paisaje nocturno que se extendía ante ella no era tan diferente del que había vislumbrado cuando abrió los ojos y se encontró de pie en

aquella cornisa, a decenas de metros de altura. ¿Acaso estaba perdiendo el juicio? ¿Acaso lo que siempre había temido, más que nada en el mundo... había ocurrido por fin? ¿Acaso el mal, su antiguo enemigo desde que descubrió que poseía el don de la clarividencia, había acabado por imponerse y ganar la batalla?

Ethan se hallaba de pie frente al ventanal de su dormitorio, mirando sin ver el paisaje de la ciudad, cuando sonó su móvil.

—Snow.

—Os espero a los dos mañana a las diez en mi despacho —le espetó Griff Cabot—. Supongo que ella no tendrá ningún plan.

—Si lo tiene, no me ha comentado nada.

—¿Qué tal está?

—Probablemente tan bien como cualquiera que haya pasado por una experiencia tan aterradora. Sobre todo cuando no tiene ninguna explicación para la misma.

—Eso no es problema tuyo.

—Lo sé. Mi problema consiste en asegurarme de que no vuelva a sucederle nada malo. Al menos hasta que podamos averiguar qué es lo que sabe.

Casi podía imaginarse lo que estaba pensando Cabot al respecto. Se lo confirmó su siguiente comentario:

—No te involucres emocionalmente con ella, Ethan. Es un consejo de amigo.

—¿De amigo o del máximo responsable de Phoenix?

—Nunca he tenido mucho éxito cuando les he ordenado a mis agentes que no se comprometieran emocionalmente con alguien. Ya me han dado bastantes problemas.

—Raine me explicó por qué había dejado de ayudar a la policía en los secuestros de niños.

Tal vez deseaba que Cabot se lo preguntase. O quizá sólo había querido que supiera algo de lo que por fin había empezado a

comprender sobre Raine McAllister: la carga y la maldición que para ella siempre había representado el don de su clarividencia.

«Eso suponiendo que lo tenga realmente», añadió para sus adentros. Pero sabía que lo tenía. Después de la confesión que le había hecho, ya no tenía dudas.

—Creo que todos sabemos lo que debió de suponer para ella trabajar con ese tipo de cosas...

—No, creemos que lo sabemos, pero fue ella quien lo experimentó en carne propia, Griff. Todo. Todas las cosas que les hicieron a esos niños... ella las sintió. Sintió lo mismo que ellos sintieron. Y eso es algo que nosotros ni siquiera nos podemos imaginar.

Aquellas palabras acusatorias se le escaparon antes de que pudiera recordar que la hija de Griff, apenas un bebé, también había sido secuestrada. Cabot también poseía una experiencia bastante directa del terror, de la maldad. En todo caso, más directa que la suya.

—Lo siento —se apresuró a disculparse—. Me había olvidado de lo de tu hija. No quería decir...

—Sé lo que querías decir —lo interrumpió bruscamente—. Deduzco que la crees. Estás convencido de que es una clarividente.

—No sé si lo es o no. Lo único que sé es que cuando me contó lo de los niños... supe que me estaba diciendo la verdad.

—Tal y como ella la entiende.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Quiere decir que me gustaría hacerle una prueba. Si realmente se cree capaz de hacer las cosas que se supone que ha hecho, no debería oponerse a someterse a algún tipo de evaluación objetiva.

—Quizá podríamos señalarle un punto en el mapa y pedirle que nos describa lo que ve —sugirió Ethan con brutal ironía, indignado por el recuerdo de la explotación que de niña había sufrido por parte de la CIA.

Tal vez ella no se opusiera, pero él sí. Al fin y al cabo, no sería más que otra forma de explotación. Protagonizada en esa ocasión por ellos.

—Fuimos nosotros los que acudimos a ella —le recordó a Cabot—. Ella no afirmó en ningún momento que poseyera esa capacidad. De hecho, precisamente insistió en que no podía ayudarnos. Pero yo creo que la tiene.

—¿En qué te basas?

—Lo que pasó esta noche demuestra que estamos detrás de la pista adecuada. Y lo mismo le pasó a Monty.

«La pista adecuada»: aquella expresión le hizo recordar algo. Algo que no le había dicho a Cabot. Quizá no fuera un detalle relevante, pero lo habían entrenado para fijarse en cualquiera, hasta en el más nimio. Desgraciadamente, se había olvidado de comentárselo.

—Hay algo que no te dije acerca de la gala. Me olvidé de ello hasta esta misma noche, cuando me estaba desvistiendo.

—¿Y bien? —inquirió Cabot con tono levemente impaciente.

—Tal vez no sea importante, pero fue así como me enteré de que Raine había subido realmente a esa galería, a pesar de que Steiner me sugirió lo contrario.

—Yo creía que la habías visto subir.

—No estaba seguro. Al menos no lo bastante como para registrar la galería entera. No hasta que descubrí en el suelo un pendiente suyo.

—¿Un pendiente?

—Me dijo que había pertenecido a su bisabuela. No sé muy bien cómo explicarlo, dado la oscuridad que había en la parte alta de la escalera, pero de alguna manera el diamante pareció recoger la poca luz reinante. Tan pronto como descubrí el pendiente, supe que estaba allí, en la galería. Seguí buscando hasta que vi el balcón abierto y el manto negro del que te hablé. Y luego... la encontré a ella.

Si no lo hubiera hecho, ¿cuánto tiempo habría pasado allí, frente al vacío? O quizá la habían programado hipnóticamente para que se arrojara por la cornisa en un momento dado...

—El pendiente de su bisabuela.

—Eso es.

—Interesante.

Una vez más fue incapaz de interpretar el enigmático tono de Cabot. Creyó detectar algo extraño fluyendo por debajo de aquella conversación, como una oscura corriente subterránea. Algo que no alcanzaba a comprender. Era una sensación que demasiado a menudo había experimentado aquella noche...

—Como te dije, no era nada importante, pero quería... —de repente descubrió una posible razón para el aparente interés de Griff por su comentario—. No me precisó de qué rama de su familia era su bisabuela...

—No, claro. No me extraña —lo interrumpió Cabot con un cierto deje de diversión—. Os veré a los dos aquí a los diez. Trataremos ese tema. Eso también será interesante.

Antes de que Ethan pudiera pensar en una respuesta adecuada, la llamada se cortó. Pensó en volver a llamar a Griff, pero en lugar de ello dejó a un lado el móvil y volvió a acercarse al ventanal.

Ni siquiera le había preguntado con quién se reunirían al día siguiente. Alguien que, según Griff, podría evaluar objetivamente la presunta capacidad clarividente de Raine. O quizá alguien de su pasado.

Por lo demás, Griff tenía razón. Sería mejor que no se implicara emocionalmente con Raine McAllister. El problema era que ya era demasiado tarde para eso.

Capítulo 13

Raine se dijo que no debería sorprenderse de oír que llamaban por segunda vez a la puerta. Sólo era la confirmación de un presentimiento suyo. Y sin embargo, pese a la fuerza con que había sentido que algo terminaría ocurriendo entre ellos aquella misma noche, realmente no había esperado que Ethan volviera. Al menos de una manera racional...

Se puso la bata que había dejado caer a los pies de la cama y se ató el cinturón mientras se apresuraba a abrir. Instantes antes de que sus dedos se cerraran sobre el pomo, respiró profundamente en un intento por tranquilizarse.

Cuando abrió y lo vio en el umbral, una dulce y ardiente punzada de deseo la atravesó de medio a medio. Se había quitado la chaqueta del esmoquin y la pajarita. Llevaba abierta la pechera de la camisa, revelando una tentadora mata de vello oscuro.

—¿Qué pasa? —le preguntó con la garganta seca.

—Ha llamado Cabot. Nos ha concertado una reunión para mañana a las diez. Pensé que debía avisarte.

—¿Una reunión con quién?

—Sinceramente, no se me ocurrió preguntárselo —respondió, algo avergonzado.

—Es igual. No creo que eso suponga ninguna diferencia.

—Probablemente se trate de alguien relacionado con los experimentos de clarividencia. Griff ha estado intentando reunir información sobre ellos, pero la Agencia sostiene que no existen los archivos. De todas formas, incluso sin esos datos, sus fuentes son muy

buenas.

—Gracias por el aviso. ¿Para qué hora tendré que estar lista?

—Siendo domingo, no creo que tardemos más de media hora en llegar a la oficina.

—¿Nueve y media?

Ethan asintió con la cabeza. Se quedaron en silencio por unos segundos, mirándose.

—Bueno, pues buenas noches —pronunció él al fin, disponiéndose a marcharse.

—Ethan.

El sonido de su nombre lo hizo detenerse en seco. Lo que vio en sus ojos cuando se volvió fue un reflejo exacto de lo que debía de arder en los suyos.

—No te vayas.

La miró detenidamente por un momento antes de replicar:

—No tienes nada que temer. Aquí no, desde luego.

—No tengo miedo.

Otro tenso silencio.

—Entonces... ¿qué es lo que te pasa?

Le sonrió, algo desconcertada por lo difícil que se lo estaba poniendo.

—Debo de haberme olvidado de cómo se hacen estas cosas. ¿O es que tú no estás interesado?

Ethan ladeó la cabeza extrañado

—Si te refieres a... —vaciló, sosteniéndole la mirada—... no creo que sea una buena idea. No con todo lo que está pasando.

Era un evidente rechazo, pese a la delicadeza con que lo había disimulado. Experimentó una punzada de decepción. Pero era tanta la claridad con que había presentido el rumbo que podía tomar su relación, que decidió no amilanarse por aquella respuesta. Después de todo, alguna ventaja tendría que tener su don de la clarividencia...

—Pensé que se suponía que no tenías que quitarme el ojo de

encima. Y que eso formaba parte de tu trabajo.

—No de manera literal —su tono se había suavizado.

—¿Y si yo te pidiera que lo hicieras? ¿Que no me quitaras ojo de encima... literalmente?

—Si tienes miedo de lo que pasó en el hotel...

—No es eso lo que va a suceder esta noche.

Siguió otro denso silencio.

—Pareces muy segura de ello.

No le expresó abiertamente su certidumbre. Su sonrisa la revelaba demasiado a las claras. Sin esperar su respuesta, Ethan inclinó la cabeza para reclamar su boca. La besó con una maestría que confirmó todas sus expectativas. No hubo vacilaciones ni pudores. Su lengua exigió entrada, y dado que Raine no tenía deseo alguno de negarle nada, entreabrió los labios para recibirla, gustosa.

Mientras la besaba, sus dedos encontraron el cinturón de su bata. No tardó en desatárselo y separar los pliegues. Raine pudo oír cómo contenía el aliento al descubrir que no llevaba nada debajo.

Deslizó las callosas palmas de las manos por su cintura, abrasándole la piel. Hasta que de repente, como si no pudiera esperar, la estrechó entre sus brazos, aplastándole los senos contra la dura pared de su pecho. Raine podía sentir la fuerza de su erección contra su vientre.

Fue bajando las manos, amasando sus caderas. La alzó en vilo sin dejar de apretarse contra ella, expresándole su deseo de una manera todavía más explícita que con los labios o la lengua. Raine le echó los brazos al cuello, poniéndose de puntillas para prolongar el beso. Mientras lo hacía, por un instante se sintió catapultada al preciso instante en que había resbalado en la cornisa, cuando quedó suspendida en el vacío, agarrada a él. El recuerdo la hizo tensarse.

La apartó levemente, alzando la cabeza para interrumpir el beso. Raine abrió los ojos para descubrirlo mirándola fijamente, con expresión inquisitiva.

—No es nada —le dijo, y buscó de nuevo la caricia de sus labios.

Desnuda como estaba, sentía frío sin el contacto de su cuerpo contra el suyo. Cuando intentó abrazarlo de nuevo, él se lo impidió poniéndole las manos en los hombros.

—Si esto es una consecuencia de lo que pasó antes...

—Yo no pago así mis deudas.

—No estaba insinuando que fuera una especie de pago, o de compensación. Creo que es natural después de una experiencia como la de anoche y...

—¿Te parece natural que me haya lanzado a tus brazos para sugerirte que hagamos el amor apasionada, locamente?

Ethan volvió a vacilar antes de responder.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

—Bueno, ciertamente es lo que estoy intentando hacer. Pero no parece que esté teniendo mucho éxito.

—¿Por qué?

—Tal vez por tu terquedad, ¿no te parece? —sugirió—. O quizá seas demasiado... noble para tu propio bien.

—No me refería a eso. Te preguntaba por qué estás haciendo esto.

—Porque quiero que hagamos el amor —le explicó con tono paciente, como si estuviera hablando con un niño.

—Apenas me conoces.

Raine sonrió, pensando en la sorpresa que se habría llevado de haber sabido lo bien que lo conocía.

—No me digas que tú no imaginabas que íbamos a acabar así.

De nuevo sus palabras lo dejaron desconcertado. Por lo menos, su respuesta fue sincera:

—Sabía que algo había entre nosotros.

—Pero no hiciste nada al respecto. ¿Acaso necesita usted que lo cortejen, señor Snow?

—Generalmente no.

—¿Entonces por qué diablos no...? Oh —se interrumpió de

repente, como entendiendo al fin su renuencia.

Intentó recordar si había hecho alguna vez el amor con algún hombre que supiera tanto sobre ella como aquél. Aunque tampoco había tenido tantos encuentros íntimos en el pasado. Gracias, entre otras razones, a su capacidad para discernir la verdad de la mentira en las palabras de la gente.

—Tienes miedo de que vaya a leerte el pensamiento.

—¿Vas a hacerlo?

—No si tú no quieres que lo haga. Pero... eso podría tener sus ventajas. Podría adivinar algo, por ejemplo, que te gustaría que te hiciera...

Ladeó la cabeza y lo miró con expresión inquisitiva. Sí, él también había esperado que aquello terminara sucediendo. Acercándose a él, le soltó el botón del pantalón y le bajó la cremallera.

Luego le sacó los faldones de la camisa y empezó a desabrochársela. Al menos ya no seguía haciéndole preguntas, pensó Raine mientras seguía actuando resuelta, con inquebrantable determinación.

Cuando le desabrochó el último botón, alzó la mirada y buscó sus ojos. En la penumbra del pasillo, más que grises parecían negros. Por un instante experimentó una punzada de miedo. Esa noche había mirado fijamente otros ojos, todavía más negros. Unos ojos negros de mirada fría, hosca, como el estanque de su visión.

Le temblaron las manos cuando intentó capturar aquel recuerdo. No tenía sentido. Siempre que intentaba recordarlo, se le escapaba. Y dado que tenía otros recuerdos que fabricar y atesorar, mucho más agradables que aquél, desistió de la labor. No quería pensar en nada que no fuera aquel momento. Aquel encuentro.

Terminó de abrirle la camisa y descubrió la camiseta sin mangas que llevaba. Luego inclinó la cabeza para besarle el cuello bronceado, pero casi al instante Ethan retrocedió un paso y se la quitó con prisas, de un solo movimiento, para lanzarla al sofá de la suite.

Acto seguido la estrechó entre sus brazos. Esa vez no hubo barrera alguna entre sus senos y su pecho velludo.

Raine perdió el aliento cuando sintió sus manos cerrándose sobre sus caderas, apretándola una vez más contra su erección.

—Hay una cama —susurró.

—No sabía que fueras tan convencional.

Tenía los labios al lado de su oído. Una punzada de gozo la atravesó en el instante en que le delineó con la lengua el dibujo de la oreja.

—Lo convencional o no convencional no reside en el dónde, sino en el cómo —replicó ella.

—Tengo algunas ideas propias al respecto...

—Lo sé.

Ethan alzó la cabeza, mirándola con una pregunta en los ojos. Lejos de contestársela, Raine le sonrió.

—Exactamente... ¿qué es lo que sabes?

—Que esto va a ser increíble —le contestó, sincera.

La cama estaba abierta. Y aunque las lámparas de cada lado estaban encendidas, la luz era escasa. Procedente de alguna parte, sonaba una ligera melodía de jazz.

Ethan advirtió que no faltaba un solo elemento en aquel característico escenario de seducción. Incluyendo su desnudez debajo de la bata. Por supuesto, desde el principio Raine no había ocultado en absoluto sus intenciones. Pero... ¿cómo había podido adivinar que volvería a su habitación por segunda vez?

—¿Ethan?

Sólo cuando pronunció su nombre se dio cuenta de que seguían en el umbral del dormitorio. Raine lo llevó de la mano al centro de la habitación, dominado por la enorme cama. Flotaba en el aire una leve neblina, indicio de una ducha caliente. Olía a jabón o a sales de baño, un perfume muy parecido al que se había puesto esa noche.

Aquella fragancia le evocó una imagen de Raine, recogándose la

melena mientras el agua caliente resbalaba por su cuerpo, aflojando la tensión de sus músculos. «Al parecer ella no es la única que tiene visiones», pensó, irónico.

Visiones. Clarividencia. CIA. La progresión de pensamientos fue natural. Y bloqueó precisamente el que lo había impulsado a trasponer aquel umbral.

—¿Qué te pasa?

—No creo que sea una buena idea.

Se dijo que Griff tenía razón. Implicarse emocionalmente en un caso, fuera el que fuese, era demasiado peligroso. Ése era exactamente el motivo que le había llevado a abandonar la CIA, sólo que en esa ocasión la carga emocional había venido dada por la muerte de un compañero suyo. Y no sólo la muerte, sino su manera de morir.

Dados esos antecedentes, comprometerse emocionalmente con la mujer a la que se suponía debía proteger era algo más que peligroso. Era una locura. Sobre todo cuando la mujer en cuestión era un elemento esencial en la presunta conexión entre aquellos antiguos experimentos de la CIA y La Alianza.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —se le acercó, sin soltarle la mano.

—Estoy aquí para protegerte. No para acostarme contigo.

—¿Por qué tendrás que informar a Griff si lo haces?

—Porque eso puede desdibujar la línea que separa lo profesional de lo personal.

—Desde luego —repuso ella, ampliando su sonrisa.

—No estoy seguro de que yo me sintiera cómodo en esa situación. Y creo que tú tampoco.

—Ambos somos adultos, perfectamente responsables. Además, supongo que tú no serías el primer agente de Cabot en enredarse con una cliente.

El último agente que había hecho eso había perdido su puesto en Phoenix. Aunque el problema no era que Ethan temiera perder el

suyo. Era más bien una cuestión de confianza. Griff le había confiado la seguridad de Raine. Le había encargado que fuera su guardaespaldas, no su amante.

El simple hecho de formular mentalmente la palabra le resultó singularmente tentador. Casi tanto como la visión de su cuerpo desnudo, a medias cubierto por la bata.

—Ciertamente yo no sería el primero —le dio la razón—. A pesar de ello, estoy en deuda con Griff. Lo que significa que no traicionaré su confianza.

—Porque te aceptó en Phoenix, quieres decir.

—Porque me aceptó en Phoenix después de que abandonara la CIA. De hecho, él mismo intentó convencerme de que no lo hiciera.

—Bueno, supongo que si alguien podía comprender tus razones para marcharte, ése era Cabot...

Aunque no le había confesado las razones de su abandono, era la segunda vez que Raine se comportaba como si las conociera. En cualquier caso, no pretendía abordar aquel asunto esa noche. Al igual que tampoco deseaba tener aquella conversación. Lo único que quería...

Lo único que quería, se dio cuenta de ello en ese preciso instante, era acostarla en aquella enorme cama y hacerle el amor durante toda la noche. Un descubrimiento algo extraño para un hombre que llevaba por lo menos cinco minutos resistiéndose abiertamente a ello.

—La decisión es tuya —pronunció Raine con tono cuidadosamente neutral—. Debo advertirte, sin embargo, que aunque no suceda esta noche... sucederá tarde o temprano.

—Pero tú pensaste... o adivinaste... que sucedería esta noche.

—Así es.

—¿Significa eso que las cosas que tú adivinas no siempre suceden?

—Yo no «adivino» tantas cosas. De vez en cuando, sin embargo, tengo la fuerte sensación de que algo está a punto de suceder. Así de simple.

—¿Como ahora?

—Sí.

—Pero no adivinaste lo otro.

—¿Te refieres a lo que pasó en la cornisa? Desde luego que no. Y ya sé lo que estás pensando.

Lo dudaba. En aquel momento sus pensamientos apenas iban más allá de la cama que se levantaba tras ella.

—No tengo ninguna explicación para eso —continuó ella—. Ignoro por qué, pero no tuve el menor presentimiento. Lo único que puedo decirte es que cuando me estaba desvistiendo esta noche, supe que ibas a entrar aquí a hacerme el amor. Lo otro, en cambio...

Se encogió de hombros. El movimiento hizo resbalar la bata. En un gesto inconsciente, se la cerró y se ató el cinturón.

Pero las manos de Ethan se cerraron sobre las suyas. Sorprendida, alzó la mirada.

—No —le dijo él.

No intentó hacerse la tímida o echarle en cara su aparenta falta de coherencia con las palabras que le había dirigido antes. En lugar de ello, se desató el cinturón y volvió a abrirse la bata.

Esa vez fue Ethan quien la despojó de la prenda, al igual que había hecho ella antes con su camisa. Cuando lo hizo, vio que no hacía el menor intento por cubrirse.

La realidad coincidía a la perfección con la imagen mental de Raine en la ducha que su perfume había conjurado varios segundos atrás. Tomándose su tiempo, contempló sus finos y esbeltos hombros, sus senos pequeños y perfectos. Fue bajando lentamente la mirada por su vientre plano, por sus largas y bien torneadas piernas...

En un intento por recuperar un mínimo de control, alzó de nuevo la vista, buscando sus ojos. Aquella noche eran de un azul puro, como el corazón de una llama.

Raine le sonrió, a modo de invitación. Una invitación para la que no tenía la fortaleza necesaria de negarse. Extendió una mano y él se

la tomó, con fuerza. Luego se dejó llevar hasta la cama que lo había atraído desde que entró en aquel cuarto. Fuera correcto o reprehensible lo que estaba a punto de hacer, a esas alturas era absolutamente incapaz de detenerse.

Capítulo 14

—Así, así...

Ethan cerró los ojos de nuevo, intentando recuperar algún resto de control, algún vestigio de cordura. Sabía que terminaría perdiendo aquella batalla, al igual que había perdido la anterior, pero su orgullo le impedía rendirse sin luchar.

Había tenido intención de hacerle el amor a Raine. Por supuesto, estaba el antiguo adagio de que el camino hacia el infierno estaba pavimentado de buenas intenciones. Aunque en ese caso se tratara más bien del camino hacia el cielo.

Aspiró profundamente, esforzándose por sobreponerse al clamor de su cuerpo, por contener la marca de fuego que le corría por las venas, exigiendo una liberación que sólo ella podía desencadenar. Había perdido la cuenta del número de veces que lo había arrastrado al orgasmo. Igual de imposible le resultaba catalogar los métodos que había utilizado para ello... Con las manos, con los labios, con los dientes y con la lengua, le había enseñado cosas sobre su propio cuerpo y sobre sus reacciones que jamás antes había experimentado con ninguna mujer.

Estaba a punto de perder el sentido, ahogándose en sus caricias. Y, sin embargo, con cada caricia era más consciente de ella. Como si, al tiempo que lo tocaba físicamente, le infiltrara su ser en el alma.

—Y así —susurró.

En respuesta a lo que acababa de hacerle, Ethan cerró una mano sobre la sábana y alzó violentamente las caderas. Los dedos de la otra mano, enterrados en su melena, también se cerraron convulsivamente

hasta que se dio cuenta de que podía hacerle daño. Con el último gramo de voluntad que le quedaba, se obligó a abrirlos.

Mientras lo hacía, la marca de sensaciones se impuso finalmente a su decisión. Supo entonces que ya no podría hacer nada para evitar lo que estaba a punto de suceder. Nada excepto ceder y sumergirse en otra increíble experiencia.

La urgencia de hacerlo resultaba casi irresistible. Pero, en lugar de ello, respiró profundamente para recuperar el dominio de su cuerpo átomo a átomo. Desde la primera a la última terminación nerviosa. Esa vez...

Raine lo tocó de nuevo, y todo lo que había ganado en aquellos segundos quedó disuelto por un placer tan vivo que le robó literalmente el aliento. Ni siquiera sabía bien lo que le había hecho. De cualquier forma, no importaba. Lo que importaba era el efecto. Fuera lo que fuese, había destruido su capacidad de contención.

Alzó las caderas de nuevo. Arqueó la espalda, tensando cada músculo. Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca como si le faltara el aire. Todo se disolvió en una pura sensación de éxtasis.

Cuando todo terminó, no pudo hacer más que seguir tumbado, exhausto. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, abrió los ojos para descubrir a Raine incorporada sobre un codo, mirándolo. En algún momento durante la noche debía de haber apagado las lámparas de la cama. La única luz que entraba en el cuarto era la de la luna, derramando un brillo de plata sobre la mitad de su rostro.

—¿Qué diablos estás intentando hacerme?

Esbozó una sonrisa antes de inclinarse para besarla en los labios. Fue un beso suave, fresco, ligeramente húmedo.

—El amor —musitó mientras se apartaba—. ¿Te gusta?

No se le ocurrieron las palabras adecuadas con que responder a esa pregunta, así que renunció a intentarlo. En lugar de ello, comentó:

—Se suponía que era yo quien tenía que hacerte el amor.

—¿Es que hay alguna regla al respecto?

—Yo siempre lo he pensado así —admitió, sonriendo.

Se alegró de que no pareciera decepcionada por lo que acababa de suceder. Después de todo, ella había tomado la iniciativa desde el principio. El se lo había permitido, por supuesto, pero esperando que su acto amoroso se convirtiera finalmente en algo más... normal. ¿Normal? ¿Como un terremoto, o una explosión nuclear?

Le había prometido una experiencia increíble, y no lo había defraudado. Sólo que no había sido para nada lo que había esperado. Nada que pudiera haber esperado.

—Nunca he jugado según las reglas convencionales —dijo ella—. Quizá porque nunca las he entendido.

—De esto entiendes bastante.

Raine sonrió de nuevo:

—Esto no tiene nada que ver con las reglas.

—Con romperlas, tal vez sí.

—Ya. Y tú nunca te has sentido cómodo con eso.

De nuevo le dio la impresión de que sabía más sobre él que lo que debería. Se estaba acostumbrando a esa sensación. Porque, por supuesto, estaba en lo cierto. Muchos de los agentes de Griff habían sido solitarios impenitente, rebeldes, inadaptados. Hombres que, si no hubiera sido por Cabot, habrían preferido trabajar de manera individualista, al margen de un equipo.

Ethan siempre había sido más disciplinado, deseoso incluso no sólo de imponer un orden en su vida, sino de transformar el mundo para mejor. Y trabajando con el selecto grupo antiterrorista de Griff, poder llevar justicia y libertad a aquellos que nunca las habían conocido.

Pero, en lugar de ello, se había encontrado con una organización indiferente al dolor y sufrimiento humanos. A pesar de los esfuerzos de Cabot, la CIA había restringido tanto las operaciones de su equipo que aquello había sido como luchar con una mano atada a la espalda. Por culpa de ello habían muerto hombres muy buenos, y algunos de

manera terrible, digna de una pesadilla.

Desde que abandonó la Agencia, Ethan nunca se había permitido querer o acostumbrarse a nadie lo bastante como para exponerse a ese tipo de desilusión. Esa noche, sin embargo, Raine había derribado todas las barreras que había erigido entre sí mismo y cualquier cosa que pudiera amenazar su control. Por eso mismo ella había adivinado que no se sentía cómodo rompiendo las reglas...

—No lo había hecho. No hasta esta noche —le confesó.

—Ya te dije que lo mío tenía sus ventajas.

Se estaba refiriendo a su don. Obviamente, esas ventajas existían. Hasta ese momento no se había dado cuenta de ello.

Raine se tumbó entonces a su lado. Ethan le pasó un brazo por los hombros, acercándola hacia sí.

—¿Es eso lo que has estado haciendo? ¿Leyéndome el pensamiento?

Cada hombre tenía sus propias fantasías. Y, en ese aspecto, él no era diferente. Había ciertas intimidades que había fantaseado con que le hiciera alguna vez una mujer, pero jamás se había imaginado a Raine en ese papel. Como en su caso, Raine parecía valorar demasiado su propia independencia y autocontrol como para entrar a formar parte de las fantasías de otra persona.

Pero lo había hecho. Había realizado todas y cada una de sus fantasías. Y sólo podía haber una manera de que aquella mujer aparentemente comedida, fría y sofisticada las hubiera conocido.

—No, así no —le dijo ella—. Más bien ha sido un asunto de... de desear darte placer. He intentado pensar en cosas que pudieran gustarte. Si me he guiado por algo, ha sido por tus reacciones. No ha habido nada esotérico ni mágico en ello.

—Hablas por ti misma, porque a mí sí que me ha parecido mágico...

Pudo sentir el aliento de su risa contra su pecho. Increíblemente, a pesar de su cansancio, experimentó una nueva punzada de excitación.

Ella debía haberlo sentido, porque alzó levemente la cabeza y lo miró con una sonrisa.

—No empieces —le advirtió él, arrancándole otra carcajada—. Quédate quieta.

—Pobrecito...

Ignoró su tono falsamente compasivo para concentrarse en avivar la llama que había empezado a arder en su interior evocando cada delicioso tormento que le había infligido. Había llegado la hora de responder, y no tenía intención de dejarse humillar.

Cerró los ojos, imaginándose unas cuantas escenas de intimidad. Ella tal vez pudiera anticiparse a sus planes, pero nada podría hacer para trastocarlos. Por mucho que quisiera hacerlo.

Obediente, Raine volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro y empezó a acariciarle distraídamente el vello del pecho. Aquello bastó para activar la chispa que inflamó su deseo. Con los ojos todavía cerrados, Ethan imaginó varias maneras diferentes, a cuál más atrevida, de satisfacerla.

No tenía duda alguna de que sería tan receptiva a sus caricias como él lo había sido a las suyas. La química, como ella lo había llamado, había estado presente desde el primer momento que se vieron. Y se había intensificado a cada segundo que habían pasado juntos, incluso en los momentos más peligrosos. Quizá precisamente durante esos momentos. Su mirada, llena de la certidumbre de lo que el extraño del hospital habría sido capaz de hacerle. Sus brazos, aferrados a su cuello, mientras se balanceaba sobre el vacío...

Abrió los ojos: el recuerdo de aquel terrorífico instante, cuando la había sentido caer, resultaba demasiado real. Evocaba demasiado bien el peligro que había corrido.

—¿Qué te pasa?

Seguía con la mano sobre su pecho. Debía de haber sentido el vuelco que acababa de darle el corazón. En vez de contestar, o de dedicarse a realizar las fantasías que había estado imaginando para

ella, rodó a un lado de la cama, arrastrándola consigo y quedando encima.

Mientras la miraba a los ojos, se excitó todavía más, hasta un punto insoportable.

El descubrimiento de lo mucho que se había comprometido emocionalmente con ella lo dejó asombrado. Y lo curioso era que no le molestaba en absoluto enfrentarse con aquella verdad. No quería reaccionar como un torpe y apresurado adolescente, ni obedecer ciegamente a sus impulsos. Continuó mirándola intensamente a los ojos, viéndola bajo una nueva luz.

En la penumbra apenas podía distinguir sus pecas. La pintura de sus ojos casi había desaparecido, y lo mismo ocurría con el carmín de sus labios. Con aquella luz sus ojos parecían casi negros, con las pupilas dilatadas. Y lo que estaba viendo en ellos...

Bajó la cabeza, olvidado de su primitiva intención de devolverle el golpe y compensarla sexualmente por lo que le había hecho antes. En lugar de ello, empezó a besarla con exquisita ternura.

Ella intentó utilizar la lengua, pero él la ignoró: esa vez lo harían a su manera. Lo que quería en aquel momento era demostrarle toda la ternura de que era capaz, y que su repentino descubrimiento había desencadenado.

Pese a lo que Gardner había hecho por ella, Raine había llevado una vida muy difícil: su don había sido una bendición a la vez que una maldición. Incluso cuando había intentado usarlo para un buen fin, se había revelado como un arma de doble filo.

Sus labios se abrieron lentamente bajo los suyos, sin ninguna pasión esa vez, consentidores de un tácito acuerdo. El acuerdo de que era él quien llevaba ahora la iniciativa.

Ethan profundizó el beso, en un intento por transmitirle sus sentimientos. Su mano encontró su nuca y enterró los dedos en su pelo. La abrazó con fuerza, deseoso de poseerla, de llenarla, de abrumarla con la fuerza de sus sentimientos, al igual que sus propias

emociones lo habían abrumado a él.

La lengua de Raine seguía sus movimientos lentos, deliberados. Un prelude de lo que inevitablemente terminaría por suceder. Ethan le acarició un seno y capturó el pezón entre dos dedos, arrancándole un leve gemido.

Incapaz de resistirse, interrumpió el beso y se concentró en lamer el pezón. Lo succionó con fuerza, sintiéndola arquearse de placer bajo su cuerpo. Se lo mordió suavemente para luego acariciárselo con la lengua y chuparlo de nuevo. Oyó cómo empezaba a jadear.

Acto seguido volvió a besarla en los labios. Al mismo tiempo sus dedos buscaron su sexo: estaba húmedo, dispuesto para recibirlo. Se sirvió de aquel mismo lubricante para acariciarla y arrastrarla así al orgasmo. Le estaba devolviendo el golpe, aplicándole la misma medicina que antes ella le había aplicado a él. La controlaba. Podía sentirla temblar de deseo y necesidad...

—Por favor —susurró con voz temblorosa.

Ethan había forcejeado con su propia pérdida de control. Había clamado en vano contra ella. Por contraste, ella buscaba aquella misma liberación. La deseaba. Se la suplicaba.

Y eso era, después de todo, lo que él también había querido. Hacerle el amor. Hacerla caminar por el mismo sendero de éxtasis por el que ella lo había llevado de la mano.

Se colocó sobre ella, teniendo buen cuidado de no aplastarla. Vio que abría mucho los ojos, buscando su rostro. Le sonrió mientras continuaba tocándola, esperando el momento exacto de su completa capitulación, de su entrega total.

Lo sintió al principio en el temblor de su cuerpo. Comenzó con un estremecimiento que fue creciendo hasta convertirse en un temblor violento, febril. Antes de que pudiera atenuarse, ya se había colocado en posición. Con un solo y fluido movimiento, entró en ella. Y el temblor se convirtió en un cataclismo.

Se hundió en su interior una y otra vez. Sabía que le estaba

clavando las uñas en los hombros, pero no sentía el dolor. No sentía nada excepto sus caderas agitándose bajo las suyas, meciéndose a su mismo ritmo.

Enredados en una marca de sensaciones, se abrazaron con fuerza, desesperados, hasta que todo terminó. Incapaces de moverse, yacieron exhaustos en la cama. Todavía unidos, enlazados de mente y de cuerpo. Jamás antes se habían sentido tan saciados, ni tan felices.

Raine fue la primera en moverse, para acariciarle distraídamente el vello del pecho. Ethan le puso una mano sobre la suya, deteniéndola.

—¿Te ha gustado? —sabía que era estúpido, infantil, pero necesitaba oírsele decir.

—¿No lo sabes tú?

—Yo no tengo tu don.

Raine se echó a reír.

—¿Me creerías si te dijera que no me ha gustado?

—No —le confesó.

—Tú también tienes tu propio don.

—¿Por qué? ¿Por qué puedo adivinar eso a partir de tus reacciones?

—No me refería a ese tipo de don.

Ethan no insistió más, por pura falsa modestia. Sabía que la experiencia había sido tan inefable para ella como para él. Porque no había sido una cuestión de sexo: habían hecho el amor. No había sido algo lógico, ni racional. Pero sí real. E inevitable, tal y como ella le había asegurado.

—¿Ethan?

Se dio cuenta de que no había respondido a su último comentario. Ni siquiera podía recordarlo.

—Sé que tú no querías que sucediera esto... —le dijo Raine.

—No es eso.

—¿Entonces?

Esperaría a que todo terminara, una vez cumplida la misión que le

habían encomendado. Entonces tendría tiempo suficiente para decírselo.

Por un fugaz instante experimentó una punzada de verdadera desesperación, semejante a la que sintió el día en que le presentó a Griff su dimisión como agente de la CIA. En aquel entonces había visto amenazada su vida profesional. En aquel momento, en cambio...

La envolvió en sus brazos y se dedicó a contemplarla. El sudor le perlaba la frente. Tenía los labios levemente irritados. De sus besos.

Era suya. Ella misma se lo había expresado de la manera más elocuente posible. Lo único que tenía que hacer era aceptar el regalo, el don que ella le ofrecía. Evocó sus palabras: «tú también tienes tu propio don». Pero Raine le había ofrecido el mejor: se había puesto en sus manos confiada en que la protegería. Y mientras lo hacía, tendría al mismo tiempo que resolver el grave caso de seguridad nacional que le habían encomendado.

Ese era otro gesto de confianza. Un gesto de confianza del que había disfrutado mucho antes de que llegara a conocer a Raine McAllister. Mucho antes de enamorarse de ella.

Ya habría tiempo para votos y promesas una vez que hubiera cumplido aquella misión. Antes de eso, estaba moralmente comprometido con el hombre que le había ofrecido una segunda oportunidad. Pero en aquel preciso instante...

—Mañana tendremos que madrugar.

Vio que sus pupilas se dilataban ligeramente. No estaba muy seguro de lo que quería decir eso. Sorpresa, decepción o... tal vez dolor. Fuera lo que fuese, tardó apenas un segundo en disimular su reacción. Su ceño fruncido se borró y su mirada volvió a ser abierta y transparente, sin rastro alguno de resentimiento.

—Por supuesto. Ha sido un día muy largo. Y duro.

Había sido un día lleno de peligros, tanto físicos como emocionales, con los que Ethan no había esperado tropezar. Las barreras que había levantado en torno a su corazón para no permitirse

sentir nada con demasiada intensidad... habían sido derribadas por una mujer. Una mujer de la que, contra todo pronóstico, se había enamorado. Lógicamente necesitaría tiempo para asumir y reconciliarse con ese hecho antes de confesárselo.

Raine se apartó, incorporándose sobre un codo.

—Bueno, entonces... ¿nos damos las buenas noches?

—No —por alguna razón, parecía incapaz de soportar la ligereza de su tono—. Cuando todo esto haya terminado, ya tendremos tiempo para esto. Mientras tanto...

Escrutó su rostro, viendo que su mirada cambiaba. Asintió con la cabeza, aceptando aparentemente lo que le había pedido. Ethan esperaba que su clarividencia le permitiera ver que lo que le había pedido era tiempo para su relación. Y que en absoluto se había negado a aceptar lo que ella le ofrecía.

Lo que tal vez Raine no comprendiera era que, para él, se trataba del mayor riesgo de su vida. Pero estaba dispuesto a asumirlo gracias a algo que, apenas una semana atrás, ni siquiera sabía que existía.

Capítulo 15

—Éste es el doctor Charles Ellington —dijo Griff cuando Ethan y Raine entraron en su despacho a la mañana siguiente.

Ethan atravesó la habitación para estrecharle la mano.

—¿Doctor Ellington? Soy Ethan Snow.

—Encantado.

Elegantemente vestido con un traje de lino blanco, Ellington parecía un funcionario colonial británico del siglo anterior. Tenía el pelo salpicado de gris, al igual que la perilla y el fino bigote. Sus ojos oscuros contrastaban vivamente con la palidez de su piel.

—Creo que la señorita McAllister y usted ya se conocen —añadió Griff.

—¿McAllister? —Ellington saludó a Raine—. ¿No Raine? ¿Ni la pequeña Raine?

—Lo siento, pero me temo que no me acuerdo. Por supuesto, si usted me conoció cuando yo era la «pequeña» Raine, quizás mi olvido sea perdonable.

—No me sorprende que no te acuerdes de mí, querida, y perdóname que te tutee. Eras una niña. Una niña encantadora, que se ha convertido en una mujer increíblemente bella. No esperaba que te acordaras de todos nosotros.

—¿Todos nosotros? —inquirió Raine.

—Tuvimos mucha suerte de trabajar contigo. Cuando el señor Cabot me dejó anoche su mensaje en el contestador, me dijo que estaba intentando conseguir información sobre los antiguos experimentos de la CIA con parapsicología. Yo le devolví la llamada

tan pronto como llegué a casa, por supuesto, encantado de la oportunidad que me ofrecía de evocar aquellos días. Cuando te vi aquí, supuse naturalmente que te había invitado por la misma razón.

—Me temo que la señorita McAllister recuerda muy poco de aquella época —intervino Griff.

Ellington miró a Cabot antes de volverse nuevamente hacia Raine.

—Por supuesto. Es que, insisto, apenas era una niña. Con un enorme talento, por cierto.

—El doctor Ellington era uno de los psicólogos que trabajaron para la Agencia durante aquellos experimentos —explicó Griff.

—Un trabajo al que accedí casi por fuerza —Ellington soltó una carcajada—. Lo tenían difícil para encontrar investigadores dispuestos a participar. Al final decidieron recurrir a un inglés que había trabajado ocasionalmente para el cuerpo de operaciones secretas, o sea, yo. Supuso un gran cambio con respeto a lo que había hecho allí, pero la verdad es que a mí lo esotérico siempre me había interesado mucho.

—¿Considera usted esotéricos esos proyectos? —quiso saber Ethan.

—Oh, para la CIA lo eran, desde luego. Y puedo asegurarle que muchos de los antiguos directivos no se quedaron nada contentos con el rumbo que estaba tomando la Agencia. Si no hubiera sido por el apoyo del señor Gardner... —se encogió de hombros, dejando la frase a medias.

—¿Por qué no nos sentarnos tranquilamente para que los dos nos cuenten lo que recuerdan de aquellos tiempos? —sugirió Griff—. Mi secretaria nos traerá café y té. O algo más fuerte, si lo prefieren.

El último comentario estaba claramente dirigido a Ellington. Raine escogió el asiento más alejado del inglés, dejando que Ethan se sentara entre los dos. No sabía por qué, pero aquel hombre le desagradaba profundamente.

—Whisky, por favor. Es lo ideal para la hora del cóctel, en el

antiguo imperio —bromeó Ellington.

Griff utilizó el intercomunicador para pedir las bebidas a su secretaria antes de instalarse detrás de su escritorio.

—Por favor, cuéntenos exactamente lo que estuvo haciendo para la CIA.

—Por supuesto. Yo era el responsable de examinar y poner a prueba a veinte personas. El número original que me dieron era más alto, pero la mayoría fueron eliminadas en la selección preliminar. Las que quedaron, como la pequeña Raine, por ejemplo, evidentemente eran lo mejor de lo mejor.

—¿Se refiere a sus capacidades psíquicas?

—En efecto. Algunos estaban más capacitados que otros. Y aunque algunas capacidades exhibidas eran impresionantes, no encajaban bien con los planes que la CIA tenía en mente.

—¿Cuáles eran esos planes?

—Espiar a los soviéticos, en primer lugar. Tienen que tener en cuenta que los satélites no eran tan sofisticados como ahora. En medio de la llamada Guerra Fría, su trabajo se fundamentaba en la inteligencia humana y en el don de la clarividencia. Y, por supuesto, estaban absurdamente aterrados de que los rusos fueran a invadirlos. Corrían rumores de que tenían personal capaz de visualizar los movimientos de tropas e incluso las localizaciones de los refugios subterráneos. Queríamos a gente que pudiera suministrarlos esa misma información sobre ellos.

—¿Y los proyectos tuvieron éxito? ¿Consiguieron acceder a esa información?

—Yo no tenía manera de saberlo. Sólo tenía acceso a los resultados de las pruebas que hacía.

—¿Podría hablarnos de esas pruebas?

—Eran pruebas con los ojos vendados, destinadas a calibrar la exactitud de las predicciones. Nada espectacular ni singularmente esotérico.

—Antes dijo que esos experimentos contaban con el apoyo del señor Gardner. Supongo que él no tenía la responsabilidad directa.

—Oh, no. Era Marguery.

—¿Marguery?

James Marguery. La estrella de la Agencia en aquellos días. Brillante, decidido... Por lo que yo sabía, Grill Flame había sido creación suya. El señor Gardner simplemente intervino en un determinado momento. Y menos mal que lo hizo.

—¿Quién se oponía a los experimentos?

—El presidente del país, el primero. Estaba convencido de que si la prensa se enteraba de algo, seríamos el hazmerreír de todos. Personalmente creo que le preocupaba la reacción del Congreso tanto como la del público.

—Dado que nadie protestó, tengo que suponer que no se produjo ninguna filtración.

—Todos habíamos jurado guardar el máximo secreto. La seguridad nacional y todo eso...

Ellington se interrumpió bruscamente cuando Cabot sacó un libro de un cajón y lo abrió frente a él. Lo miró arqueando una ceja.

—Estaba a punto de llegar a eso —continuó el inglés con tono suave—. Con el paso de los años, una extensa cantidad de información llegó a hacerse pública en aplicación de la Ley de Libertad de Información. Los nombres de personas concretas fueron censurados, pero la intención de las investigaciones quedó bastante clara. Por increíble que parezca, la reacción de sorpresa entre el público y la prensa fue bastante limitada. Supongo que la reputación de la Agencia se había visto tan afectada durante los años anteriores que la noticia del caso no constituyó ninguna sorpresa.

Pero Cabot no mordió el anzuelo. Señalando el libro, le preguntó:

—¿Y usted se aprovechó de esa filtración de información para romper su juramento de silencio?

Ellington esbozó una media sonrisa, inclinando levemente la

cabeza.

—¿Por qué no? Había muy poco en ese texto que no hubiera sido hecho público con anterioridad.

—Usted sostiene que solamente tenía acceso a los resultados de las pruebas a las que sometía a esos sujetos y que no contaba con un conocimiento de primera mano de los experimentos en sí. Pero por fuerza tuvo que utilizar parte de la información necesaria de la CIA para haber escrito el libro.

Por primera vez, Ellington pareció irritarse levemente.

—Que, de hecho, era muy poca. Me daban una información detallada de los objetivos de cada proyecto para que pudiera determinar si los sujetos estudiados eran o no adecuados. La mayor parte de los datos que recogí en el libro provenían de aquellos informes. También incluí las metodologías de las investigaciones preliminares sobre cada uno de ellos. Y mis opiniones sobre las personas a cargo de los estudios en marcha. El libro es, ante todo, una mirada interna sobre la gente que trabajaba en esos proyectos.

—Gente como James Marguery —precisó Cabot—. A quien usted parece admirar mucho, por cierto.

A pesar de la premura con la que había concertado aquella reunión, Cabot parecía habérsela preparado muy bien, como tenía por costumbre. Ethan experimentó una punzada de culpa al imaginarse a Griff leyendo el libro de Ellington a altas horas de la madrugada, mientras Raine y él...

Ethan desterró aquella imagen mental para concentrarse en las palabras del psicólogo inglés. Si Marguery había estado al frente de aquellos experimentos, incluido uno llamado Proyecto Cassandra, la opinión de Ellington sobre aquel individuo podía resultar sumamente enriquecedora.

—Sería difícil hablar de todo esto sin mencionar a Jimmy. Él era el corazón y el alma de esos proyectos. Y como eran tan secretos, nunca disfrutó del reconocimiento que merecía. Yo intenté remediar eso en

mi libro, reconociéndole el mérito que le negaron. Él era el protegido de Monty. Podrían preguntarle a él qué es lo que fue de Marguery.

—¿Es que no se ha enterado? —inquirió Griff.

—¡Oh, no me diga que el viejo ha muerto! —exclamó Ellington, y sacudió la cabeza con gesto entristecido—. Durante mucho tiempo fue el auténtico motor de La Agencia...

—Muerto no, afortunadamente. Pero fue brutalmente atacado en su propia casa, hace unos días. Su estado actual es muy grave.

—¿Atacado? Pero... ¿por qué alguien habría de querer hacerle daño a Monty? O matarlo... ¿Es eso lo que piensan? ¿Que alguien intentó matarlo?

Ethan pensó que si la sorpresa de Ellington era fingida, entonces tenía que ser un consumado actor.

—Eso parece —respondió Griff—. Salió vivo de milagro.

—Pero eso no tiene sentido. Monty llevaba demasiado tiempo fuera de la Agencia como para despertar el interés de alguien. Debe de rondar los ochenta años...

—El señor Snow y yo lo visitamos varias horas antes de que fuera atacado, para pedirle que nos ayudara en nuestra investigación. Y el nombre de la señorita McAllister salió a relucir en aquella entrevista.

—Entonces deduzco que dado que ambos están aquí... ustedes creen que la agresión sufrida por Monty está relacionada de alguna manera con los experimentos sobre parapsicología...

—Es una posibilidad —concedió Cabot.

—Pues yo no consigo imaginar por qué. A pesar de la naturaleza controvertida que tuvieron esos proyectos en aquel tiempo, hace más de un cuarto de siglo que se llevaron a cabo. ¿A quién podría interesarles ahora?

—Díganoslo usted —le sugirió Ethan.

—Bueno... A Monty, por supuesto. Y a Jimmy Marguery, quizás. No se me ocurre nadie más que pudiera acordarse de eso después de tanto tiempo. O tal vez alguna de las personas que participaron en los

experimentos, al igual que Raine.

—¿Recuerda algún nombre?

—Personalmente solamente examiné a algunos sujetos. Y de Raine sólo me acordé una vez que mencionaron su nombre.

—¿Y qué hay de la otra gente de la CIA que trabajó en aquellos proyectos? —inquirió Ethan—. ¿Recuerda sus nombres?

Ellington estuvo pensativo durante un buen rato, mirándose las manos.

—Como les dije, ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Alguna idea de dónde podríamos encontrar a James Marguery? —quiso saber Cabot—. Ya no estaba en la CIA cuando ingresé yo.

—Cuando salió el libro, esperé que se pusiera en contacto conmigo. Le hice un retrato muy... halagador. Pero no lo hizo. Y para entonces ya habíamos perdido el contacto.

—En el libro usted escribió que hay una ciudad de Virginia que lleva el nombre de la familia de Marguery.

—En efecto. Era una de las principales familias de la región. Poseían incluso una plantación. Quizá alguien de aquella zona pueda informarles de lo que le pasó a Jimmy.

Cabot tomó una nota en su cuaderno antes de volver a levantar la mirada.

—He detectado una pequeña contradicción en su libro... Quizá exista una explicación muy sencilla para ello.

—¿Qué contradicción?

—Un proyecto de la lista de la CIA que no está recogido en su texto. Su nombre es Cassandra.

Ellington vaciló por unos segundos antes de responder:

—¿Está seguro? No me suena. Quizá nunca llegó a realizarse.

—Yo estoy casi seguro de que sí —repuso Cabot—. Quizá no tenía que ver con la clarividencia.

—¡Pero si todos tenían que ver con eso! —exclamó Ellington—. Al menos aquellos con los que yo estaba familiarizado. Muchos de ellos

los ejecutó la Agencia de Inteligencia de la Defensa. Quizá ellos puedan decirles más al respecto...

—Gracias por su tiempo, doctor Ellington —le dijo Cabot, levantándose—. Nos ha sido de gran ayuda.

—¿Eso es todo lo que necesitan saber? ¿Se dan cuenta de que sólo hemos arañado la superficie de las metodologías empleadas y qué...?

—Esto... —lo interrumpió Griff, señalando el libro—... y la información hecha pública por la Ley de Libertad de Información nos proporcionará las respuestas a cualquier pregunta que tengamos, estoy seguro de ello.

—Por supuesto —dijo Ellington, algo sorprendido de que lo hubieran despachado tan rápidamente. Se levantó para estrecharle la mano a Raine—: Ha sido un placer volver a verla, querida.

—Gracias —repuso ella, pero no se la estrechó.

El inglés, aparentemente nada molesto por aquel rechazo, le hizo una galante reverencia y se dirigió a la salida.

—Quizá sí que haya una cosa en la que pueda ayudarnos, después de todo —pronunció Cabot, deteniéndolo cuando ya tenía una mano en el picaporte—. Una opinión profesional. Como psicólogo. Referente a una situación puramente hipotética.

—Usted dirá —se volvió hacia él.

—¿Qué podría causar que alguien se colocara a sí mismo en una situación peligrosa, una que temiera especialmente?

Ethan no podía creer que Griff le hubiera preguntado eso. No delante de Raine. Pero se mordió la lengua, consciente de que aquella punzada de furia era el resultado del compromiso emocional del que el propio Cabot le había advertido la noche anterior.

—Me temo que tendrá que ser algo más concreto al respecto —dijo Ellington—. Hay tantas variables en juego...

—Si alguien que tuviera pánico a las alturas se colocara en la cornisa de un edificio, por ejemplo... para luego no recordar nada de lo sucedido.

Ellington clavó en él sus ojos oscuros.

—Es un escenario ciertamente interesante. ¿Y dice usted que esa persona no recordaría nada en absoluto?

—Exacto.

—Un episodio psicótico, quizás.

—¿Sería tan amable de explicárnoslo?

—La cornisa de ese edificio debió de parecerle, a la persona en cuestión, mucho menos peligrosa que la amenaza a la que se enfrentaba. Tuvo que haber sido algo mucho más aterrador que su propio pánico a las alturas.

—¿Y aun así no recordaba lo que era?

—Precisamente por eso —se encogió de hombros—. El olvido como forma de escape, de evasión. La mente humana tiende a protegerse de esa manera de las cosas que no puede o no quiere afrontar.

—Como los recuerdos reprimidos —observó Cabot.

—En efecto. Algo tan doloroso o tan terrorífico que la mente lo reprime o lo olvida.

—¿Podría tratarse de un caso de sugestión hipnótica? —quiso saber Ethan—. ¿No podría eso explicar también una situación semejante?

—Quizá. Si eso sucedió durante el transcurso de algún tipo de terapia dirigida a paliar esa fobia a las alturas, entonces sus autores pudieron haber inducido a esa persona a colocarse en esa cornisa. ¿Es eso lo que está sugiriendo?

—Sólo estaba planteando otra hipótesis.

—Una hipótesis interesante, pero mucho menos que la primera, en mi opinión.

—Gracias, señor Ellington —sentenció Griff, despachándolo de nuevo.

—De nada. Llámenme si tienen alguna otra pregunta —y se marchó en medio de un tenso silencio.

—¿De verdad que no te acuerdas de él?

Raine alzó la vista al escuchar la pregunta de Griff. Se había estado mirando las manos, que tenía apoyadas en el regazo. Mantenía la compostura, pero Ethan sabía que había sentido una gran incomodidad durante toda la conversación con Ellington.

—No, al igual que no recuerdo cómo es que terminé en aquella cornisa.

—¿Y Marguery?

Raine negó con la cabeza.

—¿Tu contacto mientras trabajaste en el proyecto era Gardner, a pesar de lo que Ellington nos ha dicho sobre el papel de Marguery?

—En realidad, no recuerdo que Gardner participara directamente en los experimentos. Lo que recuerdo son los mapas y las fotografías. Recuerdo mis intentos por visualizar lo que estaba allí, pero... — sacudió de nuevo la cabeza—. Lo siento. Me temo que el resto está como envuelto en una neblina...

Ethan se dijo que aquello no los estaba llevando a ninguna parte. Si Raine no podía recordar a nadie excepto a Gardner, entonces tendrían que buscarse nuevas fuentes de investigación.

—¿Quieres que revise el lugar de Virginia que ha mencionado Ellington? —le preguntó a Cabot—. ¿O que intente encontrar a Marguery?

—Es una posibilidad, pero me temo que no descubriremos nada relevante. Por lo menos a estas alturas.

—¿Por qué?

—Según Steiner, Jimmy Marguery se suicidó años después de abandonar la CIA. Cualquier información que guardara sobre esos proyectos, aparentemente se la llevó a la tumba.

Capítulo 16

—Si Marguery está muerto, no sé para qué hemos venido hasta aquí.

Habían tenido que detenerse en un pueblo cercano para preguntar por la dirección, pero Raine podía distinguir ya la casa entre los árboles. La carretera de tierra que habían seguido estaba flanqueada de granjas dedicadas a las actividades clásicas del siglo dieciocho: ganadería de caballos y cultivo de sorgo y tabaco.

—Para entrevistar a su viuda —respondió Ethan mientras tomaba el desvío de Myrtlewood, la casa de plantación de los Marguery.

Enormes y añejos robles se levantaban a ambos lados del sendero.

Raine sabía perfectamente a quién iban a ver. Lo que no entendía era por qué Cabot había insistido en la necesidad de aquella entrevista, o por qué se la había encargado a ellos.

Ni Cabot ni Ethan parecían sospechar que la anciana pudiera estar relacionada ni con el proyecto Cassandra ni con La Alianza, así que no necesitaban para nada sus impresiones sobre el terreno. A no ser que le estuvieran escondiendo algo, no comprendía por qué no habían mandado a algún otro agente de Phoenix en su lugar.

—No creo que su marido le contara los proyectos en los que trabajaba. Sobre todo si eran de alto secreto.

—Nada perderemos haciéndole unas cuantas preguntas. Además, ya no nos quedan muchas otras líneas de investigación.

Su nerviosismo había crecido durante todo el viaje, desde que Ethan le dijo a dónde se dirigían, y no tenía explicación alguna para esa sensación. Ya no objetó nada más. En lugar de ello, se concentró en

estudiar la casa a la que se estaban acercando.

No había duda de que en su época debió de ser impresionante, la prueba más obvia de la importancia de la familia Marguery en la región, que además había dado nombre al pueblo más próximo.

Pero el tiempo no había sido clemente con la mansión de estilo neoclásico. Las columnas todavía brillaban a la luz de la tarde, pero las malas hierbas crecían por doquier y la fachada necesitaba urgentemente una nueva mano de pintura.

—¿Sabe la señora Marguery que venimos? —inquirió, contemplando la fresca veranda que recorría todo el perímetro del edificio.

—No se me ocurrió ningún motivo para avisarla —contestó Ethan.
«Más bien para no avisarla», pensó Raine.

Quienquiera que estuviese detrás de aquello les había llevado la delantera desde el principio.

—¿Sabes cómo se llama?

Ethan se sacó una nota de papel del bolsillo interior de la chaqueta y se la tendió sin mirarla. Era su letra: limpia, meticulosa y bastante legible.

—Sabina Marguery.

El nombre le sonaba a Raine vagamente familiar. Por supuesto, si Marguery había jugado un papel central en los proyectos de clarividencia, era probable que hubiese llegado a conocer a su esposa. Conservaba tan pocos recuerdos de aquellos días que no podía estar segura.

Mientras Ethan detenía el coche delante de la decadente mansión, la ansiedad que Raine había experimentado desde el principio del viaje se convirtió en verdadero terror.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, preocupado.

Sacudió la cabeza. Después del brutal careo de aquella mañana con Ellington, una especie de fantasma de su propio pasado, le costaba admitir lo que sentía. Que Ethan se encargara de hacer las preguntas.

Todo lo que tendría que hacer sería entrar en aquella casa... y escuchar.

La mujer alta y huesuda que les abrió la puerta debía de andar por los cuarenta y muchos años. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en un moño apretado. No era especialmente agraciada e iba sin maquillar. Sus ojos castaños tenían una mirada tan hosca como lo había sido su respuesta a la pregunta de Ethan.

—Yo soy la señora Marguery. ¿Qué quieren?

—¿Sabina Marguery?

Evidentemente Ethan había esperado a alguien mucho mayor, al igual que Raine.

—Sabina es mi tía. Y no recibe visitas.

Mientras la mujer se disponía a cerrar la puerta, Ethan desplegó la misma táctica que había utilizado la noche que fue a buscar a Raine a su casa de la playa.

—¿Podría pedirle que hiciera una excepción? Tengo algunas noticias que darle de un viejo amigo suyo.

—¿Quién?

—Montgomery Gardner.

—Si ha muerto, no querrá enterarse. Dice que ella ha sobrevivido a todos los demás.

—Al señor Gardner no, al menos por el momento. ¿Podría decírselo, por favor?

Pese a la actitud de la mujer, Ethan seguía utilizando un tono amable y relajado. Como si no tuviera ninguna duda de que al final les dejaría entrar.

Y estaba en lo cierto. Al cabo de un instante de vacilación, la mujer abrió la puerta y se hizo a un lado. Luego los condujo por un pasillo oscuro y sorprendentemente fresco. Los ojos de Raine tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra, pero tan pronto como lo hicieron resultó obvio que el interior de la casa estaba aún más

descuidado que el exterior. El mobiliario estaba casi negro por la edad. Las alfombras orientales que cubrían el suelo parecían tan sucias y gastadas que el dibujo apenas se veía.

—¿Cuál es su nombre? —les preguntó la señora Marguery mientras los guiaba hacia la parte posterior de la casa.

—Raine McAllister y Ethan Snow.

Esa vez la mujer clavó en Raine su oscura mirada.

—Me refiero al nombre de ese amigo suyo del que quieren hablarle. Querrá saber por qué les he dejado entrar.

—Montgomery Gardner.

Pasaron por delante de una estrecha escalera que llevaba al primer piso. Si Sabina Marguery estaba inválida, al parecer había situado un dormitorio o el salón en el piso bajo: una medida eficaz, a no ser que contaran con asistencia. Lo que no parecía muy probable a juzgar por el estado general de la casa.

—Ha venido alguien a verte, Sabina —dijo la sobrina, deteniéndose en la puerta de una habitación.

Raine escuchó el murmullo de otra voz, pero no alcanzó a distinguir las palabras.

—Dicen que tienen noticias de un amigo tuyo.

Ethan parecía perfectamente relajado, pero Raine contuvo el aliento mientras esperaba la decisión de Sabina Marguery. Teniendo en cuenta las malas vibraciones que le estaba generando aquella visita, no estaba muy segura de querer saber mucho más sobre James Marguery de lo que ya sabía.

—Entren —la mujer les franqueó nuevamente el paso—. Les traeré una bandeja con el té.

Y dicho eso se alejó por el pasillo hasta desaparecer por la puerta del fondo. Irguiendo los hombros, Raine entró la primera en la habitación. Lo primero que percibió fue el olor a humo de cigarrillo, que parecía invadirlo todo en una neblina azul. La mujer a la que habían ido a ver estaba sentada en un butacón, frente a las ventanas.

Tenía los ojos negros e increíblemente vivaces. Su rostro no revelaba demasiadas arrugas, a pesar de su edad. Resultaba obvio que había sido una verdadera belleza. Mantenía la cabeza bien alta en un gesto casi arrogante. Se había recogido el cabello, de un blanco immaculado, en una larga trenza que descansaba sobre su hombro izquierdo. Llevaba un suéter de cuello alto negro y pantalones del mismo color.

Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo: sus dedos hinchados y deformados por la artritis explicaban de manera elocuente por qué había sido su sobrina quien había abierto la puerta.

— ¿En qué puedo ayudarlos?

Su inglés tenía un ligero acento que Raine no consiguió identificar, aunque estaba segura de haberlo escuchado antes. Quizá no con aquel mismo timbre de voz, pero sí con la misma entonación. La misma familiar pronunciación levemente incorrecta de las consonantes, el alargamiento de las vocales...

— Me llamo Ethan Snow. Creo que tenemos un amigo común, Montgomery Gardner.

Algo cambió de repente en su rostro. O quizá en sus ojos oscuros. Lo que fuera, sin embargo, quedó instantáneamente disimulado. Una mirada a sus manos deformes y, cuando volvió a alzar la vista, su expresión era tan hermética como al principio. Sus finos labios se curvaron en una sonrisa.

— ¿Conoce usted a Monty? ¿Cómo está?

«Muriéndose por culpa del asunto en que lo metió su marido». Raine ignoraba de dónde había surgido aquel pensamiento, pero su sensación de injusticia e indignación era tan intensa que a punto estuvo de pronunciar las palabras en voz alta. Sólo cuando vio que ninguno de los dos la estaba mirando, se dio cuenta de que las había pronunciado mentalmente.

— Me temo que tengo malas noticias.

— Por favor, no me diga que ha muerto. Todos mis conocidos han

fallecido. Es la maldición de la vejez...

—No está muerto, pero fue atacado en su propia casa, hace varias noches. Está muy grave.

—Es terrible... —exclamó con un tono mezclado de horror y compasión—. Y la policía, por supuesto, no habrá encontrado al responsable...

No les había ofrecido asiento, así que seguían de pie, incómodos, como un par de súbditos hablando con un monarca sentado en su trono. Eso colocaba a la mujer en una posición de autoridad, algo que parecía dispuesta a mantener. Pero Raine tenía otros planes: sin esperar su permiso, se volvió para sentarse en el viejo sofá, frente a la butaca de su anfitriona.

—No, no lo han encontrado —respondió Ethan—. Por eso nosotros estamos intentando ayudarlos.

—¿Nosotros?

—Trabajo para una agencia de investigación privada llamada Phoenix. La familia del señor Gardner nos pidió que averiguásemos quién podía haberle deseado algún mal. Y estamos siguiendo una de las pistas que hemos encontrado.

—¿Y es por eso por lo que han acudido a mí? ¿Porque ustedes creen que yo puedo tener alguna información que les sirva para descubrir quién le atacó? Si ése es el caso, me temo que han hecho el viaje en balde. No he visto a Monty ni he sabido nada de él en veinticinco años por lo menos...

—Creemos que la agresión tuvo algo que ver con el Proyecto Cassandra.

Un extraño brillo asomó a sus ojos oscuros, pero al igual que había ocurrido antes, lo disimuló rápidamente.

—¿Cassandra?

—En los relatos homéricos, Cassandra fue maldecida con el don de la profecía —explicó Raine.

Por primera vez desde que empezó la entrevista, Sabina la miró

directamente.

—La maldición de Cassandra consistía en que nadie la creía. Lo cual es bastante distinto, al menos en mi opinión.

—Esta Cassandra no tiene mucho que ver con aquélla —terció Ethan—. Era un proyecto de la CIA que, según nuestras informaciones, fue diseñado por su marido.

—Jimmy diseñaba tantos proyectos... —la mujer esbozó una mueca desdeñosa—. Era un genio. Es imposible que pueda recordar cada idea brillante que se le ocurría...

Dado que obviamente había reconocido el nombre, Ethan se dedicó a desgranar los escasos datos que conocían sobre Cassandra.

—Era más que una simple idea. Era un proyecto de investigación a gran escala, algo que ocupó gran parte de su tiempo y esfuerzo.

—Jimmy era así. Se entregaba en cuerpo y alma a su trabajo. En detrimento personal suyo, claro está.

—Su trabajo estaba relacionado con la investigación psíquica —continuó Ethan—. Y, en aquel tiempo, generó una gran polémica. Por fuerza tuvo que haberle hablado de...

—Mi marido nunca hablaba conmigo de lo que hacía en su trabajo. Dada la naturaleza de sus actividades, estoy seguro de que lo comprenderá perfectamente.

—¿Debido a problemas de seguridad nacional? Sin embargo, dudo que desconfiara de usted, su propia esposa... —repuso Ethan con tono escéptico.

—Había gente en la Agencia que no aprobaba nuestro matrimonio. Debido a que algunos de ellos ostentaban cargos superiores, Jimmy tuvo siempre mucho cuidado de no darles motivos para que lo despidieran.

—¿No lo aprobaban porque usted no era estadounidense? —quiso saber Raine.

—Hace muchos años que conseguí la ciudadanía. Pero nací en un país de Europa Oriental que cayó bajo la dominación soviética. En

aquel entonces, y dado que mi marido trabajaba para la CIA, cualquier conexión con los rusos estaba bajo sospecha.

—Así que él no le contó nada sobre Cassandra. O sobre cualquier otro proyecto en el que trabajó.

—Ya se lo he dicho.

Al igual que su acento, su sintaxis era levemente extraña. Y a Raine también le sonaba levemente familiar. Sólo que no podía recordar cuándo o dónde la había oído antes.

—¿Qué nos puede decir del interés de su marido por la parapsicología? —inquirió Ethan—. ¿Habló alguna vez de eso con usted, aunque sólo fuera en términos generales?

—Mi marido estaba interesado en muchas cosas. Durante los años que pasamos juntos hablamos de todo, a excepción, como acabo de decirle, de cualquier cosa que estuviera relacionada con su trabajo. Y ahora, si me disculpan...

—¿Por qué ha consentido en vernos? —quiso saber Raine.

La mujer movió ligeramente los labios, esbozando casi una sonrisa.

—No recibo muchas visitas. Nadie quiere hablar con una vieja como yo. Pensé que podría resultar entretenido.

El comentario insinuaba que la visita no lo había sido, pero el brillo de diversión de su mirada lo desmentía. Se había entretenido, desde luego. Y, acerca de lo que le habían preguntado, sabía mucho más de lo que les había dicho.

—A usted no le caía bien, ¿verdad? —le preguntó Raine.

—¿Gardner? —no vaciló a la hora de identificarlo—. Apenas lo conocía. Quienquiera que les haya dicho que era amigo mío, se equivocaba.

—¿Ni siquiera era amigo de su marido?

—Era el superior de mi marido. En esas condiciones es difícil forjar una amistad.

—¿Los convirtió acaso en enemigos?

—No que yo sepa, pero va les he dicho que mi marido nunca

hablaba de su trabajo conmigo.

— ¿No le explicó siquiera por qué abandonó la Agencia? —inquirió Ethan.

— Había terminado su trabajo allí.

— Así que al menos le dijo eso. Pero no en qué consistía su trabajo.

— Té con hielo. ¿Quién quiere una taza?

La pregunta, formulada con un falso tono alegre, relajó un tanto la tensión que se había acumulado en el ambiente. La sobrina de Sabina Marguery entró con una enorme bandeja de té y cuatro vasos. Los cubitos de hielo tintinearón cuando se inclinó para colocarla frente al sofá donde Ethan y Raine estaban sentados.

Los vasos tenían hojas de menta y estaban colocados cuidadosamente sobre unas servilletas de lino. En el centro de la bandeja había un plato de porcelana con galletas caseras. Después de servir a los invitados, la mujer dejó cuidadosamente el tercer vaso sobre la mesa, delante de la anciana.

Sus deformes manos nunca abandonaron la posición sobre el regazo, pero alzó rápidamente la mirada buscando la de su sobrina. Lo que se dijeron con los ojos la hizo apretar los labios, como si estuviera disgustada por algo.

Raine se preguntó si Ethan se habría dado cuenta.

Tal vez no la había estado mirando con tanta atención como ella, disimulando mientras se llevaba el vaso a los labios. La bebida resultó sorprendentemente refrescante, ni demasiado dulce ni demasiado fuerte. Nadie tomó una galleta del plato que les ofreció la sobrina. Ni siquiera la anfitriona, que lo rechazó con un movimiento de cabeza.

La mujer volvió a dejar el plato sobre la bandeja y recogió el último vaso de té. Raine esperó que fuera a sentarse para hacerles compañía, pero Sabina Marguery la despachó tras una corta pausa:

— Muchas gracias, Elga.

— No les dejes que te fatiguen demasiado. Ya sabes cómo te pones cuando estás cansada.

Sabina le contestó con una frase brusca, en un idioma extranjero. Debió de lograr el efecto deseado, porque la sobrina dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Avísenme cuando vayan a marcharse —y desapareció.

Se hizo otro tenso silencio. Ethan dejó su vaso sin probar sobre la mesa.

—¿Tiene alguna idea de por qué alguien pueda temer que la información sobre el Proyecto Cassandra salga a la luz?

—Lo siento por Monty Gardner, pero de verdad que no puedo ayudarlos. No sé nada acerca de esos proyectos de la CIA.

—Entonces tal vez haya oído hablar de una organización llamada La Alianza.

No hubo reacción alguna a la pregunta de Ethan, ni siquiera aquel extraño brillo que había traicionado antes su mirada.

—¿Debería?

—¿A través de su marido, quizás? ¿O de alguno de sus socios?

—El nombre no me resulta familiar. Ha pasado demasiado tiempo desde entonces, y mi memoria ya no es lo que era. Ahora, si ya han terminado su té, les rogaría que se marcharan. Debo vigilar mi salud. Otra de las inconveniencias de la edad.

Raine dejó automáticamente su vaso y su servilleta en la bandeja. Pero cuando se volvió hacia Ethan, descubrió que no parecía nada dispuesto a marcharse.

—¿Se acuerda de Charles Ellington?

—Es un bufón. Confío en que no le hayan hecho caso.

—No hemos tenido más remedio. Hasta el momento ha sido nuestra única fuente de información.

—Deben de creerse muy inteligentes. ¿Por qué debería hacerles caso yo a ustedes cuando son lo bastante estúpidos como para prestar atención a un imbécil semejante?

—Porque de lo que estamos hablando es, ni más ni menos, que del legado de su marido. El último logro importante que hizo en su vida.

Imaginaba que a usted le gustaría protegerlo.

— ¿Así? —replicó con los ojos brillantes.

—Carl Steiner —pronunció en aquel instante Raine.

Como lo que antes había explicado sobre Cassandra, el nombre había aflorado a sus labios casi sin que se diera cuenta.

— ¿No se acuerda usted? —la anciana clavó en ella una vez más su mirada oscura.

— ¿De qué?

—Pregúnteselo a Monty Gardner —esbozó una enigmática sonrisa—. El podrá contarle con detalle todo lo que ustedes desean saber.

—Lo siento, creí que lo había entendido. El señor Gardner se encuentra en coma —explicó Ethan—. No puede decirnos nada. Pensamos que ése fue precisamente el motivo de la agresión.

—Lo cual da una idea de lo peligroso que puede resultar hablar con ustedes. Y yo no quiero ponerme en una situación semejante. No por esa gente...

Y a continuación, alzando la voz, llamó a su sobrina, que debía de estar esperando en el pasillo. ¿Escuchando tal vez al otro lado de la puerta?

—Nuestros invitados se marchan, Elga. ¿Quieres acompañarlos hasta la puerta, por favor? Toda esta conversación me ha dejado terriblemente cansada.

El brillo de diversión que asomaba a sus ojos era casi perverso. La ironía debía de constituir su especialidad.

—Si me acompañan, por favor...

—Su marido... —lo intentó de nuevo Raine, reacia a darse por vencida

—Mi marido murió hace casi un cuarto de siglo —la interrumpió Sabina—. Es mucho tiempo para andar persiguiendo fantasmas, ¿no les parece?

—Supongo que eso dependerá de las razones que se tengan para perseguirlos.

—Sólo hay una razón para ello: que uno esté obsesionado — mientras pronunciaba esa última palabra, se volvió hacia Ethan—. No puedo ayudarlo, señor Snow. El proyecto Cassandra, si alguna vez existió, está muerto y enterrado. Hace mucho, mucho tiempo. En mi opinión, más que fantasmas están ustedes persiguiendo sombras. O luchando contra molinos de viento, quizá. En este país, las agresiones contra gente mayor se suceden a diario. ¿Qué les hace pensar que el ataque contra Monty Gardner no ha sido simplemente un episodio más de delincuencia urbana?

—El hecho de que todo lo que ha ocurrido hasta el momento nos lleva al Proyecto Cassandra —respondió Ethan—. Tiene que existir alguna conexión.

—Y están decididos a encontrarla. Tanta dedicación en una pareja tan joven... ¿O es que tienen una deuda de gratitud para con Gardner?

—No es un asunto de gratitud.

—De su parte no, al menos —replicó la anciana, para volverse hacia Raine con un gesto de desafío—. ¿Y de la suya?

—El señor Gardner siempre fue muy bueno conmigo.

—El señor Gardner la utilizó. La separó de su familia porque pensó que podría suministrarle la información que necesitaba. Y cuando ya no estuvo en condiciones de hacerlo, no perdió el tiempo en deshacerse de usted, ¿verdad? Entonces... ¿a santo de qué debería estarle agradecida?

De repente Raine sintió el irresistible impulso de espetarle la frase, al igual que le había ocurrido en el hospital, con la nieta de Gardner «Porque él es mi padre». Pero la burla que leyó en sus ojos la disuadió de hacerlo.

—El trato que la señorita McAllister recibió del señor Gardner no tiene nada que ver con todo esto —atajó Ethan—. Alguien ha intentado matarlo, y creemos que ese atentado está de alguna manera relacionado con Cassandra.

—Pues entonces es verdaderamente trágico que mi marido ya no

esté aquí para ayudarlos. Si ese proyecto estaba bajo responsabilidad suya, como ustedes piensan, me temo que él era el único que podía conocer esa presunta relación...

Capítulo 17

—Acabo de descubrir a quién me recuerda esa mujer —dijo Ethan mientras se volvía hacia Raine, antes de arrancar el todoterreno.

Sabía que estaba preocupado por lo callada que había estado desde que salieron de la casa. Pero lo cierto era que tenía demasiadas cosas en qué pensar. Cosas mencionadas en la conversación que estaba segura eran importantes, aunque no sabía muy bien por qué.

Y también había cosas que le habían resultado extrañamente familiares. Por desgracia, cuando intentaba recordar algo, aquellos vagos recuerdos se esfumaban.

—¿A quién?

—A Natasha.

Por su expresión resultaba obvio que a Raine el nombre no le sonaba de nada.

—Boris y Natasha. Rocky y Bullwinkle. ¿De niña no veías los dibujos animados?

—De niña trabajaba para la CIA.

Se hizo un tenso silencio.

—Mira, quizá...

—Lo siento —se apresuró a disculparse—. No ha sido culpa tuya. No es culpa de nadie. Es simplemente algo que sucedió y ya está. No sé por qué he dicho eso.

Le había parecido una deslealtad hacia su padre. Como si lo estuviera culpando de haberla dejado participar en aquellos experimentos. Al fin y al cabo, lo había hecho por patriotismo...

—Esa mujer nos ha mentado de principio a fin —comentó Ethan.

—Lo sé. Sabe perfectamente todo lo que ha pasado. Y quería dejármelo perfectamente claro a mí.

—¿Reconociste el idioma que hablaba con su sobrina?

Raine negó con la cabeza. No le dijo que le había resultado familiar, casi tanto como para poder entender las palabras. Pero al igual que le sucedía con aquellos vagos recuerdos, se le escapaban cada vez que intentaba hacer memoria.

—Yo tampoco, pero sí sé que no era ruso. La Agencia contaba con una buena escuela de idiomas. Y tampoco se trataba de cualquier otra lengua eslava de la región. No, es una lengua que jamás antes había oído.

Pero Raine sabía que ella sí la había oído. Al igual que los extraños giros que habían salpicado el inglés de Sabina Marguery. El problema era que seguía sin recordar dónde.

Ethan había maniobrado el todoterreno para salir por el sendero, aunque no parecía nada deseoso de hacerlo. No tenía ninguna prisa.

—Alguien que sabía mucho sobre los entresijos de la vida política en Washington nos comentó que La Alianza era una especie de reedición, o continuación, de una sociedad mucho más antigua. Una que databa, ni más ni menos, de la fundación de este país.

—No entiendo... ¿qué tiene eso que ver con lo que nos ha dicho ella?

—Si la información que Ellington nos facilitó sobre la familia Marguery es realmente cierta, quizá exista algún vínculo.

El psicólogo les había dicho que la familia Marguery había sido una de las fundadoras del estado de Virginia. Y la mansión, pese a su actual decaimiento, daba idea de la riqueza y poder que debían de haber ostentado en aquel entonces.

—¿Un vínculo con esa otra sociedad? ¿Cuál podría ser? ¿Los masones? ¿Los illuminati? ¿La orden del Temple? —Raine se echó a reír. La última sugerencia resultaba singularmente absurda. Pero cuando lo miró, se dio cuenta de que no había despegado los labios—.

No puede ser. Creo recordar que a los últimos templarios los quemaron en la hoguera por herejía...

—Y por traición a la corona —murmuró Ethan.

«Traición», pensó Raine. Después de todo, se trataba precisamente de eso. Gente encubrada que traicionaba a su propio país por ambición. Ethan se había vuelto para mirarla. La luz del atardecer daba a sus ojos grises un brillo de plata. La noche anterior le había dicho que, mientras durara la investigación, el hecho de que siguieran siendo amantes podría significar un estorbo. Una distracción.

Y, ciertamente, para ella lo estaba siendo. Todo en él: el dibujo de su boca, su cuerpo perfecto... Se excitó solamente de recordar lo que habían compartido en la cama. Pero ese día también había experimentado algo muy diferente. Se había sentido apreciada, valorada. Habían trabajado juntos. Una especie de complemento emocional que encajaba a la perfección en la intimidad física que habían compartido. Una intimidad tan intensa que a veces tenía la sensación de que era él quien podía leerle el pensamiento a ella...

—Los orígenes de La Alianza no son importantes —sentenció Ethan—. Lo importante es averiguar por qué parecen tener tanto miedo de lo que podemos descubrir sobre Cassandra.

—¿Sabes? Ella tenía razón. La maldición de Cassandra no consistía en su clarividencia, sino en el hecho de que nadie la creyera. Sabía lo que iba a suceder, pero nadie le hacía caso. Y al final tuvo que ver morir a todos.

Algo en su tono hizo que Ethan se volviera rápidamente para mirarla, extrañado.

—¿A quiénes?

—A todos sus seres queridos —susurró, estremecida.

—Raine...

—Necesito verlo, Ethan. Necesito verlo esta misma tarde. Sobre todo después de haber escuchado a esa mujer.

Sabía que se refería a su padre. Arrancó y abandonaron finalmente

Myrtlewood. Mientras ganaban velocidad, Raine se abrochó el cinturón y lanzó una mirada a su perfil. Detrás de él, por la ventanilla del conductor, descubrió una pequeña arboleda a unos cincuenta metros a la izquierda del camino. La sensación de familiaridad que había experimentado en la mansión persistía, tenaz.

Por lo que podía recordar, jamás antes había estado allí. Y pese a ello sabía que si paseaba bajo las ramas de aquellos añejos robles, encontraría algo que había visto antes. Algo importante no sólo para comprender quién era ella, sino lo que estaba pasando.

—Aquellos árboles... —empezó, hasta que se dio cuenta de que no sabía qué más decirle.

Ethan se volvió hacia ella y siguió la dirección de su mirada.

—¿Aquellos robles de allí? ¿Has visto algo?

No. Al menos en el sentido en que él se refería. Nada real, ni tangible. Lo que había sentido era un impulso tan fuerte, y posiblemente tan peligroso, como el que había seguido la noche de la gala patrocinada por La Alianza. La noche en que había terminado encaramada a aquella cornisa.

—Para el coche.

—¿Qué pasa?

—Que pares el coche, por favor.

Se volvió para contemplar la arboleda que acababan de rebasar. Ethan frenó y dio marcha atrás.

—¿Qué es lo que había allí? —inquirió.

Volvió a frenar cuando llegó a la altura de los árboles y aparcó en el arcén.

Sin responderle, y tras una ligera vacilación, Raine bajó del todoterreno. Por un instante se quedó inmóvil, envuelta en el silencio de la tarde. Extrañamente, no se oía sonido alguno de pájaros o de insectos. El silencio que la rodeaba era absoluto, inquietante.

Ethan también había bajado del vehículo para reunirse con ella. Pero Raine parecía ajena a todo lo que no fuera la sensación que había

vuelto a acosarla.

— ¿Qué sucede?

— No lo sé. Algo...

Incapaz de expresar nada de lo que estaba sintiendo, comenzó a caminar hacia la arboleda. Era de algún modo consciente de que Ethan la seguía, pero la sensación era idéntica a la de andar por un túnel. Su único objetivo era alcanzar la zona de umbría que se extendía bajo aquellos robles.

— ¿Raine?

Ni siquiera pensó en contestar mientras caminaba como una sonámbula. Ya no volvió a llamarla. Mientras se acercaba al linde de la arboleda, el silencio sobrenatural que había percibido antes pareció profundizarse. Pese al calor que había hecho durante todo el día, la temperatura había descendido varios grados en cuestión de minutos.

Eso podría explicarse por lo tardío de la hora o por la densidad de la sombra, pero en el fondo sabía que nada tenía que ver. Lo que sintió al entrar en la arboleda fue un fantasmal escalofrío que la dejó calada hasta los huesos.

La bóveda formada por los árboles era muy alta, tapando completamente la luz del sol. No había nada que dificultara su avance entre los troncos: ni maleza, ni helechos. Sólo la fresca tierra negra del bosque antiguo. El olor que despedía era denso, casi fétido, evocador de un mundo primigenio, no tocado por la contaminación humana.

Sabía instintivamente que se estaba acercando al centro de la arboleda. Y sabía, al igual que lo había sabido desde el principio, lo que encontraría allí.

Subió una pequeña pendiente y el estanque de sus visiones apareció ante ella. La visión de su estudio, la noche que llegó Ethan, y la del hospital, en el preciso instante en que besó la frente de su padre. La luz del crepúsculo acariciaba en ángulo la superficie del agua, tiñéndola de rojo. Le flaquearon las piernas, como si su cuerpo se negara a realizar aquel acercamiento final.

Ethan la alcanzó, agarrándola de un brazo. El contacto de su mano resultó reconfortante ante la inminente perspectiva de enfrentarse con algo que, desde el principio, había percibido como intrínsecamente maligno, diabólico.

— ¿Qué pasa? — volvió a preguntarle.

Sacudió la cabeza, insegura del significado de aquel estanque. A pesar de su rojiza superficie, parecía absolutamente sereno, pacífico, inofensivo. La mano de Ethan la animó a continuar andando. Luchando contra el impulso de dar media vuelta y echar a correr, Raine obedeció.

Mientras se acercaban al borde del agua oscura, un extraño fragor asaltó sus oídos. Y volvió a sentir la misma desorientación y el mismo aturdimiento que había experimentado en el salón de Myrtlewood.

— Tú ya has estado aquí antes — le dijo Ethan.

— Hace mucho tiempo.

A la vez que pronunciaba las palabras, supo que eran verdad. De niña. De niña había estado de pie detrás de uno de aquellos árboles, mirando el estanque, y luego...

No podía recordar. Algo había sucedido para que aquella imagen se le hubiera quedado grabada a fuego.

— ¿Raine?

— Algo sucedió aquí. Algo... inefable, imposible de expresar. Algo que, supuestamente, yo no tenía que haber visto.

Nuevamente las palabras habían surgido solas, adelantándose a su conciencia. Allí había sucedido algo de lo que no habría tenido que haber testigos. Y ella lo había visto.

— ¿No puedes recordarlo?

Lo intentó con todas sus fuerzas, forcejeando con los mecanismos de represión de su memoria. ¿Recuerdos deliberadamente reprimidos? ¿Por qué? ¿Porque eran demasiado dolorosos de soportar? Al parecer, así era. Sacudió otra vez la cabeza, desviando la vista del agua púrpura para mirar a Ethan.

—Antes se suponía que no tenía que haberlo visto. Y ahora que no tenía que haberlo recordado.

—Pero recuerdas algo.

—Lo vi. El estanque bajo el sol del crepúsculo. La noche que viniste a mi casa. Y también cuando estuve visitando a mi padre en el hospital. Volví a verlo, y comprendí que era muy importante, pero no sé por qué.

—Evidentemente se trata de algo relacionado con Marguery y Cassandra.

Ése era el hilo que lo atravesaba todo. Pese a los años transcurridos, lo ocurrido con el proyecto Cassandra seguía siendo lo bastante poderoso como para atormentarla. Se estremeció una vez más. Sólo sabía que algo había sucedido allí. Lo había visto, y luego lo había enterrado en su memoria inconsciente, lo había reprimido. Tal y como había sugerido Ellington.

—No lo sé. No lo recuerdo. No quiero recordar. Ni siquiera ahora.

—Entonces salgamos de aquí.

Se dijo que no había razón alguna para no hacerlo. No estaba más cerca de encontrar una respuesta que la noche en que tuvo aquella primera visión en su estudio.

La tomó del brazo, guiándola de vuelta hacia el todoterreno. Tan pronto como el estanque desapareció de su vista, se dio cuenta de que recordaba algo más.

Caminó hacia adelante, alejándose del coche y tirando de Ethan.

—¿Qué pasa ahora?

No recibió ninguna respuesta, pero la siguió hasta que encontraron un antiguo sendero. Al final, en lo alto de una ladera, se recortaba la oscura silueta de un pequeño cementerio cercado por una verja de hierro. Una M adornada con arcaicas volutas podía distinguirse en la verja oxidada.

Se abrió con un chirrido. Raine vaciló, pero la mano de Ethan en su brazo le infundió la seguridad suficiente para cruzar el umbral y

entrar en el camposanto. Las lápidas toscamente labradas estaban cubiertas de líquen, con lo que las inscripciones resultaban difíciles de leer. Algunas de las fechas resultaban visibles, a pesar de la luz cada vez más escasa. Las más antiguas procedían del siglo dieciocho. Eran los nombres de los miembros más antiguos de la familia Marguery, cuyo apellido se repetía durante generaciones.

Cuando entró, Raine no había sido consciente de lo que la había empujado a ese lugar. Pero mientras vagaba entre las lápidas, cada vez más agitada, sus ojos buscaban el único nombre que había echado en falta.

—¿Raine? ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que andas buscando? —le preguntó Ethan, preocupado.

«No qué, sino quién». Eso era lo que había estado buscando cuando se bajó del coche. Eso era lo que la había arrastrado hasta allí. El estanque y eso.

—A Marguery.

Siguió una larga pausa antes de que Ethan constatará lo obvio:

—Todos son Marguery.

Todos los Marguery. Excepto el único que debería estar allí.

—El no está aquí —declaró Raine.

El marido de la mujer que seguía viviendo en Myrtlewood. El hombre que, según Sabina y Charles Ellington, había muerto veinticinco años atrás. El heredero del apellido de la plantación... no estaba enterrado en aquel cementerio.

Capítulo 18

—No sé lo que puede significar —dijo Ethan por el móvil—, pero pensé que debías saberlo.

Sentado al volante de su todoterreno, escuchó la respuesta de Cabot. Mientras lo hacía, su mirada se encontró con la de Raine. Evidentemente seguía preocupado por ella.

—Griff quiere saber por qué crees que esto es tan importante.

—Porque él debería estar allí. Es un Marguery. O fue enterrado en alguna otra parte, contra la tradición familiar, o... no está muerto.

No quería hablar de aquello. Ni siquiera quería pensar en la posibilidad de que Marguery estuviera vivo. Y por encima de todo, no quería seguir en la finca de Myrtlewood ni un segundo más.

Ethan transmitió su respuesta a Cabot y añadió:

—La viuda Marguery sabe mucho más de lo que nos ha contado. ¿Podrías informarte sobre la relación que mantenía con su marido? Y sobre sus antecedentes. Dice que nació en un país de Europa Oriental. No pude identificar el idioma en que hablaba con su sobrina, pero estoy seguro de que no era ruso, ni eslavo. Ah, y a la sobrina también habría que investigarla. Elga Marguery, cuarenta y tantos años, quizá cincuenta y pocos. Parece haber asumido el papel de cuidadora de la anciana.

Esa vez se hizo un silencio mucho más largo, hasta que al fin se despidió. Cortó la comunicación y dejó el aparato sobre la guantera.

—Quizá deberíamos volver a la casa y preguntar a Sabina. Puede que exista una explicación muy sencilla para el hecho de que Marguery no esté enterrado allí.

—No.

—¿Por qué no?

Era una pregunta legítima, para la que Raine tenía varias respuestas. Ninguna de las cuales, por cierto, pensaba compartir con él. «Porque me da miedo la oscuridad. Porque esa anciana me da escalofríos. Porque necesito desesperadamente salir de este lugar».

—No se mostrará mucho más comunicativa que antes, de eso estoy segura.

—No sería muy inteligente que nos mintiera sobre el lugar donde fue enterrado su marido. Lo comprobaríamos, y ella lo sabe.

Ese no era el problema, al menos por lo que se refería a Raine. El problema era su absoluta convicción de que si James Marguery hubiera muerto realmente, habría sido enterrado en el cementerio familiar junto a sus antepasados. Y el hecho de que no estuviera allí...

—Nos mentiría. Nada de lo que nos ha dicho hasta ahora es verdad. ¿Qué sentido tendría darle una nueva oportunidad?

Ethan pareció sorprenderse de su vehemencia. Pero Raine no podía explicarle la hostilidad que sentía hacia aquella anciana. La sentía y punto. Al igual que no podía explicarse el hecho de que hubiera reconocido el idioma que había hablado con su sobrina.

De repente un coche negro apareció en el camino desierto y enfiló hacia la mansión. Ethan y Raine lo vieron acercarse como hipnotizados. Era un último modelo, nuevo, que parecía contrastar en aquel entorno rural.

Pese a sus recientes fracasos como clarividente, Raine supo, sin ningún género de dudas, que aquel coche significaba una amenaza. Después de haber frenado para tomar la curva, el vehículo estaba ganando nuevamente velocidad, levantando una nube de polvo.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué?

El conductor del coche empezó a bajar el cristal tintado de la ventanilla.

—El coche. Hay alguien...

No terminó la frase, porque Ethan la obligó a agacharse. La protegió con su cuerpo, aplastándola contra el asiento. Su automático grito de sorpresa quedó ahogado por la lluvia de balas que acribilló el todoterreno, haciendo saltar los cristales.

—Quédate agachada —le ordenó, girando la llave que ya había insertado en el encendido.

El motor empezó a rugir. Ethan pisó a fondo el acelerador, saliendo del arcén y volviendo al camino. Los neumáticos chirriaron con estrépito, derrapando en la gravilla. Mientras Ethan se esforzaba por controlar la dirección, Raine alzó la cabeza lo suficiente para asomarse por el parabrisas trasero. El coche negro acababa de dar bruscamente la vuelta para dirigirse nuevamente hacia ellos.

Los cristales tintados le impedían distinguir al conductor. Ethan se dirigía a toda velocidad hacia la carretera de asfalto que se divisaba a lo lejos, al final del camino de tierra. Cuando Raine volvió a echar un vistazo a su espalda, vio que al menos su perseguidor no estaba acortando la distancia.

Ethan apenas frenó cuando tomó la siguiente curva, de manera que entró en la carretera sobre dos ruedas. El coche negro no tardó en aparecer de la misma manera.

—Abróchate el cinturón de seguridad —le ordenó sin mirarla.

—¿Vas a intentar dejarlo atrás?

—Es nuestra única oportunidad, a no ser que tengas algo parecido a lo que acaban de usar contra nosotros. Un rifle de asalto, quizá.

—¿Podrás hacerlo? —miró por el espejo retrovisor, estremecida

—Eso lo vamos a ver ahora.

Ethan tuvo que recurrir a toda su capacidad de concentración para conducir a semejante velocidad por aquella carretera, llena de curvas cerradas. Sólo en las rectas se atrevían a mirar atrás. Aunque el coche negro no les ganaba terreno, tampoco se quedaba atrás. Y su conductor no parecía dispuesto a renunciar.

—Toma.

Le tendió el teléfono y Raine se apresuró a tomarlo.

—¿A quién llamo? ¿A Cabot?

—No hay tiempo. Marca el número de emergencias. A ver si la policía lo puede interceptar.

Teniendo en cuenta el estado en que había quedado el coche, no tendrían problema alguno en convencer a la policía de la magnitud de la amenaza. Mientras marcaba el número, Ethan le informó de su localización aproximada. Raine se la transmitió al agente que la atendió, y poco después cortaba la comunicación. Extrañamente, no se había mostrado nada sorprendido por la noticia. Quizá la proporción de delitos en Virginia fuera más alta de lo que había imaginado...

Incapaz de resistirse, volvió a echar un vistazo a su espalda. El coche negro se estaba acercando. Debido a la mayor envergadura de su vehículo, Ethan tenía que tomar las curvas con mayor precaución y a menor velocidad.

—Agárrate.

Pese a la advertencia de Ethan, se vio lanzada contra la puerta mientras tomaba otra curva cerrada. Cuando enfilaron por la siguiente recta, a lo lejos empezó a oírse una sirena.

—Eso es rapidez.

Raine se volvió para mirar el coche, que justo en ese momento estaba saliendo de la curva. O no había oído la sirena de la policía o le resultaba absolutamente indiferente. Continuó observándolo, esperando que en cualquier instante diera media vuelta para salir huyendo.

—Maldito canalla...

La maldición que soltó Ethan la hizo mirar de nuevo hacia delante. Al final de la recta, dos coches de policía bloqueaban los dos carriles de la carretera morro contra morro. Parecían de las fuerzas de seguridad locales. El primer pensamiento de Raine fue que sería imposible pasar por allí. De ahí su asombro al ver que Ethan no estaba

frenando, sino todo lo contrario...

—Agárrate —le ordenó de nuevo.

Puso las manos en cada lado del asiento, agarrándose con todas sus fuerzas. Examinó el terreno que rodeaba la carretera bloqueada. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que la policía había elegido bien el lugar. A la derecha de la carretera se abría una profunda cuneta, y a la izquierda se levantaban varios pinos. Y llevaban una velocidad vertiginosa...

—¡Ethan!

Sólo tuvo tiempo de pronunciar su nombre antes de que el coche se desviara hacia la izquierda, aparentemente hacia los árboles. Las ruedas llegaron a despegarse del suelo hasta que aterrizó de golpe en la hierba. Raine luchó contra el impulso de cerrar los ojos mientras Ethan sorteaba uno de los pinos.

En algún momento fue consciente de los gritos de los policías. No supo si estaban dirigidos contra ellos o contra el vehículo perseguidor: su atención se hallaba absolutamente concentrada en los troncos que Ethan esquivaba. Los árboles aparecían delante de ellos a velocidad pasmosa y en cantidad interminable.

Al fin, milagrosamente, distinguieron un claro entre dos pinos y pudieron pasar. Detrás se distinguía ya la carretera, pasado el bloqueo de los coches patrulla. Sólo les quedaban un par de árboles que sortear y...

No hubo forma de que Ethan pudiera prever lo que la maleza de la cuneta escondía debajo. El todoterreno cayó directamente en la zanja camuflada bajo la alta hierba. A la velocidad a la que iba, dio una vuelta de campana y se vio lanzado precisamente hacia los árboles que antes había sorteado con éxito.

Fue entonces cuando Raine vio horrorizada que uno de los árboles crecía y crecía por momentos en el marco del cristal estallado de su ventanilla. No tuvo tiempo de agarrarse a algo antes de que la puerta se hundiera bajo el impacto del tronco, sumergiéndola en la oscuridad

más absoluta.

Capítulo 19

—Hora de despertarse.

De lo primero que Raine fue consciente fue del dolor. Un sordo latido en la cabeza, que parecía acompañarse con el de su pulso. Tardó unos segundos en decidir si era soportable o no.

Quienquiera que le había hablado, y no estaba segura de si era un hombre o una mujer, la agarró de un codo y tiró suavemente de ella. Demasiado desorientada para pensar en resistirse, consiguió levantarse con su ayuda. El esfuerzo no hizo más que empeorar su dolor de cabeza.

Durante todo aquel incómodo proceso, había descubierto que llevaba las manos atadas a la espalda. Las ligaduras le apretaban tanto que casi no sentía los dedos. La presión que sentía en los ojos y en la frente indicaba asimismo que se los habían vendado. Se tragó el nudo de miedo que le atenazaba la garganta, intentando ser fuerte, pero el poco coraje que le quedaba flaqueaba por momentos. Se recordó que aún seguía viva, y que eso era lo más importante...

Pese a su esfuerzo por ser positiva, sabía que su fin podía estar muy próximo. Ya habían intentado matarla haciendo que se encaramara a la cornisa de un edificio. Y, la segunda vez, con una lluvia de balas. Fueran quienes fuesen, parecían absolutamente decididos a acabar con ella.

Tambaleándose ligeramente, de resultas de los efectos del golpe en la cabeza o de la forzada inmovilidad en que la habían mantenido, no pudo hacer otra cosa más que dejarse llevar. Mientras tanto, se esforzó para sobreponerse a su miedo y concentrarse en sus propias

sensaciones. No escuchaba otro ruido excepto el de sus pasos en el suelo de madera. Al mismo tiempo, creía reconocer el mismo olor penetrante que había percibido aquella tarde. A viejo. A moho. A rancio. El olor característico de una antigua mansión descuidada. Myrtlewood.

Un puño de terror se cerró sobre su pecho. Tuvo que obligarse a respirar profundamente varias veces. Justo cuando estaba empezando a sobreponerse un tanto, la punta de su zapato tropezó con algo, haciéndola bascular hacia delante. Sólo la mano que la sujetaba del brazo logró evitar que cayera.

Tan pronto como recuperó el equilibrio, se dio cuenta de que el suelo era más suave, como mullido, y que sus pasos ya no sonaban. ¿Habría tropezado con la desgastada alfombra del salón, sucia y descolorida? Si era así, eso quería decir que la estaban llevando a ver a la anciana. A la viuda de Marguery.

Eso si realmente James Marguery estaba muerto...

Su guía se detuvo bruscamente. Sonó un leve chirrido justamente delante de ella. De repente la mano que se cerraba sobre su brazo la obligó a ponerse de nuevo en movimiento. A pesar de sus desesperados intentos por orientarse, todavía no sabía en qué habitación estaba ni si la había pisado antes.

—En la silla, por favor.

Aquel arrogante tono de autoridad le resultaba inequívocamente familiar. Durante décadas había atormentado sus pesadillas. Pesadillas que no podía recordar pero que la habían dejado exhausta, temblando, miles de veces. Al oírlo en aquel instante, la sangre se le heló en las venas y el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

Intentando dominar la marea de recuerdos que le evocaba la voz de James Marguery, se dejó guiar unos pasos más y de repente se encontró sentada, sin ceremonias, en una silla dura, de alto respaldo.

—Qué alegría volver a verte, querida.

No habría podido responder ni aunque su vida hubiera dependido

de ello. Tenía la garganta demasiado cerrada para hablar.

—Ha pasado tanto tiempo que has perdido tus facultades. No has podido adivinar nada de esto —dijo Marguery al ver que no contestaba.

Lo que Raine oyó a continuación fue una horrible carcajada de Sabina, semejante a un graznido. Otro sonido que recordó de pronto. Como el desagradable chirrido de unas uñas arañando una pizarra, era capaz de desquiciar a cualquiera.

Se humedeció los labios resecos, decidida a no dejarse vencer por el terror. Después de todo, ya no era una niña de cinco años, temerosa de la oscuridad... «O de los monstruos», añadió para sus adentros. «Por muy reales que puedan ser».

—¿Dónde está Ethan? —el silencio que siguió a su pregunta la inquietó aún más que todo lo anterior.

«Quieren que pienses lo peor», se dijo. «Están intentando asustarte». Se preguntó si serían conscientes del éxito que habían tenido hasta el momento.

—El señor Snow se encuentra disfrutando de nuestra hospitalidad en otro lugar. No nos molestará, te lo prometo.

La última frase había estado teñida de diversión. Intentó concentrarse en la realidad que se ocultaba detrás de aquella venda que le tapaba los ojos, tanteándola, explorándola... Había pasado años negando su propio don, pero en esa ocasión se esforzó desesperadamente por recuperarlo.

Sólo cuando ya había perdido toda esperanza descubrió lo que estaba buscando. En alguna parte, no lejos de allí, pudo sentirlo. Ethan estaba vivo, pero también sabía que algo fallaba, algo andaba mal... ¿Habría resultado seriamente herido en el accidente?

No había nada que pudiera hacer al respecto, así que procuró desterrar aquella preocupación, que sólo conseguiría debilitarla. Iba a necesitar de toda su fuerza para enfrentarse con aquellos dos personajes. En lo que quizá constituía la decisión más difícil de su

vida, deliberadamente rompió la conexión con Ethan. Le bastaría con saber que estaba vivo. Tendría que bastarle.

Necesitaba concentrarse en el hombre que estaba en aquella habitación. Un hombre que, supuestamente, llevaba veinticinco años muerto.

—¿Satisfecha?

Raine ignoró la burlona pregunta de Sabina:

—¿Qué es lo que queréis?

Ellos siempre habían querido algo. Y ella siempre les había dado lo que le demandaban. En aquel entonces había sido tan sólo una niña, incapaz de resistírseles. Pero ya no lo era.

—Como puedes imaginarte, Raine, nos has causado una enorme cantidad de problemas.

Podía imaginárselo. Todos sus intentos por deshacerse de ella. Por evitar que lo que sabía surgiera finalmente a la luz. Si supieran lo poco que recordaba...

Pero constituía una ventaja para ella que no supieran que había reprimido aquellos recuerdos. Había sido la única manera de soportarlos y sobrevivir. Eso y el apoyo de Monty Gardner.

—Todavía no sé qué es lo que queréis de mí.

Su voz era sorprendentemente firme. Sobre todo desde que los recuerdos que había negado durante décadas habían empezado a aflorar a su consciencia.

—Es muy sencillo. Necesitamos saber qué es lo que les has dicho.

—Exactamente lo que les has dicho a los de Phoenix —precisó Sabina.

Aquella mujer era como el alter ego de Marguery.

—¿Por qué no me leéis el pensamiento? —sugirió Raine.

—No seas impertinente, querida —le advirtió Marguery con tono suave—. No te sienta bien.

Hablaba como un maestro amenazando a una alumna díscola, un papel que Raine se negaba en redondo a desempeñar. Ya no.

Demasiado tiempo había tardado en sacudirse esos demonios familiares de encima.

Su vida y la de Ethan dependían ahora de su capacidad de manejarse con aquellas preguntas. Si les contaba la verdad, que no había revelado nada de Cassandra porque no recordaba nada en absoluto, no vacilarían lo más mínimo en deshacerse de ella. Al igual que habían intentado deshacerse de la otra persona que conocía la historia completa de su traición. Y si afirmaba haber informado de todo a Phoenix, tampoco tendrían ya ningún motivo para mantenerla viva.

Era una situación compleja. Evidentemente a Marguery le convenía saber lo que ella le había contado a Cabot, pero tampoco era esencial. Su interrogatorio estaba destinado no tanto a conseguir información como a demostrarle una vez más el poder que ejercía sobre su persona.

Esa era la clase de intimidación con la que más disfrutaba. Con la ayuda del señor Gardner, había conseguido escapar una vez. Que estuviera nuevamente bajo su control debía de parecerle un acto de justicia poética. Quizá los dos estuvieran disfrutando lo bastante como para prolongar el interrogatorio, aunque no estaba muy segura de la ventaja que eso pudiera representar para ella. Cabot sabía dónde estaban. ¿Se alarmaría si Ethan tardaba en volver a ponerse en contacto con él? Y si eso sucedía, ¿cuánto tiempo tardaría en aparecer?

—Estamos esperando, querida.

—Si queréis que os diga algo, será mejor que os lo toméis con tranquilidad. Porque me va a llevar un buen rato.

Se produjo un corto silencio.

—Parece que nuestra pequeña se ha convertido en una chica muy rebelde —dijo Marguery.

Era el mismo tono que tanto efecto le había causado años atrás. Se armó de valor para resistir su sarcasmo, que le había dolido tanto como el maltrato físico al que la habían sometido.

—Ya no es «nuestra pequeña».

Percibió más que oyó un movimiento. Antes de que pudiera reaccionar, Marguery la golpeó con el dorso de la mano en la mejilla, partiéndole el labio. La sensación de encontrarse a merced de sus golpes, absolutamente impotente, fue casi peor que el dolor. Por un instante volvió a ser la niña aterrorizada que había sido. Pero la furia y la indignación no tardaron en imponerse.

—Ya no os pertenezco —declaró, desafiante.

Ese había sido el regalo, el don de Monty Gardner. La había separado de sus tíos para proporcionarle la única estabilidad que había conocido, aunque se hubiera visto obligado a destruir su identidad para hacerlo. Si la hubiera retenido a su lado, habría tenido que vivir con el constante temor de que un día llegaran a encontrarla. Por eso le había dado el nombre de su abuela, para esconderla entre cientos de otras niñas de su edad.

Incluso después del presunto suicidio de Marguery, y recelando de las intenciones de Sabina, Gardner la había mantenido oculta. Y Raine había podido disfrutar de una vida nueva, tranquila y feliz, sin amenazas ni humillaciones. De su bondad para con ella había nacido su deseo de que el señor Gardner fuera su padre. Durante tanto tiempo había pensado en él como su protector que, finalmente, el deseo se había convertido en realidad. Aunque en el fondo de su alma había sabido que se trataba de una fantasía, había llegado a pensar en él como en un verdadero padre.

Pero en aquel momento, enfrentada con su verdadera familia, se había visto obligada a reconocer que el lazo que tan desesperadamente había anhelado y necesitado... no era verdadero. La vida que se había creado para sí misma estaba asentada sobre una trama de mentiras.

Una vida que, con la reaparición de su tío, se había venido abajo como un castillo de naipes.

Pero no todo eran mentiras. No todo. Se aferraba a los testimonios

que figuraban en el expediente que Cabot había reunido sobre ella. Y a la ternura de un hombre bueno. Un hombre que la había amado con ternura y con respeto. Un hombre que creía que ella, también, era una buena persona.

—Será mucho más fácil si nos cuentas de una vez lo que queremos saber —le espetó su tío—. Porque al final lo harás. Eres consciente de ello, ¿verdad?

Parecía tan seguro y tan convencido... ¿Y por qué no habría de estarlo? Siempre había conseguido que hiciera todo lo que quería. Incluso cuando ella había intentado resistirse, al final había terminado imponiéndose.

—Esta vez no —le prometió.

No tenía nada que oponerle más que su voluntad. Su voluntad contra un enemigo que conocía todas las maneras de romperla.

Ethan volvió a decirse que, tarde o temprano, Phoenix terminaría enviando a alguien allí. Lo único que tenía que hacer era tener paciencia. Y no seguir pensando en la última imagen que había tenido de Raine, yaciendo inconsciente en el asiento trasero de aquel coche de policía.

Siguiendo las instrucciones de aquel canalla de Ellington, el sheriff y su ayudante lo habían reducido a porrazos para meterlo casi inconsciente en el segundo coche patrulla. La visión del rostro terriblemente pálido de Raine, con el golpe en la sien, lo había torturado desde que lo encerraron en el sótano de aquella bodega, arrojándolo escaleras abajo. Para entonces aún no había recuperado del todo la consciencia, pero el sonido de la trampilla al cerrarse sobre su cabeza lo había hecho reaccionar. Pese a que debía de tener la clavícula y un par de costillas rotas, se había lanzado como un poseso contra las tablas, golpeándolas furioso.

Había caído en la trampa. Sabina había llamado a Ellington «un bufón». Y, efectivamente, lo había sido. Su bufón. La sobrina

probablemente se habría dedicado a telefonearle cuando desapareció en la cocina para prepararles el té. Eso fue lo que debió de decirle a Sabina, en aquella lengua extraña, cuando volvió minutos después con la bandeja.

Ellington había preparado el bloqueo de la carretera utilizando a la policía local, que aparentemente recibía órdenes de Sabina. El último vínculo con la poderosa familia que había vivido en aquel condado durante más de doscientos años.

No sabía qué les había contado Ellington. Lo extraño era que los hubiesen llevado de vuelta a Myrtlewood. Pese a la contundencia con que se habían empleado el sheriff y su ayudante, engañados seguramente por Sabina, Ethan sabía que si todavía seguía vivo era precisamente porque estaban allí. Tan pronto como se marcharan...

La imagen de Raine herida e impotente volvió a asaltarlo. Debería haber hecho algo, cualquier cosa, con tal de evitar que esos canallas los separasen. Debería haber seguido luchando. Debería haberse hecho matar allí mismo, al lado del coche patrulla...

¿Pero qué bien le habría reportado eso a Raine? Ninguno. Tenía que pensar con coherencia. No estaba en tan malas condiciones, y tarde o temprano aquella maldita puerta acabaría por abrirse. Con el factor sorpresa de su lado, tal vez tuviera alguna oportunidad.

Para no volverse loco mientras esperaba, se dedicó a palpar nuevamente con las manos el perímetro de su encierro. Ya lo había explorado lo mejor que había podido, dado que estaba completamente a oscuras. «Piensa», se ordenó. Griff siempre les había dicho que cuando tropezaban con un obstáculo, había que encontrar una manera de rodearlo. Porque siempre existía alguna solución. Pero el dolor del hombro no le ayudaba en nada. Se inclinó hacia delante, apoyando la cabeza en la pared de piedra, y cerró los ojos con fuerza.

Justo en aquel momento, cuando más desanimado se encontraba, oyó finalmente el sonido que había estado esperando. Alguien bajaba por el sendero que llevaba de la mansión a la bodega del sótano.

Se apartó bruscamente de la pared y esperó. Definitivamente, los pasos se dirigían hacia allí. No podía deducir nada más. Ni siquiera sabía si eran los pasos de un hombre o los de una mujer. Moviéndose con el mayor sigilo posible, cruzó la bodega y se apostó al pie de los escalones que llevaban a la trampa. Con el corazón en la garganta, escuchó el ruido del pestillo al descorrerse. ¿Sería Marguery? ¿O quizá los policías?

Le daba igual, pensó, y tensó los músculos. Tan pronto como la trampa comenzara a levantarse, subiría los escalones y empujaría con todas sus fuerzas, ajeno al dolor del hombro.

El chirrido de la trampa se acompañó de un rayo de luz procedente de la hendidura, que cortó la oscuridad. La luz de la luna. Ethan no tardó en reconocer el otro sonido: el de la lluvia cayendo con fuerza. Se obligó a esperar un segundo o dos, con la adrenalina circulando a torrentes por sus venas, insensibilizándolo al dolor. Haciéndolo olvidarse de todo excepto de la posibilidad de escapar para rescatar a Raine.

La abertura continuó ensanchándose hasta que alguien iluminó la bodega con una linterna. Cuando el haz luminoso barrió lentamente el suelo, comprendió que no podía permitirse esperar más. Apoyó la palma de la mano en uno de los escalones y se impulsó hacia arriba, empujando la trampa con los hombros.

Como consecuencia del impacto, el desconocido cayó de espaldas y soltó la linterna. Por un instante, recortado contra el cielo de la noche, Ethan distinguió una figura extraña, informe. No tardó en identificar el objeto largo y negro que esgrimía en una mano: una escopeta. Se abalanzó sobre él para quitársela, y lo consiguió.

Tan pronto como se hubo apoderado del arma, le golpeó con ella en la cabeza, con la culata. Durante unos segundos se quedó contemplándolo, jadeante por el esfuerzo, a la espera de que reaccionara. No se movía. La lluvia le resbalaba por la cara.

Lo había dejado fuera de combate. Cuando se pasó una mano por

los ojos para aclararse la visión, se dio cuenta de que el desconocido le había parecido un ser informe porque llevaba una amplia capa de plástico. Se incorporó lentamente. La adrenalina empezaba a desaparecer, dejándolo exhausto y dolorido. «Pero vivo», se recordó.

Recogió la linterna y enfocó el rostro de la figura caída, medio oculto por el capuchón de la capa. Elga Marguery. Eso significaba que tanto Sabina como Ellington estaban dentro de la casa. A no ser que estuviera también el conductor del coche negro. Tenía que actuar poniéndose en el peor de los casos, como si estuvieran los tres.

Arrastró a Elga dentro de la bodega y cerró la trampilla. Corrió el pestillo. Cuando recogió de nuevo la escopeta, alzó la mirada hacia la mansión que se dibujaba contra el cielo nocturno, azotada por la lluvia.

Y esa vez sí que musitó la plegaria que no se había atrevido a rezar antes.

Capítulo 20

Cuando el picaporte de la puerta trasera giró bajo sus dedos, Ethan soltó el aliento que había estado conteniendo. Elga Marguery debía de haberse olvidado de cerrarla con llave cuando salió a buscarlo a la bodega.

Se deslizó en el oscuro vestíbulo y cerró sigilosamente la puerta a su espalda. Había luz en la habitación donde aquella misma tarde habían estado conversando con Sabina. Oyó unas voces ahogadas, que al parecer procedían de allí. Estaba demasiado lejos para poder identificarlas, aunque el timbre de una de ellas era claramente masculino. En cuanto a la otra...

Estuvo escuchando durante varios segundos, hasta que al fin se dio por vencido. ¿Sería la de Raine... o la de Sabina?

Sostuvo la pesada escopeta con las dos manos, sosteniendo con la izquierda el doble cañón y acercando el dedo índice de la derecha al gatillo. Comenzó a caminar por el pasillo, la espalda pegada a la pared. Las suelas de sus zapatos crujían levemente a cada paso, pero la conversación del salón no se interrumpió en ningún momento.

Vaciló antes de doblar el recodo del pasillo que le permitiría colocarse en línea directa con la puerta abierta del salón. Primero echó un vistazo final a la puerta principal: no había ninguna luz en aquella zona de la casa. Parecía como si todo el mundo se hubiera reunido en aquella habitación.

Aspiró profundamente, alzó la escopeta y dio el paso decisivo, doblando la esquina del corredor. Durante unos segundos ninguno de los tres ocupantes del salón se dio cuenta de su presencia, lo cual le

dio tiempo suficiente para estudiar sus respectivas posiciones. Primero se fijó en Raine. Estaba sentada en una silla de alto respaldo, de espaldas a la puerta. No podía verle la cara.

Directamente frente a ella estaba Charles Ellington. Se hallaba de pie ante la chimenea, acodado relajadamente sobre la repisa de mármol. Sostenía en la mano un vaso de whisky, con el líquido dorado reflejando la luz de la lámpara. La anciana se encontraba a la derecha de Ethan, instalada en la misma butaca en la que la habían visto aquella tarde.

Fue ella quien lo descubrió primero, abriendo mucho los ojos antes de que pudiera dar la alarma. Ethan no comprendió el idioma, pero la intención era evidente. Ellington desvió la mirada hacia el umbral, tenso.

—Ni se te ocurra hacer el menor movimiento —le advirtió Ethan, apuntándolo.

Ellington alzó la barbilla, y por un fugaz instante Ethan creyó que iba a atreverse a desafiarlo. A punto estuvo de pulsar el gatillo antes de que el psicólogo asintiera con la cabeza, acodándose de nuevo sobre la repisa de la chimenea.

Al oír su voz, Raine había vuelto la cara hacia el umbral. Fue entonces cuando Ethan vio la media máscara negra que le cubría los ojos. Por desgracia, no podía quitársela, ni soltar sus ligaduras: bastante le estaba costando ya sostener aquella pesada escopeta con la lesión de su clavícula y el par de costillas rotas.

—No te muevas, Raine. No hasta que yo te lo diga.

Abrió la boca como para protestar, pero la cerró en seguida, resignada.

—¿Quién más hay en la casa aparte de Ellington?

Raine negó con la cabeza, extrañada.

—Marguery.

Marguery. Raine había acertado cuando se preocupó tanto por aquella tumba extraviada, la única de la familia que habían echado en

falta en el cementerio. Tanto Ellington como Sabina habían mentido. El falso fallecimiento de Marguery, orquestado un cuarto de siglo atrás, le había permitido salir del apuro en que se había metido con el proyecto Cassandra. Con ello había evitado el dramático final de su carrera y, muy probablemente, su ingreso en prisión. Además, gracias a esa supuesta muerte había podido seguir haciendo de las suyas durante todo ese tiempo...

—Y Sabina —añadió Raine, innecesariamente.

La anciana seguía gritándole invectivas mientras se esforzaba por levantarse. Ethan optó por ignorarla: era Marguery quien constituía el mayor peligro. Barrió con la mirada el pequeño salón mientras mantenía inmovilizado a Ellington con el doble cañón de su escopeta.

—¿Dónde está?

—¿Marguery? Si está aquí mismo...

Con los ojos todavía vendados giró la cabeza a un lado y otro, como buscándolo. Ethan pensó que quizá su confusión se debía al golpe que se había dado en la cabeza, cuyo moratón resultaba visible.

—¿Crees que podrás caminar?

—Por supuesto.

No hubo vacilación alguna en la respuesta de Raine, lo cual lo tranquilizó bastante. En aquel momento su principal preocupación no era otra que localizar a Marguery, el cerebro de todo aquel siniestro plan. Y posiblemente también el eslabón que habían estado buscando entre Cassandra y La Alianza... Marguery, como descendiente de una de las familias estadounidenses más prestigiosas y de mayor alcurnia... ¿se habría considerado a sí mismo más capacitado para intervenir en política que los cargos elegidos democráticamente?

Eso proyectaría una nueva luz sobre la afirmación de Catherine Suttle acerca de que La Alianza era continuadora de una organización mucho más antigua, que se remontaba a los tiempos de la fundación de la nación. Una organización de la que quizá habían formado parte los antepasados de James Marguery...

Un movimiento por el rabillo del ojo lo hizo volverse para descubrir a Sabina dirigiéndose hacia él. Había recogido su bastón y en aquel preciso instante lo blandía en el aire, con las dos manos. Ethan consiguió alzar un brazo a tiempo para protegerse la cabeza. El bastonazo, aunque leve, hizo impacto en su clavícula rota y le arrancó un gemido de dolor. Consciente de que le estaba concediendo una ventaja a Ellington, tuvo que bajar la escopeta: apenas podía sostenerla. Tenía el brazo izquierdo entumecido, como si los músculos se negaran a colaborar.

—Al suelo —le gritó a Raine.

Una sola mirada a los ojos a Ellington le bastó para adivinar lo que iba a hacer. Al mismo tiempo, la anciana lo golpeó en el hombro con la parte metálica del bastón. Mientras se esforzaba por no soltar la pesada escopeta, le hizo a Sabina un barrido con una pierna, derribándola. La mujer cayó al suelo pero, durante unos segundos, logró aferrarse a su brazo.

Ethan se la quitó finalmente de encima, pero la distracción duró lo suficiente como para que Ellington aprovechara su oportunidad. Cuando alzó la mirada, vio que el cajón del escritorio estaba abierto y que su enemigo tenía un revólver en la mano. En un acto reflejo, corrió hacia Raine para protegerla con su cuerpo.

—¡Al suelo! —gritó de nuevo.

Justo cuando Ellington llegaba a donde estaba la silla, Raine se dejó caer al suelo. Dado que no podía frenar la caída con las manos, se llevó un buen golpe. Sin vacilar lo más mínimo, se puso a rodar hacia los pies de su atacante, con la intención de derribarlo.

Ellington se apartó para evitarla, pero el movimiento hizo que errara el tiro. La bala se estrelló en el marco de la puerta, muy cerca de la cabeza de Ethan. El siguiente disparo que se oyó, ensordecedor, fue el de la escopeta. Ellington retrocedió, tambaleante, agarrándose el pecho ensangrentado con una mano.

Se miró la camisa con los ojos muy abiertos, como sorprendido de

encontrarla roja de sangre. Luego alzó la cabeza, boquiabierto, para encontrarse con la mirada de Ethan. La expresión de asombro no desaparecía de su rostro.

La anciana estaba chillando de nuevo. Ellington le dijo algo en el mismo idioma que ella había utilizado antes con su sobrina. Hasta que al fin se derrumbó contra la chimenea, intentando agarrarse a la repisa.

Sabina se apresuró a atenderlo. Al principio intentó frenarle la hemorragia con un pañuelo, pero cuando se convenció de que era inútil, empezó a aullar de dolor. Ellington aún tuvo fuerzas para extender una mano y, como si estuviera consolando a una niña, estrecharla contra su pecho. Cesó el grito lastimero. Ethan los observaba con el dedo en el segundo gatillo de la escopeta, hasta que vio que la mano caía a un lado lánguida, inerte.

Sólo entonces lo comprendió todo. Raine había estado en lo cierto. Marguery había estado allí todo el tiempo, sólo que usurpando la identidad de Charles Ellington, el reputado científico británico que supuestamente había trabajado en los proyectos de parapsicología de la CIA. El autor del revelador libro sobre aquellos experimentos.

—¿Ethan? —lo llamó Raine.

—Estoy aquí. Tranquila, ya ha pasado todo...

Se inclinó sobre ella y le quitó la máscara.

—¿Estás bien? —le preguntó, parpadeando, mientras sus ojos se acostumbraban a la luz.

Era él quien tenía que haberle hecho esa pregunta. Todavía desconfiado de lo que pudiera suceder, desvió nuevamente la mirada hacia Sabina, que seguía sollozando abrazada a su marido.

—No me extraña que no lo reconociera... —comentó ella.

Parecía tranquila. Demasiado tranquila teniendo en cuenta lo que había pasado.

—¿Hubo alguna vez un Charles Ellington? —se preguntó Ethan.

—Aquella mañana, en el despacho de Cabot, no lo recordé. Lo cual

no significa nada, porque tampoco me acordaba de Sabina. Hasta esta misma noche. Sólo entonces reconocí a mi tío.

—¿Marguery era tu tío?

—Era el marido de mi tía, Sabina, la hermana de mi madre. Carne de mi carne y sangre de mi sangre... —añadió con amargura.

—Pero entonces...

Raine le adivinó el pensamiento:

—No, el señor Gardner no es mi padre. Yo sólo quería, ansiaba que lo fuera. No te imaginas cuánto.

—Vamos —le ofreció su mano derecha, la que todavía podía mover—. Salgamos de aquí.

—El lo asesinó —Raine seguía mirándolo, sin hacer intento alguno por levantarse—. Eso es lo que vi aquella noche en el estanque. Mi tío le cortó las venas mientras él suplicaba clemencia. Una vez muerto, entre los dos lo arrastraron a la orilla y lo lanzaron al estanque.

A pesar de todo lo que había visto durante los años que llevaba trabajando en el grupo de Cabot, Ethan sintió que se le encogía el estómago ante aquella brutal imagen. Y pensar que Raine sólo había tenido cinco años en aquel entonces...

—¿Ellington? ¿Estás diciendo que tu tío asesinó a Ellington?

—Sí. Yo no sabía por qué lo hicieron, pero... —se le quebró la voz.

En su infancia, había sido testigo de un brutal asesinato cuyo recuerdo había negado con los años.

—Hasta hoy me había olvidado de todo —añadió.

—¿La vista del estanque te lo hizo recordar?

—Primero fue Sabina, creo. Creí reconocer su idioma, su manera de hablar, sus giros. Esa lengua que tú no podías identificar. Todo me resultaba misteriosamente familiar, pero no podía recordarlo. Porque durante todos estos años no había querido recordarlo, y cuando lo hice...

—Vamos.

Esa vez sí que dejó que la ayudara a levantarse. Ethan dejó a un

lado la escopeta con la intención de soltarle las ligaduras de una vez.

—Y ahora ya sé por qué el señor Gardner destruyó el proyecto Cassandra.

—¿Quieres decir que Monty cerró el proyecto? —le preguntó mientras la desataba.

Raine asintió con la cabeza, frotándose los dedos entumecidos para activar la circulación de la sangre.

—El descubrió que Cassandra no estaba diseñada para espiar a los soviéticos. En realidad, mi tío estaba espiando a los estadounidenses.

Ethan se preguntó por qué Gardner no les había mencionado nada de eso cuando les recomendó a Raine. Quizá porque él, al igual que todo el mundo, había dado a Marguery por muerto. Y porque nunca había encontrado vinculación alguna entre Cassandra y La Alianza.

Sin embargo, tan pronto como Marguery se enteró de que habían visitado al antiguo director de la CIA, temió que Phoenix hubiera descubierto aquel eslabón fundamental. Por eso intentó acabar con la vida del anciano.

Cuando Ethan regresó a Washington con Raine, los ataques se sucedieron. Primero el secuestro en el hospital, a cargo de un desconocido miembro de La Alianza que se hizo pasar por agente. Luego el atentado de la noche de la gala benéfica. Sin lugar a dudas, si Raine no se hubiera arrojado al vacío desde aquella cornisa, Marguery la habría matado con sus propias manos. Sabía demasiado. O al menos eso creía él.

—¿Y te utilizó a ti para esas labores de espionaje?

—No creo que el método fuera muy eficaz... —se interrumpió de pronto, como si acabara de ocurrírsele algo.

—¿Qué pasa?

Lentamente alzó los ojos y lo miró.

—O tal vez sí.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que Ellington fuera el primero.

Ethan se preguntó si se referiría al primer asesinado. Si su tío estaba implicado en la trama de La Alianza, con conspiraciones en marcha para orquestar operaciones de terrorismo nacional, entonces no sería nada sorprendente que fuera culpable de múltiples crímenes. Evidentemente Raine lo estaba recordando todo de golpe: de ahí su consternación, tanto mayor cuanto que se trataba de un familiar suyo.

—Vámonos de aquí...

—¿Y si cuando yo le facilité esa información, él...?

—Calla —le ordenó—. Eras una niña. No tenías la menor idea de lo que estabas haciendo. Era imposible que la tuvieras. Además, no estás segura... —vaciló, sin llegar a terminar la frase.

—A veces los escuchaba a escondidas. Ellos creían que era demasiado pequeña para comprender lo que decían, pero entendía las palabras. No siempre comprendía lo que decían, pero ahora...

—Déjalo, Raine. Si no lo haces...

—¿Me volveré loca? —le preguntó, lanzando una amarga carcajada—. Es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

—Eres la persona más cuerda que conozco.

—Dados tus antecedentes, eso no es decir mucho...

Ignorando aquel comentario, la estrechó con fuerza en sus brazos. Y ella se dejó abrazar gustosa, porque sabía que era allí adonde pertenecía, donde estaba su lugar: cerca de su corazón.

—Ya todo ha terminado. Marguery está muerto. Ya no podrá hacer más daño a nadie. Sobre todo a ti. Siempre y cuando tú no se lo consientas.

Asintió con la cabeza, aferrándose a él.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Era una buena pregunta. Ethan se volvió para mirar de nuevo a Sabina Marguery, que seguía acariciando la cabeza de su marido muerto. Ya no constituía una amenaza para nadie, pero alguien debería ocuparse de ella. Y, después de lo que había pasado, no estaba dispuesto a llamar a la policía local.

—Llamaremos a Griff. Terminaremos de atar los cabos sueltos, sobre todo los más sensibles desde el punto de vista político. Esa es su especialidad, de modo que lo dejaremos todo en sus manos...

Capítulo 21

—Eras una criatura —le dijo Monty Gardner—. Tú no tenías la culpa de nada.

Durante la interminable semana transcurrida desde la muerte de James Marguery, Raine casi no había hecho otra cosa más que entrevistarse con enviados de diversas agencias de seguridad. Si lo soportó fue gracias a la feliz noticia, recibida el mismo día en que Ethan y ella fueron a Myrtlewood, de que el señor Gardner había recuperado del todo la consciencia y no parecía tener ninguna lesión irreversible.

Aquella tarde era la primera vez que el anciano recibía visitas que no fueran estrictamente de familiares. Aunque Griff se había ofrecido a concertarle una visita con anterioridad, Raine había insistido en respetar las reglas del hospital. Ya le había causado suficiente daño con sus fantasías.

—Pude haberte contado lo que vi aquella noche —Raine estaba sentada en el borde de la cama, sosteniéndole las manos entre las suyas.

—Probablemente no habrías podido decírselo —intervino Cabot—. Ni a Monty ni a nadie más.

—No entiendo.

—Lo que viste, mezclado con lo que habías sufrido a manos de tu tío, te habría mantenido en silencio. Y tan pronto como Monty te alejó de su influencia, tu mente se apresuró a inventarse una realidad alternativa a la que habías estado viviendo.

Una realidad alternativa. Prácticamente su vida entera se reducía a

aquella frase. Gran parte de lo que siempre había creído eran invenciones concebidas para suplantar aquellos acontecimientos que su mente había sido incapaz de asimilar.

—Olvidar era precisamente lo que yo había esperado que hicieras —declaró Gardner—. Y, en aquel tiempo, todavía no me hacía una idea exacta de lo mucho que lo necesitabas.

—¿Jamás llegaste a sospechar que Marguery había fingido y amañado su propia muerte? —le preguntó Cabot.

—Supongo que pensarás que debería haberlo hecho, pero la verdad es que no tenía razón alguna para dudar de su suicidio. Despedí a Marguery tan pronto como descubrí lo que estaba haciendo con el proyecto Cassandra. A nadie le dolió su partida. Debido a su arrogancia, ya era persona non grata para la mayor parte de la Agencia. Y su mujer también, claro.

—¿Por qué pensaban que era rusa? —inquirió Raine.

—Porque no era tan aficionada a disimular sus prejuicios como Jimmy.

—¿Qué tipo de prejuicios? —quiso saber Ethan.

Raine era físicamente muy consciente de él, por supuesto, cada vez que estaban en la misma habitación... lo que no había ocurrido muchas veces desde que dejaron Myrtlewood. Ambos habían estado muy ocupados con las secuelas de lo sucedido. Una de ellas, por ejemplo, había sido la sustitución de Ethan como guardaespaldas suyo por una agente de Phoenix. Raine había intentado convencerse de que la razón del cambio era puramente médica: al fin y al cabo, Ethan seguía llevando el brazo derecho en cabestrillo y, por su manera de moverse, resultaba obvio que las costillas aún le dolían.

—Sabina estaba llena de odio —respondió Gardner—. Hacia los rusos, hacia los judíos, hacia los musulmanes... Y no lo ocultaba. Y aunque los niveles de corrección política de Washington no eran tan altos en aquel entonces como lo son ahora, su actitud virulenta llamaba la atención en los selectos círculos donde se movía su marido.

—Dado que su país había caído bajo la dominación soviética —dijo Ethan—, comprendo su odio hacia los rusos, pero... ¿y los demás?

—El antisemitismo siempre ha estado muy arraigado en toda Europa. Y el odio a los musulmanes procede del pasado de la dominación otomana, hace siglos. ¿No lo sabíais? Sabina es rumana.

Rumana. Gitanos. Los nómadas de Europa. Raine sólo tardó un segundo en hacer aquélla asociación de ideas. Y menos aún en hacer la siguiente:

—¿Sabina tenía el don de la clarividencia?

—Si lo hubiera tenido, no té habría necesitado a ti.

—¿Pero para qué necesitaba exactamente Sabina a Raine? —preguntó Cabot.

—Para retener a su lado a la persona que más adoraba en el mundo.

—Marguery —adivinó Raine.

No era muy difícil.

—La diferencia de edad era muy obvia. Ella debía de ser por lo menos quince años mayor. Lo que no es tan evidente es por qué alguien tan brillante como Jimmy Marguery se comprometió de ésa manera con una mujer como ella, enemistada con todo el mundo.

—¿Sabina llevó a Raine a la Agencia? —inquirió Griff.

—Cuando la Agencia encargó a Jimmy la respuesta a los experimentos soviéticos con parapsicología, comenzó a tantear el terreno buscando individuos con el don de la clarividencia. Indudablemente debió de lanzar alguna antena a los rumanos afincados en los Estados Unidos, que rápidamente dieron el aviso a sus familiares en Europa. Yo no recuerdo muy bien los detalles —continuó Gardner—pero en algún momento tuvo que prepararse una entrevista con Sabina. Lo que sí recuerdo es que él se mostraba reacio a hacer el viaje al otro lado del Telón de Acero. Irónicamente, a Jimmy no le gustaba trabajar de agente secreto. Cuando se entrevistó con tu tía y descubrió tus habilidades, se mostró dispuesto a hacer cualquier

cosa con tal de traerte al país.

—Incluso casarse con Sabina —añadió Ethan.

El anciano asintió:

—No sé cómo se las arregló ella para retenerlo durante tanto tiempo, pero el caso es que lo consiguió. Al menos su falso suicidio lo libró de su constante compañía.

Pese al resentimiento que albergaba hacia su tía, la imagen de su desgarrado dolor seguía fresca en su mente. Había amado con locura a James Marguery. Y a juzgar por su gesto final, con el tiempo él debía de haber correspondido a semejante devoción.

—Por lo que he podido averiguar, su suicidio no pilló desprevenido a nadie.

—Yo había destruido su trabajo y su reputación, al menos dentro de la Agencia. Cuando recibimos la noticia de su muerte, llevaba ya varios años sin trabajar. Creo que nadie en la CIA dudó de que se había suicidado. Y ya te digo que no teníamos motivo alguno para sospechar que había suplantado la identidad de otra persona. Acuérdate de que en aquellos tiempos no disponíamos de la tecnología de ahora. Todavía no se hacían análisis de ADN.

—Probablemente escogió a Ellington porque eran físicamente parecidos —dijo Griff—. Y quizá también porque el doctor era de nacionalidad británica, y no tenía ningún familiar aquí que pudiera echarlo de menos.

—Si no recuerdo mal, tardaron en descubrir el cuerpo. Después de haber estado en el agua durante tanto tiempo... —Gardner se encogió de hombros—. Además, seguro que la identificación la hizo la esposa de Marguery.

—Para colmo, Marguery tenía en el bolsillo al sheriff local —agregó Ethan.

Sus heridas eran un recordatorio constante de ello.

—La Agencia debería haber analizado las piezas dentales, pero para alguien con tanta experiencia como Jimmy no debió de suponer

ningún problema cambiar los análisis por los de Ellington.

—¿Ellington trabajaba realmente para la CIA?

—No en aquellos proyectos. Al menos que yo recuerde. Como psicólogo, supongo que pudieron haberlo contratado en algún momento, pero... —el anciano sacudió la cabeza.

—El libro de Ellington está basado en el trabajo de Marguery —terció Cabot—. ¿Quién mejor que él mismo para escribirlo?

—Esa era precisamente la clase de arrogancia a la que era tan aficionado Jimmy. Obviamente se consideraba demasiado inteligente para que terminaran capturándolo. Sobre todo cuando habían pasado más de veinticinco años.

—La arrogancia también podría explicar por qué guardaba los archivos de La Alianza en una caja fuerte en Myrtlewood —añadió Cabot—. El FBI se está dando un buen festín con esos documentos.

—Luego estaba realmente involucrado en esa organización...

—Se preciaba de pertenecer a una familia consagrada desde hace siglos a la protección de este país. Los federales han encontrado en los papeles varias referencias a los illuminati, una secta a la que al parecer perteneció buena parte de los padres fundadores de la nación.

—Maldito canalla... —exclamó Gardner, indignado, y se apresuró a mirar a Raine como disculpándose—. Perdona, querida, pero es tan trágico ver cómo una mente tan brillante puede envilecerse tanto...

—Desde luego, sobre todo teniendo en cuenta lo de Cassandra —repuso ella.

El FBI había drenado el estanque de Myrtlewood y estaba en proceso de identificar los huesos encontrados en su parte más profunda. Aunque en aquel tiempo Marguery todavía figuraba en la plantilla de la Agencia, Raine no veía razón alguna para hablarle al señor Gardner de todos aquellos asesinatos. Todavía no. Ya se enteraría bien pronto de los detalles del Proyecto Cassandra.

—Creo que ya hemos hablado suficiente por hoy —dijo Griff, también consciente de que se estaban acercando a un terreno

peligroso—. Ya te hemos cansado demasiado. Además, la Agencia no tardará en recabar tu declaración sobre Marguery.

Gardner no hizo ningún intento por retenerlos. Estaba pálido y demacrado. Extendió una mano y palmeó la de Raine:

—No dejes que te entretengan demasiado para no visitarme. Ahora ya no hay ninguna razón para que no lo hagas.

Cualquier peligro que Marguery o Sabina hubieran representado para ella había desaparecido. Si su tío hubiera sabido que hacía años que había bloqueado todo recuerdo de lo sucedido, todo habría acabado mucho antes. Aunque, por supuesto, si lo hubiera sabido, no habría cometido el fatal error que había provocado su caída.

—Tengo una pregunta más, antes de irme —dijo ella.

Griff se encogió de hombros ligeramente, un gesto que Raine interpretó como de permiso. Se volvió hacia Monty Gardner:

—¿Sabes algo de mis padres?

Al verlo negar con la cabeza, la pequeña esperanza que había alimentado se apagó de golpe.

—Después de cerrar Cassandra, intenté encontrarlos, pero Sabina, o Jimmy, actuando por cuenta propia, habían escondido la pista demasiado bien. No hubo manera de seguirle el rastro a tu familia.

—Gracias de todas formas por haberlo intentado —repuso, disimulando su decepción mientras se inclinaba para darle un beso en la frente—. Gracias por todo.

—Si lo hubiera sabido antes...

—Tranquilo —sonrió—. Bueno, ahora tenemos que dejarte descansar.

—Vuelve pronto.

—Lo intentaré. Nos quedan tantas cosas por hablar...

Salió al pasillo para darles a Cabot y a Ethan la oportunidad de despedirse.

Poco después Griff salía de la habitación. En la mano llevaba la pequeña caja negra de terciopelo que ella le había devuelto un par de

días atrás. Se la tendió con una sonrisa.

—Un regalo de paz.

—No puedo aceptar esos pendientes....

—El quiere que te los quedes. Pregúntaselo tú si no me crees. Eso sí, no lo hagas ahora.

—Pensé que habías dicho que él ya me había dado demasiado.

—Estaba equivocado. En un montón de cosas. Como te he dicho, considéralo como un regalo de reconciliación. O como una disculpa, si quieres.

Raine negó con la cabeza.

—Dáselos a Claire. Ella tiene mucho más derecho a tenerlos que yo.

—Claire tiene las manos llenas de su amor y de su generosidad. Los pendientes, desde luego, pertenecieron a la abuela de Monty. Todavía no sé cómo lo supiste, pero tenías razón.

Sonrió, consciente de la concesión que acababa de hacerle.

—El mecanismo para adivinarlo es el mismo que utilizaba cuando la policía me presentaba cosas pertenecientes a niños desaparecidos. La conexión seguía presente, como encarnada en aquellos objetos que conservaban con tanto cariño.

—Pues entonces conserva con ese mismo cariño estos pendientes. A su abuela le habría gustado que los llevaras —Griff abrió la caja y se los puso en la mano—. Después de todo, él ya te dio su nombre...

Raine ya no protestó más.

—¿Le dirás a Claire cuánto lo siento?

—Ya recibió tu carta. Creo que lo entiende. O al menos se esfuerza. Es duro para la mayoría de la gente pensar que...

—Lo sé —se adelantó Raine al verlo dudar—. A veces también a mí me resulta duro.

La puerta se abrió de nuevo y Ethan salió al pasillo. Sus ojos se encontraron con los de Cabot por un instante. El director de Phoenix se apresuró a disculparse y los dejó solos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Raine cuando el silencio se hizo casi insoportable.

Sus heridas eran el único tema de conversación que se le ocurría. Todo lo demás estaba como erizado de escollos, de problemas.

—No me devolviste mis llamadas.

—Lo sé. Lo siento. Quise hacerlo, pero... hay tantas preguntas para las que no tengo respuesta.

—¿Sobre mí?

Sonriendo, negó con la cabeza.

—Ya te lo dije. Mi don tiene sus ventajas —las únicas preguntas importantes que se había planteado sobre Ethan habían recibido respuesta antes incluso de llegar a conocerlo.

—Entonces... no me llamaste porque no querías verme.

Parecía cansado. Y, por su tono, se sentía dolido. Raine jamás había pretendido que se sintiera así, pero debió haberlo imaginado.

—Me conoces demasiado bien para pensar eso.

Ethan desvió la mirada. Cuando volvió a clavarla en su rostro, a Raine le dolió lo que leyó en sus ojos.

—Mira, lo que siento por ti jamás lo había sentido por ninguna otra mujer. Yo creía que... —vaciló y se quedó callado, apretando los labios.

—No. No te equivocabas.

—¿Entonces qué diablos te pasa? ¿Por qué estás tan distante conmigo?

—Porque todo lo que yo pensaba sobre mi vida es una pura mentira. Algo que mi mente se inventó porque no le gustaba su realidad.

Griff había insistido en que viera a un psiquiatra para que la ayudara a comprender exactamente lo que le había sucedido. Lo que más la había aterrado era el episodio de amnesia que había sufrido la noche de la gala benéfica. ¿Tanto la había asustado el sonido de la voz de Marguery que había intentado escapar encaramándose a la cornisa

de aquel edificio, pese al pánico que sentía a las alturas? ¿Y no recordaba absolutamente nada al respecto? Si su mente podía gastarle una mala pasada semejante... ¿cómo podía estar segura de que no volvería a repetirse en el futuro?

Hasta que no tuviera esa seguridad, no podría asumir el tipo de compromiso con el que había soñado apenas unos días atrás. No sería justo para Ethan. No sería justo para ninguno de los dos.

—Era una manera de soportar lo que habías experimentado —dijo Ethan—. Miles de personas lo han hecho y...

—No. Yo no soy esos miles de personas. Yo sólo soy... yo. Alguien que se encaramó a una cornisa para escapar de quién es realmente...

—Te encaramaste a una cornisa para escapar de alguien que te había maltratado. Alguien que cometió un asesinato horrible. Yo no calificaría a eso de...

—¿De locura? —terminó Raine por él al ver que vacilaba.

—¿Es de eso de lo que tienes miedo?

Había llegado al corazón de su miedo, un miedo que no tenía intención de formular de nuevo en voz alta. Resultaba demasiado peligroso.

—Necesito tiempo para aclararme, para comprender lo que me pasó. Y para aceptarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Maldita sea, Raine...

—Ni siquiera sé cuál es mi nombre. Ese es el que me puso Gardner. Me había olvidado de mi propio nombre, Ethan...

—Eso no importa.

—A mí sí. Y aunque no fuera más que por eso, también debería importarte a ti.

—Eso no es justo.

—Lo sé. Nada de todo esto lo es. Pero te estoy pidiendo que me esperes. Sólo un poco de tiempo...

—Te recordaré tus palabras. Sólo un poco de tiempo.

Raine asintió con la cabeza. Luego, como no podía resistirse más, dio un paso adelante y enterró el rostro en su pecho. Cerró los ojos, saboreando la sensación de encontrarse nuevamente en sus brazos. Jamás en toda su vida se había sentido tan segura. Durante aquellas últimas dos semanas, Ethan la había protegido noche y día. Y sabía que siempre lo haría.

Muchas mujeres se habrían conformado con eso, pero ella no. El problema era que quería acudir a su encuentro entera, sabiendo quién era y reconciliada consigo misma y con su historia. Y constituirse en su pareja en igualdad de condiciones, no como una persona dependiente a la que cuidar.

Ya se había cansado de aquel papel de víctima protegida, por muy agradecida que le estuviera a Monty Gardner por lo que había hecho por ella. Ya era hora de que descubriera quién era realmente Raine McAllister y de lo que era capaz. Y hasta que lo hiciera...

Retrocedió, separándose de él. Fue, de hecho, lo más difícil que había tenido que hacer en toda su vida.

La expresión de Ethan era sombría, inescrutable, pero Raine sabía que estaba forcejeando con las mismas emociones que ella. Le puso una mano en la mejilla, sintiendo la tensión de su mandíbula.

—Te quiero —susurró.

Acto seguido, antes de que pudiera cambiar de idea, dio media vuelta y se alejó por el pasillo del hospital.

Epílogo

Tres meses después

Su paseo de madrugada por la costa se había convertido casi en un ritual. No sólo la ayudaba a llenar las largas y vacías horas hasta que llegaba el momento de acostarse. La actividad física la ayudaba también a dormir.

Si se concentraba en la belleza del reflejo de la luna en el agua o en el rumor de las olas, podía, aunque sólo fuera por unos momentos, dejar de pensar en Ethan. Preciosos minutos durante los cuales conseguía asimismo olvidarse de aquellos recuerdos durante tanto tiempo reprimidos.

El paseo de aquella noche había sido más provechoso que los anteriores. La tranquilidad que siempre encontraba en aquel paisaje parecía curarle su espíritu por momentos, segundo a segundo. Si al menos pudiera estar segura de que estaba haciendo lo más adecuado por lo que se refería a Ethan...

Cuando alzó la mirada, intentando localizar la luz que había dejado encendida en la terraza trasera de la casa, se dio cuenta de que estaba mucho más cerca de lo que se había pensado. De alguna manera había perdido la noción del tiempo y del espacio. Y se sentía infinitamente agradecida de no sentir miedo o temor alguno. Ya no.

Antes de salir de la orilla del agua para internarse en la playa, distinguió algo al fondo. La luz de la luna reveló la figura de un hombre justo detrás de la casa, con los pies bañados por la espuma de las olas. Lo reconoció al instante. No sólo había esculpido aquel cuerpo en barro, antes incluso de conocerlo, sino que lo había

recorrido hasta el último centímetro con los labios y con la lengua.

Mientras lo observaba, las olas continuaron lamiendo la arena, entre ellos. No se oía nada más. Ninguno de los dos hizo el menor movimiento. Lo llamó mentalmente, haciendo uso con plena libertad del don que antaño había rechazado. Al menos había aprendido eso del tiempo que había pasado en Washington. Que sus capacidades formaban parte integral de su personalidad, y que eso siempre sería así...

Ethan volvió la cabeza, desviando la mirada hacia donde ella se había detenido. Raine dejó de respirar, esperando su siguiente movimiento. Al cabo de un instante, empezó a caminar. Hacia ella. Cada vez más rápido. Se había quitado los zapatos, y aunque se había arremangado los pantalones caqui, los tenía salpicados de agua. Llevaba el cuello de la camisa abierto.

Advirtió todos esos detalles antes de atreverse a mirar su rostro. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos grises. Sus labios no sonreían y su expresión era casi severa. Se detuvo a unos cuantos pasos de ella, escrutando su rostro.

— ¿Raine?

— No sabía que venías.

— Ni yo.

Raine sabía que era verdad. Era algo a lo que se había resistido porque ella así se lo había pedido.

— De todas formas, me alegro de que estés aquí —le confesó, sonriendo—. ¿Por qué has venido?

Ethan desvió la mirada hacia el mar, donde la luna clavaba su flecha plateada en el agua.

— Porque ya no podía esperar más.

— ¿Es un ultimátum?

— Más bien una confesión.

Raine pensó que esa era, efectivamente, una confesión que muy pocos hombres se habrían atrevido a hacer. Y el hecho de que la

hubiera hecho...

—Necesitaba verte. Necesitaba saber que estabas bien.

—Estoy bien —afirmó, sin dejar de sonreír—. Se acabaron las cornisas. Y los episodios de angustia. Y de amnesia.

—No me refería a eso.

—Lo sé, pero... quizá yo necesitaba decírtelo. He buscado a un profesional para que me ayudara a superar lo que me pasó. Tenías razón.

—¿En qué?

—En lo común que es todo esto. O lo normal, por utilizar otra palabra. Sobre todo en los niños. El olvido, la amnesia, es una forma de autoprotección. Y ahora que lo sé, todo lo sucedido ya no me resulta... tan aterrador.

—Me alegro.

—Lo cual, probablemente, explica también por qué no podía enfrentarme con lo otro.

—¿Con los niños desaparecidos?

—Lo que les ocurrió a ellos me recordaba de alguna manera lo que me había sucedido a mí. No quería que afloraran aquellos recuerdos, así que evité todo contacto con el mal que los amenazaba.

—Autoprotección —le recordó Ethan con tono suave.

—O cobardía.

—No. Eso no.

No había sido consciente de lo mucho que había necesitado oírle decir eso. No hasta que lo había hecho. Tendría que lidiar con su propia culpa, pero le ayudaba saber que la persona más valiente del mundo no la condenaba ni censuraba. Al igual que los policías con los que había trabajado durante tanto tiempo.

—También he aprendido que no puedo cambiar lo que soy. Ni dejar de usar el don que me ha sido dado.

—Lo sé.

—Y, Ethan.... tú tampoco puedes.

Se hizo un silencio interminable, roto únicamente por el rumor de las olas al romper en sus pies descalzos.

—Lo sé —repitió.

Tanto para Phoenix como para quien fuera, él también usaría los dones que le habían sido dados. Luchar contra la injusticia. Proteger a los indefensos, a los incapaces de protegerse solos. Ese don formaba una parte tan indisoluble de su persona como el don de la clarividencia formaba parte de la de Raine. No podía despilfarrarlo. Ni negarlo.

—Estuve hablando con el señor Gardner antes de dejar Washington.

—¿Cómo está?

—Quiere que vuelvas y que vivas con él. Me hizo prometer que te transmitiría el mensaje.

—No puedo hacer eso, pero... pero significa mucho para mí que me lo haya pedido.

—Esa no es la única oferta que te han hecho.

—Bueno, hasta el momento es la única que he oído...

Sonriendo, se acercó y lo miró fijamente a los ojos. Eran mucho más hermosos de lo que recordaba. Mucho más que los de la figura que había creado en su taller de escultura, con sus torpes esfuerzos. Tanto que el corazón le bailaba de gozo por tenerlo allí, con ella...

La abrazó, besándola en la frente.

—Te he echado de menos.

—Lo sé.

—¿Siempre lo sabes todo?

—Lo suficiente.

—¿Significa eso que vas a dejar que me quede contigo?

—Esta noche al menos.

—¿Y luego?

Ethan dejó de sonreír.

—Tú tienes trabajo que hacer. Y yo también.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Ya sabes cuál es. Pero no te preocupes —se apresuró a tranquilizarlo al ver su expresión—. No hay razón para que no lo haga ahora. Y muchas para que vuelva.

—Ayudar a la policía con los casos de niños desaparecidos.

—Exacto. E insisto: no te preocupes. No soy tan frágil como tú piensas. Por lo demás, supongo que ya habrás adivinado que volveré contigo. Esa es mi decisión.

Ethan casi había tenido miedo de albergar semejante esperanza.

—Tengo que advertírtelo: mi familia es muy conservadora.

—¿Significa eso que no podré echarles las cartas del tarot?

—Significa que esperarán que nos casemos.

Raine tampoco se había esperado eso. Tan pronto al menos.

—¿Es una petición de matrimonio?

—¿No te lo ha parecido? Puedo intentarlo otra vez.

—Entonces, si no te importa, preferiría la versión ¿quieres casarte conmigo?.

—Raine McAllister, ¿aceptarás a este hombre como tu legítimo esposo?

—Desde luego —susurró antes de besarlo en los labios.

—Hasta que la muerte nos separe...

Ethan la amaría para siempre, cumpliría la promesa que acababa de hacerle.

Estaba absolutamente segura de ello. Al fin y al cabo, el don de la clarividencia también tenía sus ventajas...